

Espiritualidad misionera



ediciones paulinas

Luis Augusto Castro Q.

Colección
Comunidad y Misión

CAMINARE EN PRESENCIA DEL SEÑOR
Benigno Juanes 2a. ed.

LA ORACION DE JESUS Y DEL CRISTIANO
Jon Sobrino 3a. ed.

LA SOMBRA DE DIOS ES TRASPARENTE
Pablo Luchino de Marcos 2a. ed.

PRESENCIA DE MARIA EN LA VIDA CONSAGRADA
Jean Galot

SEGUIMIENTO DE CRISTO
Segundo Galilea 4a. ed.

SICOLOGIA Y VIDA CONSAGRADA
Salvador López 3a. ed.

VIVIR CON CRISTO
Jean Galot

DEJA SALIR A MI PUEBLO
Murilo Krieger

ESPIRITUALIDAD MISIONERA
Luis Augusto Castro

CUANDO LOS SANTOS SON AMIGOS
Segundo Galilea

Espiritualidad
Misionera

ediciones paulinas

Presentación

El poeta nicaragüense Rubén Darío nos dejó un texto poético que tiene sabor de profecía:

*“A través de las páginas fatales de la historia,
nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria
nuestra tierra está hecha para la humanidad”.*

Hoy, más que nunca, sentimos que este ser hechos para la humanidad empieza a ser realidad desde el ámbito de la vida eclesial. Se delinea esta fraternidad universal bajo la forma de entusiasta y creciente proyección misionera universal.

Sí. Hablo de proyección misionera porque la palabra misión en América Latina no ha sido cargada de las ambigüedades que sufre en otras partes donde se vive aún esclavos de viejos arquetipos.

Niños y jóvenes, hombres y mujeres, laicos y religiosos en la Iglesia latinoamericana entienden serenamente la palabra misión en su más diáfano sentido bíblico como es el del envío y su consiguiente movimiento de amor más allá de las fronteras de fe y de cultura para compartir la fe en el evangelio de Jesús y colaborar en la implantación de una Iglesia inculturada al servicio del reino.

Esta provocación de ser para la humanidad que se traduce en vocación misionera universal requiere un vigor especial que más cercano al que nos canta el poeta aludido, está al que nos llama el mismo santo padre. Al exhortarnos a la nueva evangelización, Juan Pablo II la desea nueva en su ardor, esto es, en su espíritu y a la vez con dimensión

EDICIONES PAULINAS 1991
Carrera 46 No. 22A-90 – Apdo. Aéreo 100383
Distribución: Departamento de Divulgación
Calle 170 No. 23-31 BOGOTÁ – Colombia
Fax 6711278

ISBN 958 - 607 - 540 - 0

misionera. Esto significa que él nos insta a subir a la montaña de la espiritualidad misionera para que en verdad nuestra tierra esté hecha de vigor y de gloria, nuestra tierra esté hecha para la humanidad.

Me encontré con Rubén Darío cuando leía las páginas de un libro sobre la liberación, el combate de nuestro tiempo. Es refrescante escuchar a un laico comprometido que viendo más allá de las necesidades continentales nos pone frente a esta vocación inherente a nuestro ser cristiano de ser para la humanidad;

“Para ser fiel a su vocación original, América Latina ha de ser civilización comunitaria puesto que de la comunidad brota la liberación que no es otra cosa que compartir en la vida, en la verdad y en el amor”.

“Al pueblo de Dios en Iberoamérica, crisol de culturas y etnias, le corresponde ser el favor del tercer milenio para llevar la llama del evangelio a los pueblos africanos y también para abrir a la fe las culturas milenarias del Asia y aun a los cerrados fortines del Islam”¹.

Esta tierra, patria universal dada la inmensa pluralidad de corrientes de pensamiento y de valores, de ideas y de sangres que se entremezclan en su identidad, requiere un espíritu universal que impregnado de evangelio se traduzca en la vivencia de una espiritualidad universal, sin fronteras, en movimiento misionero, con vigor, con ardor y con la fuerza del Espíritu que nos hace testigos hasta los confines de la tierra.

Este libro desea colaborar en la formación y vivencia de esa espiritualidad misionera. No es expresión de algún carisma particular, de una vocación misionera “profesional”, de la corriente espiritual de un grupo específico. Si así fuera se contradiría a sí misma pues a la par que el evangelio

1. CORSI Otálora, Carlos, *La liberación*, Universidad La Gran Colombia, Bogotá 1987, p 642.

debe encarnarse en todas las culturas sin ser exclusividad de ninguna, la espiritualidad misionera no puede ser ni exclusiva ni excluyente.

La espiritualidad misionera es expresión de nuestro ser cristiano y de esa maravillosa nota eclesial de su catolicidad.

El eje en que se apoya es la experiencia misionera de las primeras comunidades cristianas presentadas por Lucas en su libro de los Hechos de los Apóstoles.

El deseo que mueve a su autor es que el libro pueda ser instrumento misionero para que emulando a esas comunidades apostólicas, también las nuestras puedan cada vez más decir: “Nuestra tierra está hecha para la humanidad”.

Dedico esta obra a los misioneros —sacerdotes, religiosos y laicos— que comparten conmigo la misma tarea misionera en el Vicariato Apostólico de San Vicente — Puerto Leguízamo en Colombia, tierra de Dios, región de sufrimiento e inmenso pedazo de la Amazonia.

Agradezco a Doris García, misionera laica del Vicariato, por las horas pasadas pasando a máquina este libro.

San Vicente del Caguán, julio 16 de 1990, fiesta de la Virgen del Carmen, patrona de una multitud de campesinos de nuestras selvas amazónicas.

† LUIS AUGUSTO CASTRO Q.

1. Enfoque Misionero de la Espiritualidad

HAY MONTAÑAS Y MONTAÑAS

“El maestro habló, lo escuchaban todos, casi sin respirar. Hay tres etapas —dijo— en la vida espiritual: la del principiante, la del avanzado y la del perfecto.

¿Cuál es la etapa del principiante? preguntaron impacientes los nuevos discípulos.

Es cuando se ven los árboles como árboles y las montañas como montañas.

¿Y la del avanzado?

Es cuando uno mira las cosas con mayor profundidad y entonces los árboles ya no son árboles ni las montañas son montañas.

¿Y la del perfecto?

Ah, eso es ya la iluminación, dijo el maestro, soltando una risita. Es cuando los árboles vuelven a ser árboles y las montañas vuelven a ser montañas”.

Tal vez nos sintamos como si el maestro estuviese tomando del pelo a sus discípulos y a nosotros. Pero no es así. El nos presenta tres etapas muy definidas.

No es difícil entender la primera cuando las montañas son montañas. Más difícil de comprender y aún más peligroso de vivir es la segunda. Es ésta la etapa de la negación. Las montañas ya no son montañas. Lo que era habitual para

nosotros, deja de serlo. Aún más: Dejamos nosotros de ser habituales para nosotros mismos.

Se vislumbra en nosotros una crisis de identidad. Es un momento maravilloso como quiera que la crisis significa crecimiento, purificación, transformación.

Es el momento de una especial ruptura de confines paralizantes, de horizontes rígidos, de muros separadores, en una palabra, de montes cerrados y de corazones estrechos.

Pasada la etapa de la negación, la montaña vuelve a ser montaña pero no como antes. Algo cambió.

La montaña, que —como suele suceder— se yergue como límite a la propia visión, desaparece para dar lugar a la montaña que es punto de apoyo y de orientación en la búsqueda de nuevos horizontes del espíritu.

El cascarón que encierra al pollito le fija límites, horizontes, un mundo. Cuando el pollito logra romperlo, niega su inflexible encerramiento y sale para pararse sobre ese cascarón y desde allí otear nuevos horizontes antes no imaginados.

Así es la montaña. De limitante en la primera etapa pasa a ser plataforma desde donde se vislumbran fronteras aún más amplias. De totalidad se transforma en fragmento de una cadena de montañas; de absoluta pasa a ser relativa.

Le damos gracias al budismo zen por habernos enriquecido con este apólogo de la montaña que ilumina una dinámica maravillosa de nuestro ser humano, finito, corpóreo, enclavado en el espacio y en el tiempo, mas no por ello satisfecho de su situación.

LA MONTAÑA DE LA ESPIRITUALIDAD

La montaña que en la tradición bíblica se reviste de valor sagrado, llámese Sinaí u Horeb, Sión o Tabor, Garizim o

Carmelo, es para nosotros un símbolo de la espiritualidad misionera.

La marcha ascensional del ser humano hacia Dios es la espiritualidad. Suele describirse como la relación consciente que el espíritu finito del hombre ha entablado en el curso de los tiempos con el trascendente.

Esta descripción nos permite abrir un amplio espacio para la espiritualidad humana, creatural y para la espiritualidad cristiana. Sin embargo, al hablar de la montaña y de la marcha ascensional, ponemos de manifiesto no sólo la búsqueda del encuentro con Dios sino también la progresiva amplitud de la misión que, encuadrada en el amor, se torna susceptible de mayores horizontes hasta una plena universalidad. Así es la espiritualidad misionera.

Subir esta montaña es dable solamente con la fuerza del Espíritu, ya lo sepa o ya lo ignore el que la está escalando.

Con la fuerza del Espíritu, Jesús subió la montaña del calvario para atraer a todos los hombres hacia sí.

Con la misma fuerza envió a sus discípulos a esa misión universal de hacer discípulos de todos los pueblos:

“Los once discípulos se fueron a Galilea, a la montaña que Jesús les había indicado. Y cuando vieron a Jesús lo adoraron aunque algunos dudaban. Jesús se acercó a ellos y les dijo: “Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Vayan pues, a las gentes de todas las naciones y haganlas mis discípulos” (Mt 28,16-19).

Esa misma fuerza del Espíritu que empujó a Jesús y que lanzó a los discípulos a todos los pueblos, nos pone a nosotros en movimiento de amor más allá de toda frontera.

La misión, este movimiento que es a la vez ascensión de la montaña y progresiva amplitud de horizontes, es ante todo un desafío de amor.

“Un anciano peregrino recorría su camino hacia las altas montañas del Himalaya en lo más crudo del invierno. De pronto se puso a llover.

Un posadero le preguntó: ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí con este tiempo de perros, buen hombre? Y el anciano respondió alegremente: “Mi corazón llegó primero y al resto de mí le ha sido fácil seguirle”¹.

ESPIRITU DE MONTAÑA O ESPIRITU DE HUECO

La figura de la montaña nos lleva a evocar, por tremendo contraste, la realidad del hueco. Es el símbolo opuesto a la montaña. Estar en un hueco quiere decir estar encerrado en el más estrecho horizontal posible.

El hueco suele ser residencia de la muerte, de la inconsciencia, de la frialdad, de la inmovilidad.

Podemos vivir una espiritualidad con aire de montaña o pasarnos la vida asfixiados —y tal vez sin saberlo— en una espiritualidad de hueco.

Podemos descubrirnos como águilas que desafían las más altas montañas o reducirnos a ser ratones siempre temerosos y en busca del seguro hueco para protegernos contra todo riesgo.

Podemos ser personas de corazón misionero, amigos del género humano, dispuestos a superar toda frontera si a ello nos mueve el evangelio, o ser personas de corazón mezquino, astudado, pusilánime, cobarde. Ahí nos conduce una espiritualidad de hueco.

“Cuenta una antigua fábula india que había un ratón que estaba siempre angustiado, porque tenía miedo del gato. Un mago se compadeció de él y lo convirtió en un gato. Pero entonces empezó a sentir miedo del perro. De modo que el

1. DE MELLO, Anthony, *La oración de la rana 1*, Sal Terrae, Santander 1988, p 222.

mago lo convirtió en perro. Luego empezó a sentir miedo de la pantera y el mago lo convirtió en pantera. Con lo cual empezó a temer al cazador.

Llegado a este punto el mago se dio por vencido y volvió a convertirlo en ratón diciéndole: Nada de lo que haga por ti va a servirte de ayuda, porque siempre tendrás el corazón de ratón”².

Un corazón de ratón equivale a una espiritualidad desprovista de misionariedad, o una espiritualidad con las estrechas dimensiones del hueco.

DOS MOVIMIENTOS Y UNO MAS

Al simbolizar la espiritualidad misionera con la conquista, apoyada por la gracia divina, de las alturas montañosas, queremos enfatizar no sólo dos sino tres movimientos igualmente esenciales. La ausencia de una de ellos le impide a una espiritualidad llamarse verdaderamente misionera.

a) Tenemos ante todo, la búsqueda del encuentro personal con Dios. Nos podemos gloriarnos de vivir con amplitud de horizontes, pero si ésta no está acompañada del encuentro con Dios, de la búsqueda continua de él, de la subida del monte Carmelo, no estamos viviendo una espiritualidad misionera.

b) Una búsqueda de Dios, así sea en la montaña de la transfiguración, desprovista de la apertura a horizontes universales, tampoco puede ser espiritualidad misionera. Es construir estrechas tiendas en la montaña, no para Jesús, Moisés y Elías como Pedro sugería, sino para nosotros mismos. Es meternos en un refugio, seguro pero estrecho, es reducirnos a un rincón, de intimidad pero asfixiante, es pasar la montaña por ese otro hueco horizontal llamado túnel, que

2. Id, *La oración de la rana 2*, Sal Terrae, Santander 1988, p 69.

nos conduce al otro lado, despojándonos de la belleza del paisaje, oscureciendo todo horizonte.

c) Una búsqueda de Dios y una apertura a horizontes universales debe completarse necesariamente por la bajada de la montaña (Mt 17,9) para cumplir con la misión a la cual hemos sido llamados y enviados.

Bajar la montaña quiere decir asumir decididamente un proceso de inserción misionera en el mundo de aquellos a quienes fuimos enviados.

Es la actuación concreta de ese modo peculiar de seguimiento del Señor Jesús quien hizo a un lado lo que le era propio y tomó la naturaleza del siervo (Flp 2,7).

Pero, a su vez, una inserción o encarnación despojada de la amplitud de horizontes o carente de la búsqueda continua de Dios, tampoco es expresión de una espiritualidad misionera.

Se requieren, entonces, los tres movimientos, no uno sin el otro, todos juntos, para que haya una espiritualidad misionera. Y ellos son el punto de referencia, el criterio básico, el prisma adecuado para determinar si una espiritualidad es o no misionera.

Inserción, amplitud de horizontes, búsqueda del encuentro con Dios, tres movimientos que no nacen de abajo simplemente sino que se generan en lo alto, en el ámbito de los dones de Dios. Sólo si Dios entra con su fuerza es posible el triple movimiento misionero.

Y Dios entra. A veces en forma enérgica, dura, rompiendo muros religiosos, derribando tradiciones, piegando voluntades, tumbando convicciones.

De esta obra decidida de Dios —mediante la acción del Espíritu y la palabra— para construir en el corazón de hombres y comunidades una espiritualidad misionera, dan razón los Hechos de los Apóstoles, el libro de la misión por antonomasia.

LOS HECHOS, EL SIGNO NUMERO TRES

El tres, dicen los chinos, es un número perfecto, la expresión de la totalidad, del acabamiento: nada se le puede añadir. Es el acabamiento de la manifestación: el hombre, hijo del cielo y de la tierra, completa la gran tríada.

Para los cristianos, tres es el acabamiento de la unidad divina: Dios es uno en tres personas.

Para los budistas, el budismo posee su expresión acabada en una triple joya: Buddha, Dharma y Sangha, lo que los taoístas traducen para su propio uso en: Tao, libro, comunidad.

También en el sistema hindú, la manifestación divina es triple: Brahma, Vishnu y Shiva.

La cifra tres está ligada a muchos ritos, costumbres, cuentos y tradiciones y aun espiritualidades como las tres fases de la evolución mística: Purgativa, iluminativa y unitiva.

Cuando se alcanza el tres, se llega a lo perfecto, a lo completo, a lo acabado. Si falta el tres, se está aún en lo incompleto, en lo inacabado.

¿Estaría Lucas pensando en el *tres* cuando escribió los Hechos de los Apóstoles?

El asunto no parece tan improbable. Aún más, un gran estudioso del libro de los Hechos como es J. Dupont, define esta obra como el signo número “*tres*”. Sin ella, algo falta, algo queda inacabado.

Para demostrar esta afirmación, él toma en consideración ante todo el texto de Lucas 24,46-47.

“Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras y añadió:

—Así estaba escrito: El mesías padecerá, resucitará al tercer día y en su nombre se predicará el arrepentimiento y el

perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén”.

Luego lo pone en relación con un texto lucano semejante del libro de los Hechos:

“No añadido nada a lo que predijeron los profetas y también Moisés: que el mesías tenía que padecer y que, siendo el primero de los muertos en resucitar, anunciaría el amanecer a su pueblo y a los paganos” (Hechos 26,23).

Y en fin, saca la conclusión en que aparece claramente como el libro de los Hechos quiere manifestar el tercer signo que lleva al acabamiento, a la plena actuación, las profecías mesiánicas:

“En relación con el mesías, los profetas anunciaban tres cosas: Su pasión, su resurrección, su misión de proclamador de la salvación a todas las naciones.

Estos tres puntos se convierten en signos que permiten reconocer en Jesús al mesías prometido. La pasión y la resurrección no son suficientes sin la evangelización de las naciones paganas. Sin este tercer signo la misión que se confió al mesías quedaría incompleta y habría que poner en duda la tarea de los oráculos mesiánicos a la que Jesús aludió.

Para que Jesús pueda ser reconocido como mesías, es indispensable que él aparezca como “el Señor de todos” (Hechos 10,36), la luz de las gentes” (Lc 2,32; Hechos 13,47; 26,23).

Pero el texto de Lucas 24,27 no puede separarse de los versículos que le siguen. Esa misión universal que le pertenece como algo propio, no lo ejerce Jesús directamente, en primera persona, sino por medio de sus “testigos”, fortificados con este fin por el Espíritu que él mismo les ha dado. El trabajo misionero de los apóstoles y sobre todo de Pablo quiso ofrecerle al mundo de entonces ese tercer signo del mesianismo de Jesús. Y concluye este autor: “Jesús puede

aparecer real y plenamente como mesías sólo si, por medio de él, la salvación de Dios llega hasta las extremidades de la tierra”³.

El tercer signo es, entonces, la misión entendida ella con su triple movimiento:

a) *De búsqueda de Dios* y por ello los apóstoles recibirán al Espíritu Santo, al que deben necesariamente esperar pues “la apertura a los otros se afianza radicalmente en la apertura al otro”⁴.

b) *De inserción* pues están llamados a ser testigos, a desplegar el testimonio evangélico y de anunciar en medio de la gente a la que son enviados.

c) *De amplitud de horizontes* pues no están llamados a un testimonio local y particular sino que serán testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo (Hechos 1,8)

A LA MISIÓN LA PINTAN CALVA

Un hombre tenía dos esposas, una joven y una vieja. La mujer joven le arrancaba los cabellos blancos y la mujer vieja le arrancaba los cabellos negros. Después de un tiempo, el pobre hombre se encontró sin ningún tipo de pelo, completamente calvo.

Los teólogos y escritores de la espiritualidad misionera se parecen en ocasiones, a las dos esposas, la joven y la vieja.

3. DUPONT, Jacques, *Nuovi studi sugli Atti Apostoli*, Ediciones Paulinas, Turín 1985, pp 51-52. Aclara Dupont: “La formación de Hch 26,23 expresa claramente el presupuesto de Lc 24,47. Los apóstoles deben realizar en nombre de Jesús, una proclamación universal, que había sido anunciada por las profecías mesiánicas y así se presentaba como obra del mesías. La proclamación de la salvación a todas las naciones, colocándose después de la pasión y la resurrección, no pudo ser completada en el transcurso del ministerio terreno de Jesús, ella puede ser únicamente obra del resucitado actuante a través de sus enviados y de sus testigos. Estos, hablando en su nombre, ejecutan una parte esencial de su obra, a través de ellos, él la realiza” (o 50)

4. GOURGUES, Michel, *Misión y comunidad*, Verbo Divino, Estella 1988, p 26

Porque hoy ya no se usa —diría la joven— es necesario prescindir de la proclamación abierta, explícita, competente, del evangelio. Lo que hoy se requiere es el testimonio silencioso, sin discursos ni proclamas, vivido por los cristianos ordinarios. “Nada hay tan vacío como el discurso de aquel a quien le obsesiona la necesidad de proclamar su fe. Se trata sólo de existir; el testimonio se da por añadidura”.⁵

El motivo aducido para quitar los cabellos de la proclamación y dejar sólo los del testimonio, es que la comunicación de la fe choca en gran parte con un muro de resistencia pasiva debido a la increencia y a la indiferencia difusas que impregnan la cultura actual. Para muchos de nuestros contemporáneos, Dios ha desaparecido prácticamente del campo de las relaciones vitales y de las referencias significativas. Especialmente a los que en otra ocasión fueron cristianos —y que son fatalmente diferentes de los oyentes de Pedro y Pablo, muy interesados en asuntos religiosos (Hechos 17.22)— este evangelio “ya oído” no les atrae como una admirable novedad.

“Ante esta situación, algunos cristianos de hoy se sienten inclinados a pensar que el tipo de comunicación de la fe atestiguado en los Hechos ya no es practicable y que ha de ser sustituido por otro al que por contraste se designa con el nombre de testimonio.”⁶

El despojar la misión de la proclamación abierta, explícita del Señor Jesús, aunque parezca muy adecuado a la mentalidad de algunos ambientes, es una lamentable mutilación. Tomar el camino de la esposa vieja e identificar el testimonio con la proclamación directa y explícita del evangelio por unos oyentes especializados, enviados con este fin, es también otra lamentable mutilación. Por una parte, como lo indica la “*Evangelii Nuntiandi*”, testimonio y proclamación aun siendo inseparables no son identificables. Por otra,

5. JOSSUA, J P, *La condition du Témoin*, Cerf, Paris 1984, p 63.

6. GOURGUES, Michel, o c, pp 10-11.

reducir la misión a agentes especializados es totalmente contrario a cuanto se ha venido madurando desde el Vaticano II, todo él dirigido a crear una Iglesia misionera, en todos sus miembros, en todas sus Iglesias, en todos los tiempos.

Y ésta es la visión que nos ofrece el libro de los Hechos. Nos presenta una multitud de personas comprometidas con la misión, cada uno a su modo, y que por tanto proclaman abiertamente la palabra de Dios.

Al mismo tiempo, estas personas dan un testimonio de vida personal y comunitaria, lo cual les atrae persecuciones de las autoridades pero también genera una gran simpatía por parte del pueblo: “Gozaban del favor de todo el pueblo” (Hechos 2,47b), “la gente se hacía lenguas de ellos” (Hechos 5,13b).

Toda la Iglesia misionera como testigos de Cristo en forma personal y comunitaria y proclamando abiertamente esa fe vivida en el Señor es esencial para no colaborar a que a la misión la pinten calva.

TODAS LAS ABEJAS SON REINAS

Dice San Francisco de Sales que la reina de las abejas no sale nunca al campo sin que la rodeen todas ellas, su pequeño pueblo.

Lo mismo le pasa a la caridad. No entra nunca en un corazón sin que traiga como séquito todas las otras virtudes.

La comparación es muy bella y precisa. “El hombre que vive la caridad experimenta la virtud de la alegría porque descubre a Dios presente en el otro, lo ve amado por Dios, enriquecido por los dones del Espíritu... Además, posee en abundancia la bondad interior así que puede verter benevolencia y misericordia sobre todos, aun sobre los ingratos... está inclinado a perdonar a sus deudores en actitud de comprensión y clemencia... Es el hombre de la

amabilidad que con su sola presencia y comportamiento comunica serenidad a cuantos se aproximan”.⁷

Se puede seguir hablando de esas abejas como la mansedumbre, la verdad, la sencillez y la franqueza que acompañan a la reina que es la caridad.

Sin embargo, cuanto se dice de la caridad hay que decirlo también de las otras virtudes especialmente cuando se colocan al servicio de la misión. En este sentido, todas las abejas son reinas, así que cualquiera de ellas cuando entra en el corazón trae como séquito todas las otras virtudes. El caso es que cada virtud logra expresarse sólo si se encuadra en la práctica simultánea de otras virtudes.

Lo que interesa no es el número de las virtudes sino su relación con la misión para que ellas puedan forjar una espiritualidad misionera.

Una virtud es parte esencial de la espiritualidad misionera cuando se vive en el contexto de ese triple movimiento misionero de

- búsqueda del encuentro con Dios,
- amplitud de horizontes,
- inserción.

Desde este triple e inseparable movimiento, la vivencia de cualquier virtud constituye una espiritualidad misionera. Y esa virtud, como la reina de las abejas, suscita la presencia de otras necesarias también ellas para la misión, aunque no se cultiven en forma directa.

Por ejemplo, cuando en la subida de esa montaña que simboliza el encuentro con Dios se piensa en la subida que otros también están realizando, surge la comprensión de la fatiga humana para encontrar a Dios y ello se traduce en una paciencia misionera especial.

Y cuando se amplían los horizontes y se descubren las maravillas del omnipotente, brota un sentimiento de pequeñez ante los pluriformes dones de Dios a pueblos y culturas que se traduce en una especial humanidad misionera.

Cuando la misión exige una inserción decidida, brota la exigencia de despojarse de la propia índole para hacerse al mundo de los destinatarios y ello se traduce en la virtud del desapego en tan variadas dimensiones.

Hemos de profundizar en algunas de estas virtudes que en forma más significativa revelan la espiritualidad misionera. Pero para que ésta sea una realidad, lo importante no es simplemente tener esta o aquella virtud, sino dejar que el Espíritu del Señor nos introduzca en el triple movimiento misionero aludido y los demás —el enjambre de virtudes propias de la espiritualidad misionera—vendrá por añadidura.

7. GOFFI, T. *Antonmie spirituali*, en VARIOS, *Nuovo Dizionario di spiritualità*, Ediciones Paulinas, Roma 1982, pp 25-26

Actividades

1. Identifica los tres movimientos que conforman la espiri- tualidad en el siguiente texto de Isaías:

“Hará Yavé Sebaot,
a todos los pueblos en este monte
un convite de manjares frescos,
convite de buenos vinos:
manjares de tuétanos, vinos depurados;
consumirá en este monte
el velo que cubre a todos los pueblos
y la cobertura que cubre a todas las gentes;
consumirá a la muerte definitivamente.
Enjugará el Señor Yavé
las lágrimas de todos los rostros,
y quitará el oprobio de su pueblo
de sobre toda la tierra,
porque Yavé ha hablado”.
(Is 25,6-8).

2. Acopla las siguientes citas de Isaías al respectivo movi- miento:

54,2

9,5

12,2

11,2-3

52,7

61,1-2

ASCENSION

INSERCIÓN

AMPLITUD

3. Siempre en el libro de Isaías busca algunos textos en los que aparezca una invitación a vivir alguno de los tres movimientos.

4. “San Francisco de Sales dice que cuando sale la abeja reina, las demás abejas salen con ella”.

“Cuando un indígena sale en la carretera para que lo lleven con el vehículo, detrás de él van apareciendo todos los hijos, la esposa y uno que otro pariente más”.

Son dos metáforas para indicar cómo cuando se vive la caridad, también las otras virtudes empiezan a hacerse presentes. Encuentra otra metáfora para expresar el mismo concepto.

5. El abad Hilarión le decía a un joven que afirmaba que deseaba seguir la propia inclinación: “Está muy bien con tal de que sea en subida”.

Si en cambio la inclinación fuese en bajada, ¿qué le aconsejarías para que tal inclinación fuese positiva?

6. Siguiendo con el tema de la subida, averigua con qué imágenes los expresan algunos santos:

San Juan de la Cruz

Santa Teresa de Jesús

Santa Teresa del Niño Jesús

Isabel de la Trinidad

7. Considera la siguiente narración del libanés Jalil Gibrán y a partir de la misma responde cuándo la inserción es correcta y cuándo no lo es.

“Una vez en la lejana ciudad de Wirani, un rey poderoso y sabio, gobernaba a sus súbditos. Y era temido por su poder, y amado por su sabiduría.

Ahora bien, en el centro de aquella ciudad, había un pozo de aguas frescas y cristalinas, del que bebían

todos los habitantes, incluyendo el rey y sus cortesanos, pues no había otro pozo.

Una noche, mientras todo el mundo dormía, una hechicera se deslizó en la ciudad y vertió en el pozo siete gotas de un líquido extraño y dijo: “De hoy en adelante quien beba de este pozo se volverá loco”.

A la mañana siguiente, todos los habitantes, menos el rey y su gran chambelán, bebieron del agua del pozo y se volvieron locos, tal como la hechicera lo predijo.

Y durante todo el día, los habitantes de la ciudad, así en las calles estrechas como en los mercados, no hacían sino murmurar y susurrar unos a otros: “El rey está loco, el rey y su chambelán perdieron la razón. Es natural no aceptar ser gobernados por un rey loco. Debemos destronarlo”.

Por la noche, el rey pidió que le llenaran una gran taza de oro con agua de aquel pozo. Cuando se la trajeron él y su chambelán bebieron copiosamente.

Al siguiente día, hubo en la ciudad de Wirani, un gran regocijo, porque el rey y su chambelán habían vuelto a recuperar la razón”.

2. Amor Universal

LA MONTAÑA DEL AMOR

Es un túnel cualquiera. Pero basta que en los parques lo construyan y lo llamen “el túnel del amor” para que adquiera un no se qué de misterio. Todas las parejas lo cruzan casi como para sellar esa alianza de amor que las ha unido.

Ya hemos manifestado nuestra alergia por los túneles. Dijimos que una espiritualidad de túnel es lo opuesto a una de montaña.

Por eso, dejemos el túnel del amor y busquemos, más bien, la montaña del amor.

No es necesario indagar demasiado. El Sinaí se impone, sin la menor duda, como montaña del amor. Es la montaña de la alianza entre Dios y su pueblo.

“Moisés subió hacia Dios. Yavé le llamó desde el monte y le dijo: “Así dirás a la casa de Jacob y esto anunciarás a los hijos de Israel: Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa” (Ex 19,3-6).

Ni más ni menos que una declaración de amor por parte de Dios. Por parte de Israel, Moisés dará la respuesta al considerar el amor a Dios como esencia de la ley:

“Escucha, Israel, Yavé nuestro Dios es el único Yavé. Amarás a Yavé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado” (Dt 6,4-7).

El Sinaí, montaña del amor, lugar de la alianza establecida entre Dios y su pueblo, no podía no ser recordado de manera especial en las fiestas hebreas.

Pentecostés, la fiesta del “quincuagésimo” día, era celebrada 7 semanas después de la oferta de las primicias de la siega.

Sin embargo, a fines del período judío, al carácter agrícola de la fiesta se le fue dando una interpretación diferente.

Las fiestas hebreas se empezaron a relacionar con las grandes etapas de la historia de la salvación.

Siendo la Pascua la fiesta de la salida de Egipto, era obvio que se pusiera Pentecostés en relación con la promulgación de la ley en el Sinaí.

Era la fiesta de la Alianza, del pacto del amor entre Dios y su pueblo.

Y por el mismo motivo, no tiene nada de extraño que la narración del libro de los Hechos sobre Pentecostés, contenga numerosas alusiones a los eventos del Sinaí.

El libro del Exodo dice: “Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el monte y un poderoso resonar de trompeta... Todo el monte Sinaí humeaba, porque Yavé había descendido sobre él en el fuego. Subía el humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia” (Ex 13,16.17.18).

A su vez el libro de los Hechos narra:

“Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se le aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse” (Hechos 2,1-4).

Estos dos textos en sus semejanzas nos permiten concluir que el Pentecostés de los Hechos es como la nueva montaña del amor.

Por ello, la descripción de la venida del Espíritu sobre los apóstoles evoca intencionalmente los eventos del Sinaí. Esta comparación revela un primer aspecto del misterio del Pentecostés cristiano: El envío del Espíritu se substituye a la promulgación de la ley; la alianza fundada sobre la ley mosaica, es sustituida por una nueva alianza basada en la presencia y en la acción del Espíritu en los corazones.

EL ESPIRITU DEL AMOR UNIVERSAL

Si le pudiéramos pedir a San Pablo un comentario sobre el evento de Pentecostés él nos contestaría con su enseñanza a los romanos:

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5,5).

Se trata de un amor universal, sin fronteras de ninguna especie. Cómo no recordar aquella narración que nos ofrece nada menos que un rabino judío sobre el paso del mar Rojo:

“Cuando los Israelitas salieron de Egipto cruzaron el mar Rojo perseguidos por los egipcios. Ellos cruzaron pero los egipcios fueron sumergidos por las olas. En el cielo, los ángeles cantaban de alegría. Dios se dio cuenta del festivo

gozo de los ángeles y les impuso silencio. ¿Cómo es esto —dijo— mi pueblo de Egipto está pereciendo y ustedes se ponen a cantar?”.

La predilección de Dios por el oprimido Israel, no es óbice para que él se sienta padre de todos los pueblos, para que manifieste que su amor es universal.

Esta narración del rabino puede ser imaginaria pero encierra una verdad muy grande, la del amor universal de Dios. Isaías lo confirma cuando nos ofrece las palabras del Señor: “Yo bendigo a Egipto mi pueblo, a Asiria obra de mis manos y a Israel mi propiedad” (Is 19,25).

Este amor universal de Dios inundó los corazones de los apóstoles el día de Pentecostés, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado, como anotaba Pablo. Es bueno aclarar, sin embargo, que el Espíritu Santo es presentado en forma un poco diferente por Pablo y Lucas.

Pablo insiste en el Espíritu que transforma interiormente: “Todos los que son llevados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios”. (Rm 8,24). “Vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu, si es cierto que el Espíritu de Dios habita en vosotros” (Rm 8,9). Para Pablo, la experiencia del Espíritu está más vinculada a la persona y a la interioridad.

Lucas, en cambio, gusta de evidenciar más la exterioridad, esto es, los efectos exteriores y visibles de la acción del Espíritu Santo¹. Le gusta a Lucas abundar en detalles y en signos significativos.

Un pastor americano viendo las cataratas del Niágara gritó a su compañero: ¡Este es el potencial más desperdiciado en el mundo! Y el compañero le respondió: “El

potencial más desperdiciado en el mundo es el Espíritu Santo”².

La respuesta nos puede parecer fuera de contexto pero ella nos ayuda a recordar que el potencial manifestado en Pentecostés es el mismo disponible para nosotros hoy. Y así como las cataratas del Niágara son una fuente tremenda de energía eléctrica, el evento de Pentecostés es una fuente insuperable, inagotable, de energía misionera.

Al recibir el Espíritu Santo, los discípulos quedan capacitados para cumplir la misión. Se inaugura en ese momento la proclamación del Evangelio de Jesús en forma abierta, pública, universal. Pentecostés es el nacimiento de la Iglesia misionera.

Hay, por tanto, un claro paralelismo entre Pentecostés y el bautismo de Jesús cuando bajó sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma (Lc 3,21-22) y empezó su predicación pública como Hijo enviado del Padre al mundo. “La venida visible del Espíritu constituye, en cierta forma, la investidura profética de quien, desde los primeros instantes de su existencia, era ya Hijo de Dios a través de la acción del mismo Espíritu”³.

De igual forma, en Pentecostés, al inaugurarse la misión profética y universal de los apóstoles, el Espíritu pone de manifiesto su potencia misionera por medio de seis signos especiales:

1. Un rumor desde el cielo

Cuanto acontece proviene del ámbito divino; como esa voz que Jesús escuchó en el bautismo (Lc 3,22). Hasta ese momento, el Espíritu había concentrado su presencia y su

2. SWEETING, G, SWEETING D, *The Actas of God*, Moody Press, Chicago 1986, p 17

3. DUPONT, J, *Nuovi studi sugli Atti degli Apostoli*, Ediciones Paulinas, Turín, 1985, p 303

1. Respondiendo a un comentario que en cierta forma confunde el punto de vista de Lucas con el de Pablo y apoyándose en otros autores, afirma Dupont “Es precisamente esto cuanto rechazan estudios consagrados a la pneumatología de Lucas () En la lógica misma de su esfuerzo histórico, Lucas llama la atención sobre los efectos exteriores y visibles más que sobre la transformación interior en la que se interesa el teólogo Pablo” DUPONT, Jacques, *Teologia della Chiesa negli Atti degli Apostoli*, Dehoniane, Bologna 1984, pp 21-22

acción en la persona de Jesús. Ahora, según la promesa, desciende de lo alto para inundar a los apóstoles, a los discípulos, a toda carne, como anotaba Pedro citando al profeta Joel (Hechos 2,16).

2. *Un viento impetuoso*

El viento tiene como rasgo evidente el de poner en movimiento. Mantos y banderas, molinos y cometas, trigales y cañaduzales, árboles y planticas, todos reciben el influjo del viento, traducido en movimiento. El Espíritu denota su presencia como viento impetuoso que pone en movimiento misionero.

Es esta la característica propia del Espíritu Santo en la obra de los Hechos. En este punto difiere Lucas de Juan o de Pablo para quienes el Espíritu es el revelador o el santificador. Justamente anotaba Von Baer: “Lucas no quiere ofrecernos, en primer lugar, una descripción de la fuerza renovadora, moral y religiosa, del Espíritu. El quiere, más bien, presentar la potencia y la seguridad del Espíritu misionero que se manifiesta externamente y lleva al mundo el mensaje del Señor glorificado. Esta es la línea fundamental que sigue Lucas en el esquema de su segundo libro”⁴.

Lucas, entonces, al hablar del viento impetuoso, capaz de mover toda cosa, nos muestra el Espíritu “como Espíritu profético, que empuja a hablar y da fuerza al testimonio de aquellos a quienes inspira. Lucas prefiere ver en el Espíritu el principio del dinamismo que asegura la difusión del mensaje evangélico y la expansión de la Iglesia”⁵. Ese viento fuerte es la fuerza motriz del crecimiento de la Iglesia, su empuje misionero.

4. Citado por DUPONT, J, *Teologia della Chiesa*, pp 21-22.

5. *Id.* o c, p 22.

3. *Fuego*

El movimiento generado por el Espíritu tiene una característica especial: Es movimiento de amor. Lejos de ser de conquista, de imposición, de aventura, de diversión o de popularidad, la misión es únicamente movimiento de amor. El fuego indica la presencia de Dios amor, que purifica de todo temor y que enciende los corazones. Con razón decían los discípulos de Emaús cuando escuchaban las palabras de Jesús: ¿No nos ardía el corazón?”.

El fuego denota la presencia de Dios, su manifestación: “Todo el monte Sinaí humeaba, porque Yavé había descendido sobre él en el fuego” (Ex 13,18). En Pentecostés, el Espíritu de Dios se hace presente como fuerza capaz de generar la misión, movimiento de amor.

4. *Lenguas*

Ese fuego toma la forma de lenguas. De esta manera, Lucas nos muestra el servicio específico que el movimiento de amor generado por la potencia del Espíritu debe prestar: El anuncio de la palabra. La misión, con la fuerza del Espíritu, es un movimiento de amor evangelizador, que inmediatamente se manifiesta como testimonio de la resurrección de Jesús. Los apóstoles recurren al testimonio mismo de las Escrituras para hacer ver que cuanto afirman sobre Jesús había sido anunciado por los profetas. Tal es el tema de los discursos misioneros de Pedro que el Señor confirma con los milagros y maravillas que los apóstoles obraban.

El Espíritu, entonces, constituye a los apóstoles y a todo discípulo en servidor de la Palabra, ya como oyente de la misma, ya como proclamador de ella.

5. *Hablar otras lenguas*

Dícese de quien aprende otra lengua, que descubre un mundo nuevo. En Pentecostés no se descubrió un solo mundo nuevo sino todos los mundos.

En efecto, este quinto signo indica dos aspectos muy importantes:

a) La dimensión universal de la misión confiada a los apóstoles.

Los apóstoles eran escuchados por gente proveniente de diversos pueblos. Lucas dice que “había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo (Hechos 2,5). Al presentar a todos esos hombres en la diversidad de sus lenguas y al insistir en esa larga y extraña lista de pueblos de la tierra (Hechos 2,11), Lucas pone de manifiesto que la promesa de recibir el Espíritu Santo y con su fuerza ser testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra (Hechos 1,8), se está cumpliendo. La misión universal de la Iglesia, su razón de ser, su vocación, empieza a realizarse.

¿Cómo ha de realizar la Iglesia esa su misión universal? A ello se refiere el segundo aspecto del quinto signo.

b) El don del Espíritu de anunciar *en manera comprensible* a otros pueblos las maravillas de Dios. Los apóstoles hablaron y cada oyente perteneciente a alguna de las diversas naciones que hay bajo el cielo, los escuchaba en su propio idioma, comprendiendo lo que ellos expresaban.

El don del Espíritu no se refiere —en este caso— a los oyentes. La acción del Espíritu está dirigida a los apóstoles. Estos reciben, como un don, la capacidad de hablar a los presentes en su propia lengua y lenguaje.

El milagro, entonces, no está tanto en permitir a los oyentes entender lo que dicen los apóstoles, cuanto a permi-

tir a los apóstoles hablar de manera tal que los oyentes entiendan. Un midrash (comentario o interpretación de un texto por parte de los rabinos judíos) sobre el Exodo dice que en el Sinaí la voz de Dios se había dividido en 70 lenguas para hacerse oír por todas las naciones de la tierra.

Bella enseñanza para nosotros. Le corresponde a la Iglesia misionera asumir las lenguas de los otros para proclamar en ellas la buena noticia. No debe imponer una lengua sobre ellos esperando que entiendan de milagro. Debe, por el contrario, hacerse a la índole lingüística, cultural y humana de los destinatarios.

El Baal Shem Tou, rabino excepcional fundador del Hassidismo, recibió a un grupo de visitantes. Terminado el encuentro, uno de ellos, le comentaba a un compañero: “Las palabras que me dirigió en forma tan personal, me hicieron un gran bien”.

“No digas tonterías —replicó el compañero— entramos juntos y me habló siempre a mí y en forma tan íntima”. Un tercer visitante intervino: “Se equivocan. Todo el tiempo se dirigió a mí de modo muy particular. El cuarto dijo más o menos lo mismo. Un momento después todos guardaron silencio⁶.”

Este es el gran desafío de la misión: Hablar a todos en sus propias lenguas y culturas para que se sientan personalmente interpelados y comprometidos.

6. *Reunidos en un mismo lugar*

La expresión (Hechos 2,1) indica un agrupamiento externo, pero conociendo a Lucas, se deduce que él quiere indicar algo más: Una unión de corazones, una unanimidad. Como con los otros cinco signos, también con éste se quiere evocar algo de esa experiencia en la montaña del amor, el Sinaí.

6. Cfr BUBER, M, *I racconti dei Chassidim*, Garzanti, Milán 1985, pp 98-99

Cuando Moisés expuso al pueblo cuanto Dios le había mandado, dice el libro del Exodo, “todo el pueblo a una respondió diciendo: “Haremos todo cuanto ha dicho Yavé” (Ex 19,8). Era la respuesta de un solo corazón y una sola alma.

También Pentecostés es un acontecimiento comunitario. Nace una Iglesia para ponerse al servicio de la misión y ello acontece bajo el signo de la comunión. La misión no es hazaña de francotiradores aislados. Es tarea de la totalidad del pueblo de Dios, de cada comunidad, de cada Iglesia local.

En un tiempo, la reanimación cardiopulmonar era exclusividad de los médicos profesionales. Luego surgió la idea de enseñar ese método a los obreros, camioneros, pescadores, oficinistas y se salvaron así miles de vidas. Enfrentar la deshidratación infantil era competencia también de médicos y enfermeros. No lograban cubrir la demanda. Se decidió enseñar a toda mamá cómo hacer el suero oral y se salvaron miles de niños.

La misión, lejos de ser exclusividad de unos profesionales, es tarea de todos, del pueblo de Dios, pero en comunión, un solo corazón y una sola alma. Pentecostés tuvo lugar porque estaban todos reunidos en un mismo lugar, con María. Esta es la condición para los innumerables pentecostés de hoy generadores de la misión universal.

SEIS CRITERIOS DE ESPIRITUALIDAD MISIONERA

Los seis signos de la misión universal, al hacerse presentes en Pentecostés, han de manifestarse también en la vida de cada persona que vive misioneramente, que se deja llevar por el Espíritu.

1. Presencia de Dios o vacío de Dios

Un rumor desde el cielo es el signo de la presencia de Dios. ¿Está presente Dios en mí o más bien descubro un vacío de Dios? La presencia de Dios se manifiesta en el rumor no de truenos y relámpagos sino de dos actitudes muy bellas: Alegría y entusiasmo.

Alegría es la expresión de la presencia sentida de Dios. Entusiasmo es algo parecido. La palabra en su raíz griega significa estar lleno de Dios, tener a Dios dentro de sí.

Un presidente famoso y muy religioso solía decir que le gustaban los predicadores que cuando predicaban parecían espantando abejas. La alegría y el entusiasmo que brotan de Dios se manifiestan aun corporalmente como lo manifestaba Felipe cuando corría detrás de la carroza de Eunuco para alcanzarlo y explicarle la Palabra de Dios (Hechos 8,30).

Se cuenta que el gran filósofo y matemático Blaise Pascal, después de su conversión, llevaba cosidas estas palabras en el forro de su capa: “¡Alegría, alegría, lágrimas de alegría!”. Sartre parodió así estas palabras: “¡Alegría, alegría, lágrimas de alegría!” “¡Dios no existe, aleluya!”. Pero tras este gesto de triunfo se ocultaba el cruel vacío que lo atormentaba, aunque tal vez era el grito angustioso de quien extiende sus manos, temblorosas de cólera, para arrancar la máscara de una caricatura de Dios fabricada por los hombres.

De todos modos, el rumor desde el cielo traducido en presencia de Dios, alegría y entusiasmo, está en el polo opuesto del vacío de Dios, de la existencia superflua, de la náusea.

2. *Movimiento Apostólico o cansancio burgués*

Un viento impetuoso es el signo del apostolado misionero que anima a las personas. Movidas por el Espíritu, se mueven más allá de toda frontera cultural, social o religiosa. ¿Qué está predominando en mí: El ánimo apostólico-misionero o un cierto cansancio o aburguesamiento? Es un movimiento éste del Espíritu que no acepta obstáculos insalvables porque obedece a una fidelidad profunda a la misión.

Un muchacho subió una montaña y deseaba llegar hasta la cumbre. En la mitad del camino se encontró con un muro bastante alto y no había forma de pasar por un lado. No tenía alternativa: O buscaba la forma de trepar el muro o debía regresar de donde vino sin haber conquistado la cumbre. Llevaba un sombrero muy querido, regalo de su mamá. El muchacho no lo dudó un instante. Lanzó el sombrero por encima del muro. Ya no tenía más dudas. Como fuera, lo único que debía hacer era escalar el muro, recoger su sombrero y llegar a la cumbre.

Cuando el Espíritu mueve, todo se supera para cumplir con la misión asignada.

3. *Amor universal o encerramiento*

El fuego es el signo del amor con que se realiza este movimiento. ¿Soy una nevera completamente fría o puedo decir con Juan de la Cruz “Que ya sólo en amar es mi ejercicio? No es un amor que brota de lo más bajo de la tierra sino que nace desde lo más alto del cielo. Es el amor de Dios derramado en nuestros corazones y que nos lleva a amar la misión que nos es encomendada. Es el amor que Cristo quiere ver en Pedro para encomendarle la misión: “Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas” (Jn 21,17).

Los cazadores que desean realmente cazar un conejo no lo persiguen con las solas balas. Lanzar una bala al

conejo, es algo que a lo sumo le produce cosquillas. Para que la bala sea efectiva se requiere la pólvora en la escopeta. Sólo la pólvora lanza la bala con tal fuerza que golpea al conejo mortalmente. El amor es como esa pólvora que da fuerza, potencia a la acción misionera. Sólo el amor generado por el Espíritu, garantiza la entrega total, entusiasta a la misión.

Los teólogos de la edad media decían que el alma está más donde ama que donde habita. El amor lleva a que la misión se viva de verdad con toda el alma y sin excluir a nadie.

La deuda interna de cada país es para los gobernantes un gran problema. La deuda externa, sin embargo, es mucho más grave. Afortunado el país que pueda decir: “Yo no le debo nada a nadie”. Si esta deuda externa es grande, hay aún otra más grande a la cual aludía San Pablo cuando decía: “Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor” (Rm 13,8).

Se trata de una deuda universal, que no excluye a nadie. Si vivimos una espiritualidad misionera, sentimos la necesidad de pagarla totalmente, sin pedir reducción, esto es, sin excluir a nadie. El que excluya a alguna persona o a algún pueblo de su amor, no puede llamarse cristiano, ni mucho menos misionero.

4. *¿Servidor de la palabra o charlatán improvisador?*

Las lenguas han sido y fueron también en Pentecostés el signo de la palabra. Ser servidores de la palabra no significa convertirse en charlatanes sino tomar muy en serio la acción pastoral. ¿Es para mí algo muy importante y que preparo cuidadosamente o más bien improviso mediocremente?

El servicio de la palabra, aun exigiendo la máxima sencillez posible, requiere la más cuidadosa preparación pastoral. La evangelización es el fin de la misión, su razón de ser.

5. *Voluntad de hacerse comprender o pobreza de inserción*

Tanto en los tiempos de Pablo como en los actuales se oye la expresión: “Hablar en lenguas”. Pablo, aun reconociendo su valor, identificaba el fenómeno con lo incomprensible:

“Y ahora, hermanos, supongamos que yo vaya donde vosotros hablándoos en lenguas, ¿qué os aprovecharía yo, si mi palabra no os trajese revelación, ni ciencia, ni profecía, ni enseñanza? Así sucede con los instrumentos de música inanimados, tales como la flauta y la cítara. Si no dan distintamente los sonidos, ¿cómo se conocerá lo que toca la flauta o la cítara? Y si la trompeta no da sino un sonido confuso, quién se preparará para la batalla? Así también vosotros: si al hablar no pronunciáis palabras inteligibles, ¿cómo se entenderá lo que decís? Es como si hablarais al viento (1 Co 14,6-9).

Hablar en lenguas es algo muy diferente de hablar en otras lenguas. Lo primero está en el campo de lo incomprensible, lo segundo significa el máximo esfuerzo posible por ser comprendido por los otros. Y este desafío adquiere su máxima expresión, cuando el Espíritu mueve hacia pueblos y culturas totalmente diferentes donde la vida cotidiana de los destinatarios tiene significados muy diferentes de los que tiene para quien es enviado a ellos.

Hablar en otras lenguas es realizar lo máximo necesario para llegar a ser comprendido no para la propia ganancia sino para que el evangelio pueda llegar a los demás como buena noticia.

Hablar otras lenguas es aprender a amar, a pensar, a sentir, a comunicar desde el mundo de los destinatarios, no desde el propio mundo. Es tener como punto de referencia tanto para ofrecer el mensaje como para ser evangelizado, la visión del mundo de los otros, no la propia. Es saber utilizar lo conocido por ellos como punto de partida para ofrecerles,

cuando de ello se trata, lo desconocido del mensaje de Jesús, lo que para ellos es la novedad. Hablar en otras lenguas es tomar en serio la universalidad de la salvación de Dios.

6. *Comunión desde la misión o individualismo*

Ya anotamos que más allá del significado topográfico, la expresión de Lucas “Reunidos en un mismo lugar” (Hechos 2,1) indica unanimidad y comunión.

Un estudio sobre el libro de los Hechos empieza con un título muy bello: “El doble rostro de la apertura a los otros”. Y prosigue refiriéndose a esta experiencia de la apertura a los otros diciendo: “Nos interesaremos por dos formas particulares de esta experiencia: por una parte, la misión o la apertura a los de fuera; por otra parte, la existencia comunitaria o la apertura a los de dentro”⁷.

La apertura a los de dentro es la existencia comunitaria, el vivir en comunión desde la misión y para ella. Esta necesidad se puede apreciar de dos maneras: “Por un lado, no se ve cómo en el mundo actual podrán unos cristianos individuales adoptar y mantener una calidad de existencia y de presencia evangélica sin el apoyo de las comunidades. Para mantener vivas las convicciones, motivaciones y opciones que fundamentan su compromiso, el testigo individual tiene necesidad de un ambiente en el que su fe pueda decirse y profundizarse. Por otro lado, las comunidades mismas están llamadas a dar testimonio y a completar así lo que le falta al testimonio individual”⁸.

Podemos resumir lo anterior con la constatación de que es imposible un pentecostés verdadero hoy sin vivencia de comunidad y es imposible vivir la espiritualidad misionera si ella no está alimentada, sostenida y proyectada hacia adelante por una comunidad de cristianos apasionadamente misionera, como esa de los doce apóstoles desde Pentecostés.

7. GORUGUES, M, *Misión y comunidad*, Verbo Divino, Estella 1984, p 5

8. *Id.*, o. c. p 12

Actividades

1. Identifica 10 barreras que impiden hoy que brote en el mundo un amor universal, sin fronteras. Por ejemplo: La barrera del desconocimiento de otros pueblos y de sus culturas.
2. Identifica algunos signos de los tiempos que indican un caminar de la humanidad hacia un amor universal. Por ejemplo: El reconocimiento de casi todos los pueblos del texto de los derechos humanos.
3. Acércate a 3 personas de culturas diferentes a la tuya para preguntarles sobre los valores de sus respectivas culturas.
4. Busca 10 pensamientos positivos de personas con fe religiosa diferente de la tuya. Explicita por qué te gustan y qué elementos se asemejan a los de tu religión. Por ejemplo: Rabindranath Tagore así oraba:
“No me dejes pedir protección ante los peligros, sino valor para afrontarlos. No me dejes suplicar que se calme mi dolor, sino que tenga ánimo para dominarlo”.
5. Haz una comparación entre el himno de la caridad que encuentras en 1Co 13,1-13 y el siguiente trozo del profeta, obra de Jalil Gibrán: “Si no podéis trabajar con amor, sino sólo con desgano, mejor será que abandonéis vuestro trabajo y os sentéis a las puertas del templo a recibir la limosna de aquellos que trabajan con alegría. Porque si horneáis el pan con indiferencia, vuestro pan

será amargo, y sólo podrá satisfacer a medias el hambre del hombre. Y si estrujáis las uvas con mala voluntad, vuestra mala voluntad destilará veneno en el vino. Y si cantáis, así sea como ángeles, sin sentir amor por el canto, con vuestras voces destrozaráis los oídos del hombre, dejándolos sordos a las voces del día y a las voces de la noche”.

6. Representa junto con otras personas una escena (fija o en movimiento) que denuncie lo mismo que expresa el siguiente texto:
“El peligro para la Iglesia en América Latina es el cerrarse sobre sí misma y sobre sus problemas, dejando de ser Iglesia “católica” y cayendo en un narcisismo engañoso: se cree adulta, viva, vital, concentrada en sus valores internos (CEBs, teología de la liberación, ministerios, religiosidad popular...) y no tiene ojos para ver sus responsabilidades más amplias”. (MAIELLO, G., en la *Misión desde América Latina*, p 124).
7. Toda la teología de los Hechos mira a poner de manifiesto una verdad fundamental: la actividad de los discípulos, como testigos que son, se desarrolla según un plan progresivo que va de lo particular a lo general, del ambiente exclusivamente judío al vasto mundo de los gentiles. Este plan progresivo se desarrolla —según algunos teólogos— en seis etapas. Cada una se concluye con una declaración que resume los hechos narrados y los sucesos obtenidos.

Dadas las citas de las etapas, identifica sus respectivos resúmenes:

- | | |
|---------------|----------------|
| 1) 1,1-6,7 | 4) 12,25-16,5 |
| 2) 6,8-9,31 | 5) 16,6-19,20 |
| 3) 9,32-12,24 | 6) 19,21-28,31 |

8. Aprende los versos de Rubén Darío que, sin quererlo, expresan esa vocación de hermanos universales a que estamos llamados los latinoamericanos:
“A través de las páginas fatales de la historia, nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria nuestra tierra está hecha para la humanidad”.

3. Conciencia de ser enviado

HORIZONTES CADA VEZ MAS AMPLIOS

La zorra era Herodes, no Jesús. Pero como hay zorros y zorras, podemos evocar la presencia de este animalito para aprender algo del mismísimo estilo de Jesús.

Cuando han nacido los zorritos, llena de premura, la zorra les da el alimento casi poniéndoselos en la boca. Pasadas algunas semanas, prefiere dejar el alimento en la entrada de la madriguera. Así ellos se mueven en busca de la comida. Un poco más tarde, opta por esconder el alimento fuera de la madriguera entre los matorrales para que salgan y ejerciten el olfato. Finalmente, los empuja a que vayan a procurarse el alimento ellos mismos.

Sana pedagogía ésta de la zorra. Su dinámica para introducir al mundo a sus pequeños cachorros evoca el estilo de Jesús para introducir al mundo misionero a sus incipientes apóstoles. En un texto maravilloso de los Hechos, Lucas nos presenta el estilo de Jesús y el desafío que lanza a los apóstoles de abrirse cada vez a horizontes más amplios: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra” (Hechos 1,8).

Se trata de todo un programa que habrá de ocupar a los apóstoles y que acogerán con la misma voluntad misionera de Jesús cuando acogió la cruz para atraer, desde ella, a todos hacia sí (Jn 12,32).

UN PROGRAMA, CRUZ DE LA MISION

Dícese que era propio de la edad media lo cual queda desvirtuado por mi abuela misma quien era practicante constante de esta devoción. Me refiero a la devoción a las cinco llagas de Jesús crucificado.

Se cuenta de un monje que mientras consideraba piadosamente las cinco llagas del crucificado, tuvo una visión. Pudo ver que había en el crucificado una llaga más: Estaba en la espalda y había brotado por el peso de la cruz que hubo de cargar. El monje aprendió de inmediato que podía llevar las llagas en los pies y en las manos como su redentor, sólo si antes tenía en su espalda la llaga del peso de la cruz.

San Pablo solía exclamar que llevaba en su cuerpo las llagas de Jesús (Ga 6,17). Pero no sólo él; todo apóstol debe llevar las llagas empezando por la más importante: la del peso de la cruz misionera que se presenta con todas sus exigencias en el texto de los Hechos que estamos considerando (1,8).

La llaga de Jesús en su espalda no se la procuró él mismo. El tomó la cruz para cumplir el programa del Padre que lo envió: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió a realizar su obra” (Jn 4,34).

Del mismo modo como él fue enviado, envió a sus discípulos, no para actuar un programa propio sino el programa indicado por Jesús.

El texto de los Hechos 1,8 nos presenta precisamente el programa misionero dado por Jesús y que podemos decir que es para los apóstoles la cruz de la misión.

CINCO ELEMENTOS DEL PROGRAMA MISIONERO

Para profundizar en el texto-programa podemos poner de manifiesto cinco elementos:

a) *Una promesa*

La misión no brota de abajo. No es idea luminosa de algún apóstol. No es simple empresa humana. Es Cristo mismo quien establece la misión y da la posibilidad de realizarla.

Los términos: “Recibiréis” y “seréis”, indican ese origen divino de la misión. El primero de ellos introduce la promesa que Jesús hace del don del Espíritu Santo que ellos recibieron en Pentecostés, de manera especial.

b) *Un encargo*

El segundo término, “seréis”, se refiere al encargo especial que reciben los apóstoles: Serán testigos.

El término testigo aparece 13 veces en el libro de los Hechos. Las ocho primeras se refieren a los apóstoles; luego una vez se aplica a Esteban y en seguida dos veces a Pablo. Otras dos veces se utiliza según el uso corriente en un proceso, en este caso contra Esteban.

“Los apóstoles aparecen como testigos únicamente en la primera parte del libro (1,8.22; 2,32.40; 3,15; 4,33; 5,32; 8,25; 10,39.41.42; 13,31), y sólo cuando ellos desaparecen de la escena, el término se empieza a aplicar a Pablo.

“El testigo es aquel que ocupa un lugar de intermedio entre el acontecimiento del que da testimonio y los hombres a quienes este testimonio está dirigido”¹.

Un testimonio tiene entonces que ver con aquello que atestigua y con aquellos a quienes atestigua.

De allí que para ser testigo se requiere una serie de condiciones relacionadas con aquello que se atestigua:

—Que primero haya conocido directamente.

1. DUPONT J, *Nuovi studi sugli Atti degli Apostoli*, Ediciones Paulinas, Turín 1985, p

- Que haya captado el significado de lo que conoció.
- Que haya sido llamado con este fin.

Y también son necesarias unas condiciones relacionadas con los destinatarios del testimonio:

- El testigo les habla de persona, corriendo su propio riesgo que no es poco puesto que se dirige a personas diferentes a las de la comunidad de los creyentes. El testimonio es una actividad misionera.
 - El testigo les habla con una fuerza que viene de arriba.
 - El testigo les debe ofrecer unas garantías que confirmen su mensaje y acrediten su misión. La primera confirmación de cuanto testimonian es ofrecida por la Sagrada Escritura donde aparece que cuanto proclaman ya había sido anunciado.
- La segunda viene de Dios mismo quien con milagros confirma lo testimoniado.

c) *Un ámbito*

El programa misionero, como anotábamos hablando de los horizontes cada vez más amplios, parte de Jerusalén y en etapas progresivas va llegando hasta los confines de la tierra.

La expresión “confines de la tierra” ha de ser entendida:

- a) No en sentido judío sino cristológico.
- b) No en sentido puramente geográfico sino teológico y pastoral como paso al mundo gentil, según la bella profecía de Isaías: “Te he puesto como luz de los gentiles para que llesves la salvación hasta el fin de la tierra (Is 49,6; Cfr Hechos 13,47).
- c) No sólo en el sentido socio-político de las naciones sino en el cultural: Hasta el corazón de las culturas.
“Hasta los confines de la tierra” es un ámbito universal ya aludido, como vimos, por el mismo profeta Isaías como parte del plan de salvación.

No se trata, entonces, de una simple consecuencia del fracaso de la misión entre los judíos.

Se saca equivocadamente esta conclusión cuando se toman parcialmente las palabras de Pablo en Antioquía de Pisidia: “Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y vosotros mismos no os juzgáis dignos de la vida eterna, mirad que nos volvemos a los gentiles” (Hechos 13,46).

Los apóstoles saben que es orden de Dios llevar la salvación no sólo a Israel sino también a los gentiles. No se trata simplemente de reemplazar a aquéllos con éstos.

d) *Un contenido*

Un testigo es alguien enviado para anunciar una experiencia vivida en carne propia. Los apóstoles vivieron la experiencia de Jesucristo. Al ser constituidos testigos —mis testigos, les dice Jesús— el contenido de un testimonio no puede ser otro que Jesús mismo.

De esta manera, Jesús pasa de anunciante a anunciado como aparece en todos los discursos que Lucas ofrece en los Hechos, tanto en los ocho de Pedro como en los nueve de Pablo y en otros de diversas personas.

e) *Una respuesta*

El texto-programa o cruz de la misión que los apóstoles recibieron es, en cierta forma, la respuesta que da Lucas a los que esperaban la inminente venida del Señor.

Lucas pone de presente que en lugar de parusía hay misión universal porque, por la fe en Cristo, todos los pueblos están llamados a ser pueblo de Dios. Se trata ahora de encontrar —con la fuerza del Espíritu— las formas más

adecuadas de proclamación, esto es, del anuncio de la experiencia de Jesús resucitado.

CONCIENCIA DE TESTIGO UNIVERSAL

La mujer encerrada en el calabozo dio a luz —a las sombras— un hijo. Cuando el niño creció, ella le contaba del sol, de los ríos que tenían más agua que la taza y media que recibían, de los frondosos árboles mucho más grandes que el pequeño coliflor que comían cada día. El hijo la miraba y le decía: “No te creo”.

Tomar conciencia de la amplitud que nos rodea requiere su tiempo y su ritmo. Quien ha estado encerrado en un hueco se resiste a creer en la montaña. No fueron los apóstoles una excepción a esta resistencia. Fue fatigoso para ellos lograr una plena conciencia de cuanto significó ser testigos del amor universal de Dios.

1. *La fatiga de Pedro*

“De lo irreal condúceme a lo real,
de las tinieblas condúceme a la luz,
de la muerte condúceme a la inmortalidad”.

A esta oración del “Upanishad” hindú habría que añadir una invocación más:

“De la inconsciencia condúceme a la conciencia”
y sería la oración perfecta para Pedro. Tuvo él que recorrer un camino que lo llevaría de ser testigo inconsciente a ser testigo consciente del amor universal de Dios.

Este camino podría también indicarse geográficamente. Es el que conduce a Joppe a Cesarea. Pedro estaba en Joppe en casa de Simón el curtidor. En Cesarea se encontraba Cornelio, centurión piadoso y temeroso de Dios.

El encuentro con Cornelio, fue para Pedro la ocasión para tomar conciencia de la dimensión universal de la

misión, de la amplitud ilimitada del amor de Dios, de la presencia sin fronteras del Espíritu.

Pedro, con mucha humildad reconoce dos cosas:

- a) La universalidad de la misión: “Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que la teme y practica la justicia le es grato” (Hechos, 10,34-35).
- b) Que él nada tuvo que ver con esa conversión de Cornelio: “Y Dios conocedor de los corazones, dio testimonio en su favor, comunicándoles el Espíritu Santo como a nosotros” (Hechos 15,8).

Es oportuno anotar que la conversión de Cornelio es para Lucas el culmen de la carrera misionera de Pedro, de allí que le da tanta amplitud. Lucas no queda contento hasta no ver el amor universal de Pedro, así como lo expresó en el Concilio de Jerusalén (Hechos, 15,7-11).

Constatada la espiritualidad misionera universal de Pedro, puede ya salir de la escena para dar paso a Pablo, protagonista de los capítulos que siguen al Concilio de Jerusalén.

2. *La fatiga de Pablo*

“Un discípulo decía al maestro: ¿Dónde puedo encontrar a Dios?

Está justamente delante de ti.

Entonces, ¿Por qué no consigo verlo?

¿Y por qué el borracho no consigue ver su casa?

Trata de averiguar qué es lo que te emborracha. Para poder ver, has de estar sobrio”².

El consejo vale para Pedro, para nosotros y —aunque no lo crea— también para Pablo.

2. DE MELLO A, ¿Quién puede hacer que amanezca?, Sal Terrae, Santander 1985, p.71.

¿Acaso había algo que emborrachaba a Pablo? Claro que sí. Las categorías judías, la sinagoga.

Es verdad que Pablo captó rápidamente qué significaba la misión universal, pero fue lento para actuar en sintonía con lo entendido. Por eso, Pablo también hubo de hacer un camino que lo llevó —geográficamente hablando— de Damasco a Roma y espiritualmente del hueco de las categorías judías a la montaña de la misión universal. Para algunos autores, el intento de Lucas al escribir su segundo libro fue presentar ese camino de liberación de Pablo de la sinagoga hasta llegar a la aceptación práctica de la misión “ad gentes” que el Señor le había confiado.

Pablo pasa así de una inconciencia práctica a una plena conciencia. Aunque cargando mucho las tintas, anota al respecto Rius Camps:

“La táctica adoptada por Pablo de dirigirse a los judíos como pueblo privilegiado y sólo secundariamente a los paganos seguirá pesando como una losa en el decurso de la misión y llevará ahora a consecuencias desastrosas. El único responsable de la desviación de la misión hacia los judíos es Pablo”³.

Un ejemplo, entre muchos, de esta afirmación es el de la visita de Pablo a Tesalónica, capital de Macedonia. Había allí una sinagoga judía. “Pablo, según su costumbre, se dirigió a ellos y durante tres sábados discutió con ellos basándose en las Escrituras” (Hechos 17,2) Sobre el hecho comenta Rius -Camps: “El error de Pablo (y Silas) no radica tanto en el contenido del mensaje como en el auditorio elegido y en los procedimientos empleados. (...) El auditorio elegido por Pablo no es el correcto. Tras su fracaso en Antioquía de Pisidia había reconocido que su ministerio debía ejercerse entre los paganos (Hechos 13,46 ss). Poco

3. RIUS CAMPS Joseph, *El camino de Pablo a la misión de los paganos*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1984, p 55.

duraron aquellos buenos propósitos”⁴. Tal parece que se da una divergencia entre lo comprendido y lo actuado para Pablo.

De allí que la fatiga es más a nivel de tácticas que de contenidos. Poco a poco, Pablo vivirá lo que entendió claramente. El descubrió qué lo emborrachaba y conquistó la sobriedad: “Reconoce en las palabras del profeta (Isaías) la voz del Espíritu que lo había movido siempre a dedicarse plenamente a los paganos. Da la razón al Espíritu Santo y queda, así, libre finalmente de las trabas del judaísmo, que habían impedido hasta ese momento su plena actividad misionera y le habían hecho perder tanto tiempo en la vana tentativa de convertir a sus connacionales. Desde este momento, Pablo predicará el mensaje del Señor, sin impedimentos”⁵. El ha adquirido la plena conciencia de ser testigo universal.

Esta plenitud de conciencia, se pone de manifiesto en la narración que hace Pablo de su éxtasis en el templo: “Habiendo vuelto a Jerusalén y estando en oración en el templo, caí en éxtasis; y le vi a él que me decía: “Date prisa y marcha inmediatamente de Jerusalén pues no recibirán tu testimonio acerca de mí. Yo respondí: “Señor, ellos saben que yo andaba por las sinagogas encarcelando y azotando a los que creían en ti; y cuando se derramó la sangre de tu testigo Esteban, yo también me hallaba presente y estaba de acuerdo con los que le mataban y guardaba sus vestidos. Y me dijo: “Marcha, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles” (Hechos, 22,17-21).

CINCO CARACTERISTICAS DEL TESTIGO UNIVERSAL

La narración de Pablo nos da pie para profundizar en las cinco características del testigo universal:

4. Id, o c, p 107.

5. Id, o c, p 305.

1. Vio
2. Comprendió.
3. Anunció.
4. A todos.
5. Por mandato del Señor.

1. Vio

“Le vi a él que me decía”. Pablo vio con sus ojos. No es un simple ver físico. Se trata de una experiencia muy especial de Cristo, vivida personalmente, en carne y hueso, como actor y protagonista, no como simple espectador. Puede ser una experiencia en la que toma parte también la sensibilidad pero no se detiene demasiado en ella, es sólo como un punto de partida.

Un discípulo preguntaba a su maestro: “Quiero encontrar a Dios, ¿por dónde debo empezar?”.

Y el maestro contestaba: “¿Oyes la música del agua? Empieza por ahí”.

Ese es el comienzo que tiende a enredarnos porque es como la sal que da sabor a la sopa sin ser la sopa pero que nos gusta saborear.

Teresa de Jesús ordenó al capellán Juan de la Cruz que le diera siempre una hostia grande así que al masticala sintiera verdaderamente que estaba comiendo el cuerpo de Cristo. Al día siguiente de impartida la orden, Juan de la Cruz distribuyó la comunión y le dio a Teresa un pedazo de hostia pequeñísimo.

Ella se extrañó pero ahí mismo entendió que debía purificar su experiencia sin detenerse demasiado en el aspecto sensible. Y lo mismo habría que decir del aspecto afectivo.

La aridez tan crítica de Teresa del Niño Jesús quien no sabía responderse si habría o no caído en el ateísmo, no era

menos experiencia de Dios de la que podía tener en momentos de alta intensidad emotiva.

La primera característica del testigo es, entonces, el ver. “No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hechos 4,20), decía Pedro.

Para escoger el reemplazo de Judas se buscaba a alguien que hubiese visto: “Conviene, pues, que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros (...) sea constituido testigo” (Hechos 1,21.22). Porque el Señor se había dejado ver también después de la resurrección: “A estos mismos, después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía” (Hechos 1,3).

2. Comprendió

El enviado no sólo ha visto sino que capta el significado de cuanto vio y lo interpreta a la luz de la Escritura. El enviado como testigo no debe testimoniar sólo sobre el hecho sino también sobre el significado del mismo. En los Hechos, el significado se pone de manifiesto recurriendo a las Sagradas Escrituras.

“Los primeros predicadores cristianos invitaban a sus oyentes a escrutar la Biblia. Según ellos, la Biblia ofrecía un fulgurante testimonio de la persona de Cristo, de su obra y de su mensaje. Bajo la luz de los textos antiguos, los eventos aún recientes revelaban todo su significado y las antiguas profecías adquirían nueva actualidad al verse cumplidas en Cristo. Biblia y mensaje de Cristo se interpretaban recíprocamente”⁶. Los salmos y los profetas son los textos más utilizados junto con los libros de Moisés. Pedro cita al profeta Joel para iluminar cuanto acontece en Pentecostés: “No están estos borrachos (...) sino que es lo que dijo el

6. DUPONT J, *Studi sugli Atti degli Apostoli*, Ediciones Paulinas, Roma 1975, p 145.

profeta: Sucederá en los últimos días, dice Dios. Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas (Hechos 2,16.17).

Pero iluminar cuanto sucedió con la curación del tullido, Pedro decía: “Ya sé yo, hermanos, que obrasteis por ignorancia, lo mismo que vuestros jefes. Pero Dios dio cumplimiento de este modo a lo que había anunciado por boca de todos los profetas: que su Cristo padecería” (Hechos 3,18).

3. Anunció

Un testigo es una cosa, y un espectador es otra. No basta presenciar un hecho o tener una experiencia personal del mismo. Es necesario anunciarlo. “Les llamaron y les mandaron que de ninguna manera hablasen o enseñasen en el nombre de Jesús. Más Pedro y Juan les contestaron: “Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hechos 4,18-20). Cuando Pablo llamó a los presbíteros de Efeso para despedirse de ellos, les manifestaba: “Os testifico en el día de hoy que yo estoy limpio de la sangre de todos, pues no me acobardé de anunciaros todo el designio de Dios” (Hechos 20,26-27).

“Estar limpio de la sangre de todos” significa declararse inocente de un crimen, no sentirse responsable del mismo.

Cuando los judíos gritaban al condenar a Jesús: “Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Mt 27,25) declaraban que aceptaban ser responsables de su muerte.

Pablo considera que no es responsable de la muerte eterna de ninguno porque a todos anunció la salvación en Cristo⁷. Manifiesta él su clara conciencia de testigo y por ende de llamado a anunciar el mensaje del Señor.

7. Dupont explica esta inocencia de Pablo así “Declarandose “puro de la sangre de todos”, Pablo considera implícitamente la hipótesis de la defección de algunos cristianos de

4. Consciente de ser enviado por iniciativa divina

En el relato de su éxtasis en el templo, Pablo narra que el Señor le dijo: “Marcha, porque yo te enviaré lejos a los gentiles” (Hechos 22,21). Esta conciencia de ser enviado por iniciativa divina, que equivale a ser apóstol, la manifiesta repetidamente también en sus cartas especialmente al comenzarlas: “Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el evangelio de Dios que había ya prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas (Rm 1,1-2). “Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios” (1Co 1,1).

Son todas expresiones que evocan cuanto aconteció en el camino de Damasco, donde el Señor Jesús le cambió el rumbo para constituirlo en su enviado, su apóstol.

5. Consciente de ser enviado a los otros pueblos, a los gentiles

El testigo del amor universal de Dios es consciente de ser enviado más allá de sus propias fronteras de fe y de cultura. “Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra” expresaba el programa misionero de Cristo, esa cruz misionera impuesta sobre la espalda de los apóstoles.

Leyendo los Hechos, se comprende desde el capítulo noveno que Pablo ha sido destinado por el Señor a llevar su nombre a las naciones paganas. Cumplir con esta misión, como vimos, era más difícil, pero tenía él clara conciencia de la misma. Ante el rey Agripa narra su conversión y las

Efeso, que provocará el castigo divino. La idea de la “sangre” evoca la imagen de una muerte violenta, de una ejecución cruenta. Consciente de haber cumplido con su deber hacia todos, instruyéndolos sobre toda la voluntad de Dios, el apóstol sostiene que no se le puede imputar a él, el cruento fin de quienes merecen la muerte. La sangre de ellos no puede caer sobre su cabeza, sus manos no pueden quedar contaminadas con esa sangre. Habiendo sido advertidos, sólo ellos son responsables. Su sangre caerá sobre sus cabezas” DUPONT J, *Il testamento pastorale di San Paolo*, Ediciones Paulinas, Roma 1980, p 199

palabras que Jesús le dirigió: “Yo te libraré de tu pueblo y de los gentiles, a los cuales yo te envío para que les abras los ojos; para que se conviertan de las tinieblas a la luz” (Hechos 26,18-18).

Hemos considerado cinco características del testigo del amor universal de Dios. Ellas evocan la simple historia de un hombre que en cinco materas quiso cultivar una planta. Consiguió una pequeña semilla y la colocó en una matera. En otra matera puso la tierra. En una tercera matera metió el abono. En la cuarta matera cada día echaba agua para rociar y sacaba al sol la quinta matera pues la matica necesitaba del beneficio de sus rayos.

Claro está que no obtuvo nada. Hay realidades que fructifican solamente si están en comunión, si forman comunidad. O crecen todas juntas o no crecen. No se puede prescindir de ninguna. Así es el testimonio. O existe con sus cinco características, todas ellas unidas, o no existe.

De allí que frente al cometido del testimonio, el testigo debe necesariamente ver, comprender, anunciar, a todos, por mandato del Señor. Si falta una sola de estas características, se deforma su testimonio; ya no es el que Jesús le pide y pierde credibilidad.

“Cuenta Hiérocles de un loco que, deseando vender su casa, arrancó un trozo de piedra de la pared y se fue por toda la ciudad gritando en calles, plazas y encrucijadas: ¿Quién quiere comprar mi casa? Y levantando en alto la piedra, añadía: “Para que veáis qué hermosa es mi casa, aquí tenéis una muestra de la pared” (Junquera S., *Esquemas y ejemplos* 558)⁸.

El testigo se presenta como debe ser, con sus cinco características, o puede pasar incomprendido, semejante al pobre loco al que se refiere Hiérocles. Ver a la manera de los apóstoles, comprender a la luz de la Escritura, anunciar lo

8. JUNQUERA S, *Esquemas y ejemplos*, Sal Terrae, Santander 1956, p 558.

experienciado, porque es un mandato del Señor, y a todos, equivale a vivir una auténtica espiritualidad misionera, la del testigo consciente de ser enviado a todos los pueblos para anunciar el evangelio de Jesús.

Actividades

1. Dice el historiador Eusebio que en tiempos de Ignacio había algunos cristianos que “distribuían sus bienes entre los pobres y luego dejando su propio país, partían para llevar a cabo su misión evangélica” (*Historia Eclesiástica*, III, 37).

La información de Eusebio es de algo que tuvo lugar en el pasado, no en su propio tiempo en el que parecía que ya no hubiese este tipo de misión.

¿Qué comparación puedes hacer entre la realidad de los tiempos de Ignacio de Antioquía, según Eusebio, y nuestro tiempo?

¿Por qué la afirmación de Eusebio parece ser un dato curioso de tiempos pasados? ¿Qué se habría perdido en la Iglesia para entonces?

2. La *Evangelii Nuntiandi*, exhortación importantísima de Pablo VI, interpreta la catolicidad de la Iglesia ampliándola:
 - de lo numérico (Iglesia para todos los hombres)
 - y de lo geográfico (Iglesia para todas las naciones)
 - a lo cualitativo (Iglesia de todos los valores)
 - y a lo cultural (Iglesia de todas las culturas).
 - a. Identifica según texto en esa exhortación en que haga alusión a cada una de estas cuatro formas de catolicidad.
 - b. ¿Qué consecuencias tiene esta amplitud para la realidad y tarea del enviado?

3. San Vicente de Paúl decía: “A mí no me basta amar a Dios si el prójimo no lo ama”.

Escribe una breve reflexión a partir de esta frase para poner de manifiesto la necesidad de despertar la conciencia de ser enviado.

4. “Subió al monte y llamó a los que él quiso y vinieron donde él. Instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios” (Mc 3,13-14).

En este pasaje del Evangelio de Marcos identifica algunas de las condiciones que se requieren para ser enviado.

5. Haz de cuenta que debes hacer tu testamento. Tu ilusión de ser un enviado a los campos de la misión debe quedar grabada en ese testamento. Trata de escribirlo.

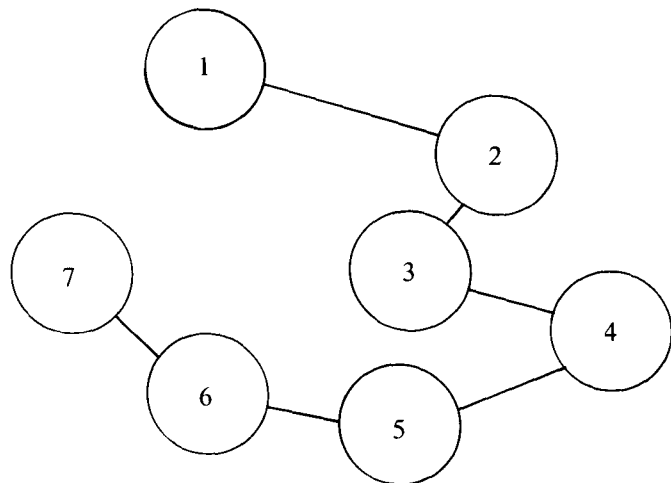
Para ayudarte, te ofrezco algunas palabras del testamento de un gran misionero, el cardenal Carlos Lavigerie fundador de los misioneros de Africa:

“Ahora quiero referirme a ti, mi Africa querida. Te había sacrificado todo hace 17 años cuando movido por una fuerza que era visiblemente la de Dios, abandoné todo para lanzarme completamente a tu servicio.

A esta obra consagré toda mi vida. Pero ¿qué es la vida de un hombre para una empresa semejante? Apenas pude esbozar este trabajo. Fui solamente una voz en el desierto que llama a aquellos que ahí deben trazar los caminos del evangelio.

Muero, en verdad, sin haber podido hacer por ti nada más que sufrir y con mi sufrimiento prepararte más apóstoles” (*Testamento espiritual* 1884).

6. Escoge un apóstol en el libro de los Hechos y marca algunas etapas de su vida de enviado, indicando su movimiento misionero.



7. Identifica algunos rasgos comunes en las siguientes vocaciones:

José: Gn 45,4-8a.

Moisés: Ex 3,7-10

Jeremías: Jr 1,5-9

Ezequiel: Ez 2,1-5

8. Las comparaciones son formas muy bellas de poner de manifiesto una verdad. De una realidad conocida se pasa a iluminar otra menos conocida. Te ofrezco una comparación de Isaías que habla sobre un enviado que es la palabra.

Haz otras tres comparaciones para ilustrar la realidad del enviado en alguna de sus expresiones.

“Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos

y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié” (Is 55,10-11).

9. Compara el siguiente texto narrativo con el texto de Jeremías 2,13. Determina algunas exigencias esenciales para que el enviado sea realmente enviado.

“Ayer estaba en el jardín. Me acompañaban algunos amigos. Uno de ellos sintió sed. Como había un pozo, descolgó un balde hasta donde había agua. Era muy en lo profundo. Fatigosamente subió el balde con una cuerda pero estaba vacío. Los demás se burlaron de él.

El balde tenía muchos huecos y rajaduras. Naturalmente, al comienzo estaba lleno de agua pero ésta fue escapando por los huecos hasta la última gota.

Me pareció que el balde se asemejase a la mente del hombre”.

10. Toma en consideración la parábola de los viñadores. Podrías seguir desarrollándola haciendo el elenco no sólo de los primeros siervos y de los segundos y el hijo, sino también de los otros enviados que han corrido una suerte semejante.

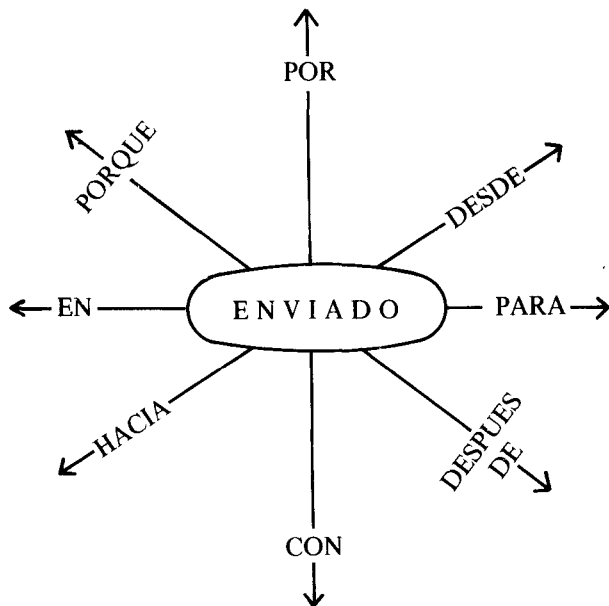
Completa esta lista con los enviados ya del pasado, ya de hoy y cuya suerte se parece a la de los enviados de la parábola. Aclara, en un segundo paso, por qué terminaron así.

11. El siguiente texto de Juan no es cierto, según decía un estudiante. Pero él está equivocado.

Convence a este joven, ilustrando con ejemplos concretos del evangelio, la verdad de los dos versículos de este texto:

“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,16-17).

12. Escoge un apóstol de los Hechos de los Apóstoles. Llena la estrella con los datos de su llamamiento.



13. Prepara una oración para pedir a Dios por aquellos que habiendo sido enviados temen aceptar el envío.

14. ¿Qué quiere el Señor que yo haga? Después de una breve meditación, llena los siguientes cuadros para contestar la pregunta.

¿CUANDO?	¿DONDE?	¿COMO?

15. ¿Qué quieres, Señor, que yo haga? A esta pregunta de Pablo contesta en los cuadros guiándote por las tres narraciones que hizo él de su conversión: Hechos 9,1-9; 26,6-16; 26,12-18.

¿QUIEN?	¿CUANDO?	¿DONDE?	¿COMO?

16. Identifica en los Hechos los lugares por los que pasó Pablo en su tercer viaje misionero. Empezó en Efeso (Hechos 19,1-41) donde estuvo dos años y medio. Luego pasó a Calcedonia para visitar brevemente las Iglesias fundadas en el segundo viaje. Luego siguió para...

4. *Encomendarse a la palabra*

SABER ENCOMENDARSE

Los ejemplos y las narraciones suelen compararse a las perchas y a claraboyas: perchas porque sirven para colgar la verdad; claraboyas porque sirven para esclarecerla. Usemos una narración a la manera de claraboya para esclarecer eso de “saber encomendarse”.

“Un mercader tenía que partir para un largo viaje. Consiguió un ayudante y lo puso en el negocio mientras que él solía estar en la habitación contigua. Desde allí escuchaba, de vez en cuando, lo que el ayudante respondía a un comprador: “Por tan poco mi patrón no te lo puede dar”. Oído esto, el mercader decidió que aún no debía partir. Pasado un año, el mercader escuchó al ayudante que respondía a un comprador: “Por tan poco ni mi patrón ni yo te lo podemos dar”. El mercader aplazó el viaje.

En el tercer año, el ayudante respondió a un comprador: “Por tan poco no te lo puedo dar”. El mercader decidió partir para su largo viaje”.

El caso es que la respuesta denotaba que el ayudante consideraba el negocio como cosa suya, como algo propio. Qué importante es saber a quién se encomienda lo que es más querido, lo que se considera más importante.

Seguramente esto no lo sabía la mamá que hizo pasteles para vender a los vecinos. Los envió con su hijo pequeño quién se comió todas las puntas. A los vecinos el niño

explicaba que a la mamá no le había alcanzado la harina para hacer las puntas.

Hay que saber a quién se encomienda lo que más se quiere. Pablo sí que lo sabía. De ello nos da una prueba cuando se dirige a los presbíteros de Efeso reunidos en Mileto. Es un discurso de gran significado como quiera que cierra la carrera misionera de Pablo, antes de su arresto. Es el gran discurso de adiós, una especie de testamento espiritual. Sabía él que no volverían a ver su rostro y por ello debe encomendarlos a alguien. Dice Pablo:

“Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santificados” (Hechos 20,32).

El texto es sorprendente. Uno esperaría que Pablo encomendase la palabra a los ancianos y, en cambio, es al contrario: El encomienda los ancianos a la palabra. Los ancianos, más que cuidar de sus propias fuerzas, han de ser dóciles instrumentos de la palabra. El se marcha. Sus comunidades de Efeso quedan solas en medio de peligros. Qué mejor, dice Pablo, que encomendarlos a la palabra.

FE EN LA POTENCIA DE LA PALABRA

Cuanto aparece en el discurso de Mileto es la fe en la palabra de Dios; la convicción de que el misionero es sólo un instrumento pero que se ha de encomendar a quien puede lograrlo todo: la palabra.

En el discurso se pone de manifiesto la convicción de ese misionero llamado Pablo según la cual no es su presencia lo que más cuenta para el futuro sino el poner a las comunidades en manos de Dios, encomendarlas a la palabra.

Encomendarse a la palabra y a la gracia de Dios es propio de los acontecimientos de partida de los misioneros, ya de Antioquía o de las comunidades por ellos formadas:

“En Atalia se embarcaron para Antioquía, de donde habían partido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían realizado” (Hechos 14,26). “Pablo eligió por compañero a Silas y partió encomendado por los hermanos a la gracia de Dios” (Hechos 15,40).

Para evidenciar aún más la importancia de saber encomendar a la palabra, es conveniente considerar algunos otros textos bíblicos. Pablo escribió a Timoteo:

“Sé en quien puse mi confianza; estoy convencido de que es poderoso y que me guardará hasta aquel día lo que deposité en sus manos (2 Tm 1,12).

La palabra se convierte en un depósito de seguridad, en una especie de guardamaletas donde puede, durante los viajes, dejarse a guardar lo que no se quiere perder.

Pablo nos coloca frente a la necesidad misionera de reforzar nuestra fe en la potencia de la palabra de Dios y encomendar a ella nuestras comunidades, sean éstas cristianas o paganas.

Cómo no recordar esa bellísima escena en la que la fe en la potencia de la palabra es elogiada por Jesús: “Iba Jesús con ellos y, estando ya no lejos de la casa, envió el centurión a unos amigos a decirle: “Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo, por eso ni siquiera me consideré digno de salir a tu encuentro. Mándalo de palabra, y quedará sano mi criado. Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: “Vete”, y va; y a otro: “Ven” y viene; y a mi siervo: “Haz esto” y lo hace” (Lc 7,6-8).

Pedro, el pescador, en alguna ocasión dio un testimonio grande de su fe en la potencia de la palabra: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada, pero, en tu palabra, echaré las redes” (Lc 5,5). Pedro se encomendó a la palabra y procedió.

Esto es exactamente cuanto se espera de una vivencia misionera: Actuar la misión pero encomendados a la palabra. Se trata de seguir el mismo camino de Jesús cuando

desde la cruz exclamaba: “Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu” (Lc 23,48). Encomendar la misión a la palabra, no a nuestras fuerzas, es propio de quien vive auténticamente una espiritualidad misionera.

Regresemos a Pablo para que él nos confirme esta verdad:

“Pues yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que nuestra fe se fundase no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios” (1Co 2,1-5).

La Palabra de Dios actúa a pesar de nuestra fragilidad y debilidad. La fe en la potencia de la palabra es el secreto de la actitud positiva ante la Iglesia y su misión evangelizadora; es el secreto del optimismo y de la alegría en el apostolado. Creer en el apostolado misionero es creer en la fuerza, en el poder de la palabra.

Cuando perdemos la fe en el poder de la palabra y la relegamos a segundo plano, estamos cayendo en una de las más graves tentaciones contra la misión. En ese momento, hemos de tener el coraje de superarla, respondiéndonos a nosotros mismos como contestaba Jesús en la tentación: “No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4).

QUE ES LA PALABRA

Encomendamos la misión a la palabra, pero ello nos sugiere la necesidad de profundizar más en esta bella realidad.

“Rabbi Levi enseñaba:

El Santo, bendito sea, apareció como una estatua, que mostraba rostros por todas partes. Mil personas pueden mirarla y cada uno piensa que le está mirando a él.

Esto también ocurrió cuando el Santo, bendito sea, habló a Israel. Cada israelita pensaba que la palabra divina se dirigía a él personalmente.

Por lo mismo no dice: “Yo soy el Señor, vuestro Dios”, sino en singular: “Yo soy el Señor, tu Dios” (Ex 20,2) (*La voz del Sinaí* 37).

Dios se acomoda a cada ser humano y le habla personalmente. Dice una narración que cuando Dios le hablaba a Moisés, éste le preguntaba: ¿Por qué tienes la voz de mi padre? Y Dios le contestaba: Para no atemorizarte. La palabra de Dios puede asumir muchas expresiones y formas y son todas ellas palabras de Dios.

Podemos decir que la palabra a la cual encomendamos la misión, es un conjunto de seis realidades estrechamente unidas y que pueden considerarse análogos:

1. La palabra es el Verbo eterno de Dios. Es la acepción fundamental y punto de referencia obligatorio para todo lo que se quiera decir sobre la palabra de Dios.
2. La palabra es Jesucristo, el Verbo hecho carne con todo el arco de su existencia. Toda realidad que se llame palabra de Dios debe hacer referencia a Jesucristo.
3. La palabra es el conjunto de palabras dichas por apóstoles y profetas sobre el plan de Dios. Es la palabra hablada.
4. La palabra es el conjunto de escritos de profetas y apóstoles realizado por inspiración divina para manifestar el plan divino de salvación en Cristo. Es la Sagrada Escritura.
5. La palabra es la predicación cristiana viva. Cuando se predica la fe, la conversión, Jesucristo, tiene lugar en la Iglesia un acontecimiento llamado palabra de Dios.

No se trata solamente de la predicación del sacerdote. El niño que repite en su casa el sermón que oyó en la misa puede ser un medio de predicación cristiana, un instrumento de la palabra. El libro *“Los novios”* tan peculiar en la literatura italiana narra que cuando el cardenal Federico visitó un pueblo, hizo el sermón. El sastre del pueblo recuerda a su familia en la casa, el sermón en el que se invitaba a compartir los sufrimientos ajenos. El volver sobre esas palabras produce el gesto sencillo de ayudar a un vecino necesitado. La palabra proclamada por el arzobispo se tornó viva y eficaz por medio del diálogo familiar.

6. La palabra es la semilla del Verbo contenida en libros sagrados de otras religiones y en culturas vivas no cristianas pero que expresan algo del misterio de Dios.

Es la palabra que los misioneros hemos de escuchar para recibir la orientación que el Señor nos comunica y saber así proclamar en contextos no cristianos el evangelio como buena noticia.

Es una palabra de Dios a la que una persona que vive la espiritualidad misionera es muy sensible. Es esa presencia escondida de Dios que ha de ser explicitada y aclamada en el corazón de cada pueblo y de cada cultura. Así lo expresaba Pablo en el areópago de Atenas: “Lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar” (Hechos 17,23).

Dícese que la estrella de cinco brazos es el microcosmos y el hombre ordinario. En cambio la estrella de seis brazos es también el macrocosmos o el hombre universal. No puede faltar la sexta forma de palabra de Dios para forjar una espiritualidad misionera, la espiritualidad de un hombre planetario, de una persona con amplitud universal. El sexto brazo es importante cōmo los otros cinco.

1. Personalidad

Gramaticalmente será un enredo difícil de descifrar, pero espiritualmente es muy claro¹. Me refiero al texto siguiente, parte del primer discurso de Pedro a los paganos: “El ha enviado su palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la buena nueva de la paz por medio de Jesucristo que es el Señor de todos” (Hechos 10,36)

Lo que se desea evidenciar en este texto es el envío de la palabra por parte de Dios. La palabra adquiere una especie de personalidad pues se envía del mismo modo que se envía un mensajero o un mensaje. “La palabra, de la cual los predicadores son simplemente los siervos (Lc 1,2), tiene, digamos así, una existencia propia. Aparece, en cierta forma, como una realidad divina subsistente, diferente de Dios que la envía y de aquellos que la predicán”².

No es extraño que Pablo encomiende los presbíteros a esta palabra y no solamente a Dios. Muy cuidadoso en salvaguardar la trascendencia de Dios, el hebreo evita todo aquello que pueda ponerla en riesgo y por ello lo transfiere a la palabra. “De donde resulta que la palabra es, por una parte, Dios mismo en cuanto que se manifiesta a los hombres y, por otra, aquello en lo que se manifiesta, como si recurriese a un ser intermediario y lo enviase a ellos. Por ejemplo, cuando la Biblia dice que Dios está con alguien dándole ayuda y protección, el Targum prefiere decir que la palabra del Señor vino a socorrerlo”³.

1. Según Dupont, Hch 10,36 es uno de los textos más difíciles del Nuevo Testamento en cuanto a su estructura gramatical. Gran esfuerzo se ha hecho para explicar algunos aspectos. Por ejemplo, el término “palabra” que debería ser el sujeto está en acusativo. E. Jacquier ofrece nueve explicaciones y Dupont dice que la lista no está aún completa. Entre corregir la frase y aceptar que es incompleta, pues Lucas no la terminó, Dupont escoge lo segundo. Ver DUPONT J, *Nuovi studi sugli Atti degli Apostoli*, Ediciones Paulinas, Turin 1985, pp 303-304

2. Id, *Il testamento pastorale di san Paolo*, Ediciones Paulinas, Roma 1980, p 340

3. Id, o c, p 341

De esta manera, se evita colocar a Dios entre los eventos humanos —salvando así su trascendencia— pero se presenta su acción a través de su palabra, enviada como mensajera y mensaje a la vez. La palabra torna concreta la presencia y la acción de Dios. El mensaje tiene entonces una personalidad.

Es interesante comparar los términos con que Lucas describe el crecimiento de Jesús con los utilizados para descubrir la difusión de la palabra: “El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él” (Lc 2,40).

Y de la palabra dice: “La palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos” (Hechos 6,7).

“Entretanto la palabra de Dios crecía y se multiplicaba” (Hechos 12,24). “De esta forma la palabra del Señor crecía y se robustecía poderosamente” (Hechos 19,20). “Y la Palabra del Señor se difundía por toda la región” (Hechos 13,49).

Estos textos ponen de manifiesto la personalidad de la palabra. Como un mensajero es enviada; como una persona crece, como un mensaje se difunde. No es, de ninguna manera, una tontería encomendar a esta palabra la misión y considerar esta opción como uno de los elementos esenciales de la espiritualidad misionera. Con tal personalidad de la palabra, tanto Pablo como nosotros podemos permanecer tranquilos.

Está aconteciendo —dice una narración— una tormenta espantosa. Los marineros tiemblan. Corren de una parte a otra desolados. Sólo allá en un rincón un niño juega tranquilo. Acabada la tormenta, los marineros le preguntan: “¿Pero tú no has tenido miedo?” “Yo no”, responde. ¿Por qué?”. “Porque el timón estaba en manos de mi padre”. Como el niño conoce la personalidad de su papá, así cono-

ceamos la personalidad de la palabra y podemos una vez más repetir con Pablo: “Sé en quien puse mi confianza” (2Tm 1,12).

2. *Potencia*

La palabra como fuerza de Dios.

La obra misionera no depende tanto del celo de los presbíteros cuanto de la potencia de la palabra de Dios. Ella es “una realidad viva que posee junto con la vida, una energía que proviene de la suma eficacia de la omnipotencia de Dios. Posee una fuerza gracias a la cual puede actuar”⁴.

3. *Progreso*

La palabra que construye el edificio.

Cuando Pablo encomienda la misión a la palabra se la entrega como quien entrega a un ingeniero una construcción empezada para que la concluya. La palabra no hace solamente el papel de vigilante, de guardamaletas, sino que asume una función muy activa. La palabra construye, edifica. Edificar es un término cuya aplicación puede ser personal o comunitaria.

San Pablo lo utiliza en sentido personal cuando dice: “Confortaos mutuamente y edificaos los unos a los otros, como ya lo hacéis” (1Ts 5,11). “El que profetiza habla a los hombres para su edificación, exhortación y consolación” (1Co 14,3). “Todo es lícito, mas no todo edifica” (1Co 10,23).

Lo que edifica es solamente aquello que es ventajoso para los demás, esto es, lo que puede contribuir a su salvación. “Para que una palabra sea edificante, no es suficiente que sea buena. Debe llegar en el momento apropiado,

4. Id, o c, pp 345-346.

cuando el otro tiene necesidad de ella y está dispuesto a ponerle cuidado. Entonces ella es un beneficio”⁵.

Los Hechos suelen utilizar el término edificar en sentido comunitario: “Las Iglesias por entonces gozaban de paz en toda Judea, Galilea y Samaría; se edificaban y progresaban en el temor del Señor y estaban llenas de la consolación del Espíritu Santo (Hechos 9,31).

La edificación es un modo, entre tantos, para indicar el progreso espiritual de una comunidad, su movimiento ascensional por la montaña que conduce al encuentro con Dios. No es una simple actividad humana. “La edificación es obra de Dios y de su palabra. Es Dios quien hace crecer la planta (1 Co 3,7); es él quien con la potencia constructora de su palabra, levanta el edificio”⁶.

San Agustín dice de los apóstoles que “predicaron la palabra de la verdad y generaron Iglesias” (In Ps 44,23; Cfr Ad Gentes 1)⁷. Es un parto que tiene lugar gracias a la palabra. San Pedro, usando una imagen cercana, se refiere a la palabra como a un germen: “Habéis sido reengendrados de un germen no corruptible sino incorruptible, por medio de la palabra de Dios viva y permanente (1P 1,23).

El padre Congar hablando del poder de la palabra y de cómo ella tiene una eficacia que va mucho más allá de la materialidad de las palabras escritas o pronunciadas, no sólo alude a la famosa burrita de Balaán sino a un hecho relacionado con la reforma de un convento. “La reforma de Port-Royal se desencadenó en 1608 gracias a una predicación de la cual Racine refiere las circunstancias en estos términos: “Un capuchino que dejó el convento por libertino se dirigía hacia un país extranjero para apostatar. Por casualidad tuvo que pasar por Port-Royal y la abadesa y otros religiosos le

pidieron el favor de predicar en su iglesia. El lo hizo. Aún más. Habló con tanto ardor de la felicidad de la vida religiosa y de la bondad y santidad de la regla de San Benito, que la abadesa se conmovió profundamente y tomó la resolución no sólo de practicar la regla en todo su rigor sino también de hacerla practicar de sus religiosas”. Dios obró por medio de esta predicación bastante dudosa”⁸.

Regresemos al discurso de Mileto y exactamente al texto donde Pablo encomienda los presbíteros a la palabra. Se trata de una palabra que “tiene poder o potencia para construir el edificio y para dar una herencia con todos los santificados” (Hechos, 20,32).

Tres son los aspectos que deben ser considerados:

- La palabra como potencia.
- La palabra como constructora de un edificio.
- La palabra como otorgadora de una herencia.

Tomamos en consideración, ante todo, la realidad de la palabra como potencia. Si Dios es omnipotente como proclaman las Sagradas Escrituras continuamente, es también esa manifestación concreta de su gracia que es la palabra. La potencia de la palabra es de orden sobrenatural. Ella produce eficazmente la salvación de aquellos que la acogen con fe. Ella posee un poder de salvación.

En Antioquía de Pisidia Pablo lo proclama cuando se dirige a los judíos: “Hermanos, hijos de la raza de Abrahán, y cuantos entre vosotros temen a Dios: a vosotros ha sido enviada esta palabra de salvación” (Hechos 13,26).

Pablo está convencido del poder que tiene la palabra. Lo repite en diversas ocasiones: “Pues no me avergüenzo del evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego” (Rm 1,16). “Tú, en cambio persevera en lo que

5. Id, o c, p 358.

6. Id, o c, pp 360-361.

7. SAN AGUSTIN, *In Ps 44,23*; cfr *Ad Gentes 1*.

8. CONGAR I, *La parola e il soffio*, Borla, Roma 1985, pp 41-42.

aprendiste y en lo que creíste, teniendo presente de quiénes lo aprendiste y que desde niño conoces las Sagradas Escrituras que pueden darte la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús” (2Tm 3,14-15).

Naturalmente, sería necesario aludir la acción del Espíritu puesto que palabra y Espíritu, nos lo muestran tan bellamente los Hechos de los Apóstoles, van juntos y contribuyen al unísono a la edificación de la Iglesia. Calvino afirmaba sanamente: Dios obra doblemente en nosotros: Por dentro con su Espíritu; por fuera con su palabra.

También Lutero unía estrechamente la obra interior del Espíritu a la escucha de la palabra. Comentando el canto de la Virgen (Magnificat) afirma que “nadie puede entender a Dios y su palabra si no recibe una iluminación del Espíritu Santo”.

Es el mismo tema mucho antes desarrollado por san Agustín sobre el maestro interior y el maestro exterior. Se trata de un dato tradicional de la espiritualidad y en general de la teología católica que pone de manifiesto la unión inseparable Espíritu-palabra.

Gracias a esta unión —parecida a la de la puerta y la llave, según san Simeón, el nuevo teólogo— la palabra se torna un factor de progreso en la vida espiritual personal y en la vida eclesial comunitaria.

A la característica de la palabra que hemos llamado personalidad y a la de potencia, añadimos la de progreso ilustrada con el poder de construir el edificio de la espiritualidad y de la Iglesia.

4. Participación

La palabra que otorga una herencia.

Cuando murió el gran hacendado famoso por sus riquezas, un grupo de personas lloraba. Alguien se acercó y

les preguntó: “¿Ustedes son los herederos, pues están llorando, verdad?”. Ellos contestaron: “Precisamente lloramos porque no somos los herederos”. Puede dar pesar no tomar parte en la herencia. Pero, en un caso, el asunto sí se arregló. Los no herederos fueron llamados a recibir la herencia.

¿Quiénes son los herederos y quiénes no? Para saberlo, volvamos al texto del discurso de Mileto. Pablo dice a los apóstoles: “Ahora os encomiendo a Dios y a su palabra (...) que tiene poder para (...) daros la herencia con todos los santificados” (Hechos 20,23).

Los santificados son todos aquellos que gracias a la fe en Cristo pasaron de las tinieblas a la luz, del pecado a la vida de la gracia. En una palabra, los santificados son la Iglesia.

Los que no han recibido la herencia son los paganos. Cuando Pablo afirma “que la palabra de la gracia tiene tanto poder como para lograr que participen de la herencia en medio de los santificados, está pensando en aquellos que aún no hacen parte de la comunidad santa a quien pertenece esta herencia. La obra de la palabra de Dios, según el apóstol, no consiste en este caso en lograr que los cristianos entren en posesión de su herencia sino en permitir a otros que participen de esta herencia con ellos”⁹.

La biblia latinoamericana y otros traducen el texto que estamos comentado así: “Ahora les encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, la cual tiene eficacia para (...) conseguirles la herencia que compartirán con todos los santos” (Hechos 20,32).

Introducir el término santos en lugar de santificados da lugar a una interpretación escatológica: Entrar en posesión de la herencia celestial.

En cambio, la interpretación adecuada es que la palabra asegura a los no cristianos esa herencia que los cristianos ya poseen.

9. DUPONT J, o c, p 388.

Por ello, tampoco es correcto traducir: “Procurar la herencia a lo santificado” como lo hacen algunos¹⁰.

El significado de dar la herencia con todos los santificados indica, en cambio, esa característica misionera de la palabra que lleva a los paganos a participar de la herencia ya recibida por quienes han adherido en la fe a Cristo. La palabra, entonces, es la gran misionera, la encargada de reunir a los hijos de Dios dispersos, de llevarlos a su Iglesia, pueblo de Dios.

Podemos evocar un texto paralelo que nos narra el encuentro de Pablo con Jesús para constatar cuanto hemos dicho sobre la palabra:

“Yo respondí: “¿Quién eres, Señor?” Y me dijo el Señor: “Yo soy Jesús a quien tú persigues (...) Yo te envío a los gentiles para que les abras los ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios y para que reciban el perdón de los pecados y una parte en la herencia de los santificados, mediante la fe en mí” (Hechos 15,17-18). Como instrumento de la palabra, Pablo tiene la misión de llevarla a los gentiles para que sean ellos parte de los santificados.

CUATRO DESAFIOS DE LA PALABRA

Una espiritualidad misionera en tanto es viva en cuanto sabe tomar una actitud de servicio incondicional ante la palabra.

Esta actitud puede descomponerse como la luz en tantos colores.

Podemos tomar en consideración cuatro de ellos que se convierten en cuatro desafíos a vivir plenamente la espiritualidad misionera.

1. Interiorización
2. Fidelidad

10. Cfr Id, o c, p 383

3. Corazón
4. Preparación

1. Interiorización

“Había un hombre que tenía una doctrina, una gran doctrina que llevaba en el pecho (Junto al pecho, no dentro del pecho), una doctrina escrita que guardaba en el bolsillo interno de su chaleco. La doctrina creció. Y tuvo que meterla en un arca de cedro, en un arca como la del Antiguo Testamento. Y el arca creció. Y se comió el arca de cedro al hombre y a la doctrina escrita que guardaba en el bolsillo interno de su chaleco. Luego vino otro hombre que dijo: El que tenga una doctrina, que se la coma antes que se la coma el templo; que la vierta, que la disuelva en su sangre, que la haga carne de su cuerpo... y que su cuerpo sea bolsillo arca y templo”¹¹.

Como anuncia este bello trozo, interiorizar la palabra quiere decir encarnarla en nuestra vida, incorporarla a nuestra existencia, asimilarla como al más sano de los alimentos.

El tema de la asimilación a manera de alimento es habitual en la espiritualidad. Podemos evocar la figura de un autor medieval como Guido el Cartujo quien hablando de las ventajas del estudio atento de la Sagrada Escritura dice: “La lectura lleva el alimento sólido a la boca; la meditación lo mastica y tritura; la oración le encuentra el sabor y la

11. León Felipe.

contemplación es la misma dulzura que recrea y da alegría”¹².

Esta interiorización de la palabra no es tarea solamente de los individuos, Es la Iglesia toda que se abre a su alimento especialmente en ese campo tan especial de la liturgia. No se subrayará nunca demasiado el salto cualitativo que la eclesiología del Vaticano II dio al proponer que la Iglesia sea vista como “comunidad” alimentada por la palabra de Dios para ser servidora de la misma. Como servidora de la palabra se le pide que la escuche piadosamente, la custodie santamente y la exponga fielmente¹³.

La Iglesia y cada cristiano siguen el camino indicado por María de abrirse al Espíritu y a la palabra para que ésta se haga carne en cada uno y se vaya formando en él la figura de Jesús.

Una misionera francesa del tiempo de los sacerdotes obreros, Madeleine Delbrel, decía: “Sólo si estamos habitados, estamos habilitados” para ser misioneros. Es una maravillosa forma de expresar la necesidad de la interiorización de la palabra como exigencia ineludible de una espiritualidad misionera.

2. Fidelidad

Quien vive una espiritualidad misionera y reconoce en la palabra la mejor realidad a quien encomendar la misión, fácilmente se reconoce como siervo de la palabra. Lo que se pide del siervo es que sea fiel. Pero, entonces, nos toca preguntarnos: ¿Cuándo comunicamos la palabra de Dios, la gente capta que hablamos de Dios, de su amor infinito, de su plan de salvación, de Jesucristo?

Ser fieles a la palabra es seguir el camino que los apóstoles nos trazan en el libro de los Hechos. Ellos se

12. GUIDO EL CARTUJO, *Scala claustralium*, Pl 184.475.484.

13. Cfr DV 10.

muestran, ante todo, fieles al Kerygma, término griego con el cual se indica el hecho y el contenido del primer anuncio cristiano. Kerygma significa proclamación o mejor quiere decir gritar con fuerza y solemnidad. En los Hechos los apóstoles gritan la buena nueva del evangelio; anuncian un hecho que se ha cumplido y que implica salvación que llega de Dios. Todos se dan cuenta de que los apóstoles no hablan de ellos mismos sino que hablan de Jesús y lo hacen con la fuerza del Espíritu (Cfr Hechos 4,8). Esto significa ser fieles a la palabra.

San Vicente Ferrer fue invitado por un señor muy importante para predicar. Vicente, dejando sus fuentes habituales, se preparó leyendo los mejores libros, utilizando el mejor estilo, echando mano de los más altos recursos de la oratoria. Su sermón fue espléndido. Terminado, el Señor que lo invitó le pidió el favor de predicar al día siguiente. Vicente aceptó.

Esa tarde, se dio cuenta de que había sido un poco vanidoso.

Arrepentido se fue a orar a los pies del crucifijo y se preparó con la meditación en la presencia de Dios. Al día siguiente pronunció su sermón. Terminado, el señor que lo invitó le dijo: “Hoy me has gustado más que ayer; has hablado con mayor convicción, con otro fuego. ¿Por qué? Señor, le contestó humildemente el santo, ayer predicó Vicente, hoy predicó Jesucristo”.

Fidelidad es servir a la palabra, no a nosotros mismos, si en verdad estamos convencidos de que no hay nada ni nadie mejor a quien encomendarle la misión. De nosotros debe llegar el testimonio de fe porque debemos decir como san Pablo: “Creí, por eso hablé” (2Co 4,13).

De esta fidelidad a la palabra, no a nosotros, era consciente un predicador que decía: “Sucede que uno quiere romper un tronco con el hacha. Toma impulso pero yerra el

golpe así que el hacha se clava contra el suelo. Así sucede cuando se habla a los hombres para que vuelvan con el corazón a Dios y ellos no le hacen caso a la palabra sino simplemente admiran en el predicador el ingenio del sermón”.

Fidelidad a la palabra es hacer todo lo posible para que no sea hacha clavada en el suelo sino que penetre profundamente en el corazón de los que escuchan.

3. *Corazón*

Las culturas laten en la superficie; los corazones en la profundidad. La vida de grandes hombres movidos por una auténtica espiritualidad misionera, nos demuestra que el corazón logra comunicar cuando la distancia cultural se torna difícil. La comunicación de la palabra trasciende las categorías culturales y se lleva a cabo entre corazones abiertos. El corazón le habla al corazón.

En Filipos, Pablo fue al lugar donde oraban las mujeres. A una de ellas llamada Lidia “el Señor le abrió el corazón para que adhiriese a las palabras de Pablo” (Hechos 16,14). A su vez, Pablo hablaba desde el corazón. Cuanto decía a los corintios lo vivía en toda comunicación de la palabra: “¡Corintios! os hemos hablado con toda franqueza; nuestro corazón se ha abierto de par en par. No está cerrado nuestro corazón para vosotros” (2Co 6,11-12).

El corazón, entonces, está en el fondo de toda comunicación de la palabra de Dios. Hablar desde el corazón significa hablar desde nuestra interioridad; desde lo más profundo y auténtico de nosotros mismos. Significa expresar una palabra de Dios que hemos hecho nuestra, que hemos incorporado, asimilado, convertido en vida de nuestra vida. Hablar desde el corazón quiere decir hablar con convicción y con amor, no de dientes para afuera, no como un megáfono.

El amor en la comunicación de la palabra tiene el mismo efecto que la pólvora en las escopetas. Si se va de cacería y se lanza una bala con la mano para cazar un conejo, esa no le hace ni cosquillas. Si se lanza impulsada por la pólvora de la escopeta, lo golpea fuertemente.

La palabra lanzada por un corazón lleno de esa pólvora que es el amor y la convicción, golpea los corazones en profundidad. La palabra lanzada por un corazón lleno de Dios tiene una fuerza que las diferencias culturales no logran reducir.

Decía el Baal Shem Tov: “Cuando mi corazón está fijo en Dios, dejo que mi boca diga lo que quiera, porque entonces todas las palabras están unidas a su raíz celestial”¹⁴.

El caso de Lidia, a quien el Señor le abrió el corazón, nos lleva a una ulterior constatación: No se trata simplemente de una comunicación afectiva, de corazón a corazón. El Espíritu une a un corazón con otro corazón. El logra que el corazón le hable al corazón. El maestro interior pone los corazones en contacto.

El tercer desafío de la palabra es, entonces, su comunicación desde el corazón. “Corazón es un término bíblico importante. Tiene una inmensa variedad de sentidos, significando especialmente la vida interior del hombre: su vida afectiva, sentimientos y voluntad, y su vida intelectual. A él se atribuyen las más variadas manifestaciones de la vida mortal y religiosa”¹⁵.

Otras veces denota simplemente el hombre, porque el hombre según la Biblia es corazón; el corazón del hombre designa toda su personalidad consciente, inteligente y libre. Entonces aparece el carácter totalizador de dicho término. Cuando el corazón le habla al corazón, la persona desde lo más auténtico de sí, se dirige a la otra persona y logra llegar

14. BUBER M, *I racconti dei Chassidim*, Garzanti, Milán 1985, p 94

15. LOPEZ-MELUS F, *Las bienaventuranzas*, Sígueme, Salamanca 1988, p 380

hasta la profundidad de la misma. Es una profundidad excavada por el mismo Espíritu. Llegar al corazón de las personas hasta ese nivel donde los elementos culturales no cuentan, donde las clasificaciones son inútiles, donde la humanidad es sobrecogida por los valores más auténticos, donde reside lo más personal, lo más singular, lo más nuestro, eso es cuanto exige la comunicación de la palabra.

Y esta palabra comunicada desde el corazón y con la fuerza del Espíritu, tiene el poder maravilloso de construir el edificio del espíritu y de la Iglesia como también de dar la herencia entre los santificados. No cabe duda de que, siguiendo a Pablo, hay que decidirse a encomendar la misión a esta palabra. Ello significa aceptar que tome forma en el propio corazón, una viva y genuina espiritualidad misionera.

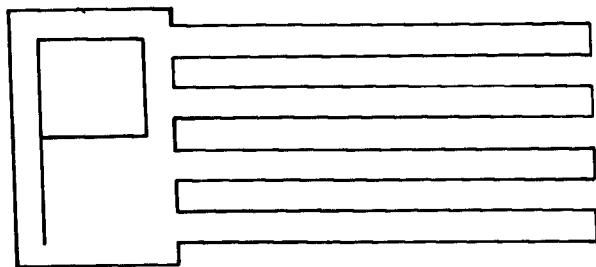
Actividades

1. Llena la estrella de seis brazos con las seis realidades que análogamente son palabra de Dios.



2. Narra una experiencia personal o ajena en que te has encomendado a la palabra de Dios y fiado en ella has actuado.
3. Desarrolla el siguiente tema: ¿Qué significa para mí tener confianza en alguien?
4. Coloca el nombre de la persona que se fío en la palabra:
En tu palabra echaré las redes: _____
Hágase en mí según tu palabra: _____
Mándalo de palabra y mi siervo sanará: _____
Cuando fui a vosotros no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría: _____
Creyó en la palabra que Jesús le había dicho y se puso en camino: _____

- 5 Los atributos de la palabra considerados empiezan todos por p. Complétalos en el gráfico



- 6 Escribe en una página una reflexión personal sobre el tema “Los encomendó a la palabra” (Hechos 20,32) partiendo del salmo 23 “El Señor es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta”
- 7 En tu vida, ¿cuándo has comprobado la verdad de la frase “El corazón le habla al corazón?”
- 8 La palabra de Dios merece toda su confianza. La misma palabra procura facilitar que surja en ti tal confianza. Descubre la verdad anterior, en el siguiente texto de los padres de la Iglesia quienes hablan de que “la palabra se vuelve estrecha”

“He aquí el escándalo sobre el cual meditan los padres griegos. La palabra se vuelve estrecha. Esta palabra universal se empequeñece, se contrae en el tiempo y en el espacio, de tal manera de estar aquí y no allá, de estar aquí ahora y no antes, aquí ahora y no mañana, se hace pequeña, y por lo mismo se hace particular y por tanto accesible, se presta para la relación interpersonal, para aquella relación que toca a cada uno en particular, participando de la particularidad del ser humano personal, de tal modo que se puede encontrar con cada uno de manera única y absoluta” (Card. Martini, *Vida de Moisés* 128)

- 9 San Gregorio Magno dice “Aprende a descubrir el rostro de Dios en las palabras de Dios” Explica como harías para seguir el consejo de este santo
- 10 Contesta estas preguntas en forma vivencial, esto es, ilustrando la respuesta con situaciones o hechos de tu vida
- ¿De donde colijo que mi vida ha sido determinada o es determinada, en algunas opciones, actitudes, humores, deseos, por las palabras evangelicas?
- ¿Qué palabras evangelicas determinan más mi vida?

5. *Parresía misionera*

UNA FUERZA ADICIONAL

Todo castillo que se respete tiene su fantasma que se oye pero no se ve. Todo tratado de espiritualidad que se respete tiene sus palabras-fantasmas que se oyen pero no se entienden. La *parresía* es una de estas palabras. Aunque extraña, el término expresa uno de los elementos más importantes de la espiritualidad misionera.

Cuando se recorren los campos de la amazonía transitando por ciertos carretables —que no merecen se les llame carreteras— especialmente durante el tiempo de invierno, *llega un momento en el que el vehículo campero no logra seguir adelante*. Queda trancado por el espeso barro que se ha formado en el camino.

En tal circunstancia, la amenaza del barro de paralizar totalmente el viaje, lleva a los ocupantes del vehículo a gritarle al conductor: ¡Ponga la doble! Inmediatamente el conductor conecta la doble transmisión y el campero como que desarrolla una fuerza adicional con la que fácilmente supera la amenaza del barro y prosigue su itinerario.

No el simple barro de la carretera sino otro tipo de obstáculos y peligros suelen amenazar al movimiento de la misión.

PELIGROSIDAD DE LA MISION

La misión se vuelve en ocasiones muy peligrosa. La lección de su peligrosidad la podemos aprender mirando a Jesús, el enviado del Padre.

“Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo” (Lc 23,2). Así acusaba el sanedrín a Jesús ante Pilato y proseguían gritando para lograr una sentencia de muerte: Solivianta al pueblo, enseñando por toda Judea, desde Galilea donde comenzó hasta aquí (Lc 23,5). La primera comunidad apostólica había aprendido bien la lección de la peligrosidad de su fundador y de la misión por él encomendada. En efecto, las primeras páginas de los Hechos de los Apóstoles están repletas de gente que va a la cárcel como Pedro (5,18); que comparece ante los tribunales como Juan y Pedro (5,27); que colecciona amenazas y castigos ejemplares como Pablo (5,23); que es atravesada a cuchillo como aconteció a Santiago, hermano de Juan (12,2); que es apedreada como Esteban (7,58) o que es expulsada como fue el caso de los cristianos de lengua griega.

Sin embargo, los cristianos seguían impertérritos perturbando la quietud pública con el mensaje de Jesús aunque les redoblasen las amenazas en el intento de frenar su movimiento misionero. Ellos, sin embargo, ponían la doble y seguían adelante. Contaban con esa fuerza adicional necesaria en los momentos de amenaza y peligro y que se llama parresía.

Nuestro interés específico es captar el significado de la parresía como era vivida en los tiempos narrados por los Hechos de los Apóstoles¹. Ello se facilita si procuramos comprender la parresía en dos mundos tan estrechamente unidos al cristianismo, el griego y el hebreo.

LA PARRESIA EN EL MUNDO GRIEGO

A los griegos les encantaba la parresía. Al fin de cuentas el término es genuinamente griego. Compuesto por dos partículas, la primera *Pan* significa todo y la segunda *Rhesis* quiere decir discurso. Literalmente hablando, *Parresía* quiere decir la libertad de decir todo, con firmeza, con valentía. Los griegos acentuaban bastante la libertad como elemento de la *Parresía*. Esta era para ellos la expresión pública, abierta, libre de condicionamientos.

En un contexto tan especial, la parresía era considerada una de las más excelentes cualidades cívicas.

Todo ciudadano tenía derecho a la parresía, esto es, a hablar abierta y francamente en la asamblea. Claro está que ese derecho no se basaba únicamente en el hecho de ser ciudadano libre sino también en el de tener una conciencia recta.

Una democracia ideal era, según Platón, el régimen en que había parresía.

La parresía, virtud cívica en la esfera pública, era también virtud moral en la esfera privada. Al respecto, decía Platón: “Tenemos necesidad de un hombre valiente que colocando la parresía por sobre todo otro aspecto, proclame lo que es mejor para la ciudad y los ciudadanos, diga no a las pasiones y siga la sola voz de la razón”².

La parresía era considerada una de las más bellas cualidades en las relaciones interpersonales. Aristóteles decía: “Con los compañeros y con los hermanos hay que tener siempre parresía”³.

También otros filósofos la consideraban de primer orden. Diógenes —de la escuela de orientación cínica—

1. Es muy útil al respecto la obra de Rinaldo Fabris, *La virtù del coraggio*, Piemme, Casale Monferrato 1985.

2. PLATON, *Leyes*, VIII.

3. ARISTOTELES, *Ética a Nicómaco*, IX.

interrogado sobre cuál sería la cosa más bella entre los hombres, respondió: La parresía.

LA PARRESIA EN EL MUNDO HEBREO

Para el hebreo la base de la parresía no está en la libertad de hablar francamente sino en la confianza total en el Dios de la Alianza y en la fidelidad a él. Dios —según el hebreo— está en el origen de toda libertad y de toda franqueza.

Por eso la parresía no era tanto un asunto de la razón como para los filósofos griegos sino un asunto del corazón y de absoluta confianza: “Estará entonces el justo de pie con gran confianza en presencia de los que lo afligieron” (Sb 5,1). “No exulten mis adversarios al verme vacilar, que yo en tu amor confío, en tu salvación mi corazón exulte” (Sal 13,5-6).

La confianza del hebreo, base de la parresía, es tal que con Isaías puede decir: “He aquí a Dios mi salvador, estoy seguro y sin miedo, pues Yavé es mi fuerza y mi canción, él es mi salvación” (Is 12,2). Y con razón canta el salmo: “Los que confían en Yavé son como el monte Sión que es inmovible, estable para siempre (Sal 125,1).

LA PARRESIA CRISTIANA

Los primeros cristianos consideraban la parresía de una manera muy particular. Vamos a describirla y luego discutirla en la vida de los primeros discípulos de Jesús.

- La parresía es un conjunto de cualidades
- recibidas como don del Espíritu Santo
- para anunciar el evangelio en un contexto de persecución, peligro, hostilidad o rechazo.

Podemos sintetizar en tres las cualidades que constituyen la parresía.

1. *La franqueza* que proviene de la libertad interior.
2. *La lealtad* que nace del amor a la verdad.
3. *La valentía* que nace de la profunda confianza en el Señor.

1. *Franqueza*

La franqueza nace de la libertad interior pero no de cualquier libertad psicológica, sino de esa a que aludía Pablo cuando decía: “Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2Co 3,17). Es la libertad a lo que se refiere san Agustín cuando en forma tan preciosa exclama:

“Que Dios te entusiasme y ahí mismo estás libre”.

La parresía como franqueza es entonces un don del Espíritu que proviene de la libertad a la que Cristo nos ha liberado.

Parresía no es la falsa franqueza llamada insolencia que es un hablar ofensivo, sin vergüenza ni respeto, sin ninguna delicadeza hacia el otro. Parresía no es la otra falsa franqueza llamada crítica negativa que lanza juicios sin criterio, desenfocados, injustamente destructores. Parresía no es tampoco la falsa franqueza llamada adulación que es un hablar ridículo que no se guía por un principio interior de amor a la verdad, sino por la búsqueda del propio interés.

La parresía, como un hablar con franqueza, está impregnada de amor. Mazzolari, el gran párroco italiano cuya parresía era innegable decía: “Hablo porque amo; hago silencio porque amo. Son dos momentos iguales e igualmente fecundos”.

La parresía, este hablar con franqueza cuando la amenaza, la persecución, el peligro se hacen presentes, excluye todo tipo de servilismo adulator o de hipocresía engañosa.

2. Lealtad

La parresía como lealtad nace del amor a la verdad del evangelio, a la verdad de Jesucristo sobre cualquier cosa.

Ser leales a la verdad es fácil en situaciones de concordia, de paz, de tolerancia. Ser leales a la verdad en momentos de persecución, de amenaza, de miedo requiere una fuerza especial, requiere esa doble transmisión. Entonces la lealtad se transforma en parresía.

Poca parresía como lealtad a la verdad demostraba aquel hombre que vio perfectamente una sábana a diferencia de los demás que equivocadamente vieron un fantasma. Todos se inclinaron con los brazos en cruz y reverentes ante el fantasma. También se inclinó el hombre que sabía se trataba sólo de una simple sábana. ¿Por qué lo hizo? Su modo de razonar fue el siguiente: “Antes que defender una verdad yo solo, prefiero equivocarme en compañía”.

3. Valentía

La parresía como valentía (el término más usado en las traducciones de los Hechos) nace de la profunda confianza en el Señor, en su presencia, en su apoyo y no tanto en las propias fuerzas. El Espíritu mediante la palabra evangélica sugiere el modo de hablar, la manera de comportarse en los momentos de peligro cuando es necesario que la misión evangelizadora prime sobre la propia seguridad.

De esta fuerza interior que infunde en los apóstoles una valentía especial para proclamar la palabra nos hablan las vidas concretas de hombres apostólicos como Pedro y Pablo. En ellos refule la parresía como auténtica y necesaria virtud misionera que asegura el movimiento de la misión por encima de todos los obstáculos, en primer lugar, el de la persecución.

De los Hechos de los Apóstoles, el capítulo IV es todo parresía. Aparecen en primer plano las extraordinarias figuras de Pedro y Juan: “Viendo la valentía de Pedro y Juan y sabiendo que eran hombres sin instrucción ni cultura, estaban maravillados” (Hechos 4,13).

¿Quiénes veían y se maravillaban? Eran los jefes de Jerusalén, los ancianos y escribas y muchos sumos sacerdotes. La maravilla provenía del contraste que percibían entre lo que los apóstoles eran y la manera como actuaban. No lograban encontrar una lógica explicación a tanta valentía. Como dirían los filósofos: la conclusión parece mucho más amplia que las premisas. Los efectos están superando la causa. Ellos percibían el contraste y del mismo no podían dar una razón lógica. Ignoraban que precisamente un apóstol —Pedro o Juan, Santiago o Pablo— no puede ser explicado perfectamente porque su actuar y su hablar no siguen el ritmo marcado por la propia instrucción o por la propia cultura de pertenencia.

La buena noticia del evangelio lleva a que se dé testimonio de algo y de alguien superior a las propias expectativas, que ofrece una respuesta no imaginada, una novedad que se trasluce en la misma vida del apóstol suscitando extrañeza, maravilla, asombro. Un apóstol de ayer o de hoy no ama verdaderamente a los demás si no sabe ser diferente de ellos por haber creído en una palabra que cambia el corazón y la vida y por haberse declarado dócil a ser guiado por una fuerza que supera su propia debilidad.

El apóstol servidor auténtico de la misión, por la dimensión universal de su amor y por la catolicidad de su mensaje, evita identificar el evangelio con alguna de las fuerzas en juego en la historia. Así evita quedar reducido a una presencia más entre tantas presencias del acontecer

humano oscureciendo esa otra presencia que se nos ofrece como la novedad de Jesucristo.

El apóstol de verdad despierta la extrañeza que suscitan Pedro y Juan ante el sanedrín y conduce a los demás a la conclusión (Véase Hechos 4,13) de que algo tiene que ver Jesús en todo esto. Su manera de expresarse revela que la habilidad literaria fue reemplazada por un hablar bajo la guía del Espíritu.

La parresía es don que viene de lo alto, no simple habilidad humana. Los dos apóstoles reciben varias amenazas pero son dejados en libertad. Van a contar todo lo sucedido a la comunidad. Según algunos se trata de la comunidad cristiana y en opinión de otros, de la pequeña comunidad de los apóstoles. Sean unos u otros, lo cierto es que se reúnen para orar y el objeto de su oración es la parresía, la libertad de hablar con coraje, con valentía, en esas circunstancias tan adversas:

“Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos que puedan predicar tu palabra con toda valentía” (Hechos 4,23).

Este trozo nos presenta la llamada “pequeña Pentecostés” y pone de manifiesto la fuente tan especial de la parresía: el Espíritu Santo.

Además, expresa un punto firme de Lucas. El representa “una línea cristiana que aboga por insertar la Iglesia en la historia, moderando la fiebre escatológica de la primera hora y propugnando, en principio, una actitud de acomodación con las exigencias de las autoridades imperiales. Pero es muy consciente del límite ante el que un cristiano no puede jamás claudicar: los derechos de Dios y la libertad de la palabra que anuncia su Reino⁴. Por ello, oran por el éxito de la misión, no por su propia seguridad. No piden la gracia de

4. AGUIRRE Rafael, *La Iglesia de los Hechos*, Fundación Santa María, Madrid 1989, p 46

escapar, de saberse esconder bien, de protegerse. Piden la valentía para anunciar la palabra abiertamente, en público, a todos, en forma completa, diciendo todo.

En esta estupenda página del capítulo IV, la parresía se nos presenta en sus tres aspectos de franqueza, lealtad y valentía. La franqueza de Pedro lo lleva a responder: “Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios” (Hechos 4,19). La lealtad frente a la verdad del mensaje es también manifestada por Pedro cuando dice: “No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hechos 4,20). La valentía aparece en la oración para pedir la fuerza del Espíritu para cumplir la misión en medio de las amenazas.

Observaba una monjita del convento de Báez un pequeño pozo y las ranas que lo habitaban.

Pasó por ahí san Juan de la Cruz y la monjita, con la máxima sencillez, le preguntó: ¿Por qué las ranas se echan al agua cuando oyen algún rumor? San Juan de la Cruz le contestó: “Las ranas captan un peligro y se zambullen”. Y añadió: “Ellas nos enseñan que en los momentos de peligro hemos de zambullirnos profundamente en Dios y no en los escondrijos humanos”. Esto lo sabía también la comunidad cristiana cuando pedía el don de la parresía en el momento de la persecución.

LA PARRESIA DE PABLO

El libro de los Hechos, aun siendo tan maravilloso en presentar la parresía de la comunidad, resalta preferencialmente la parresía de Pablo.

1. La parresía de un novicio

“La mona aunque se vista de seda, mona se queda”. Más o menos así se expresaban algunos en relación con Pablo. “La

zorra pierde el pelo pero no el vicio”, debió ser el parecer de otros.

El caso es que toda la historia de la conversión de Pablo no convencía mucho a los discípulos de Jerusalén quienes tomaban prudencial distancia del nuevo discípulo. El miedo creaba así, en torno a Pablo, un vacío muy incómodo.

Se necesitaba una persona de peso, de altura, de ascendente moral en la comunidad que asumiera la defensa de Pablo, o mejor, lo presentara a la comunidad con tanta autoridad que toda duda quedase disipada. Bernabé era el hombre.

Para cumplir su cometido, Bernabé quiso destacar alguna cualidad convincente de Pablo y no encontró nada mejor que la parresía en el anuncio del evangelio:

“Entonces Bernabé lo tomó y lo presentó a los apóstoles y les contó cómo había visto al Señor en el camino y que le había hablado y cómo había predicado con valentía en Damasco en el nombre de Jesús” (Hechos 9,27).

El resultado de esa buena mano que le prestó Bernabé a Pablo, se tradujo también en parresía: “Andaba con ellos por Jerusalén predicando valientemente en el nombre del Señor” (Hechos 9,28).

La parresía, valentía de anunciar el evangelio en momentos de peligro, de inseguridad, de riesgo, era una realidad. En efecto, la predicación de Pablo era muy peligrosa. En Jerusalén los helenistas intentaban matarlo. “Los hermanos, al saberlo, lo llevaron a Cesarea y lo hicieron marchar a Tarso” (Hechos 9,30).

2. *La parresía en la sinagoga*

En relación con la parresía, es también muy significativo el encuentro de Pablo con los judíos de Antioquía de Pisidia (Hechos 13,46).

Desde el capítulo 9 (9,15) se sabe que Pablo ha sido enviado a los gentiles pero se le ve actuando sólo en las comunidades cristianas y en las sinagogas. No se ve su vocación misionera “ad gentes”. Pero aparece la hostilidad de los judíos y ello provoca el paso decisivo: “Los judíos al ver la multitud se llenaron de envidia y contradecían con blasfemias lo que Pablo decía. Entonces dijeron con valentía Pablo y Bernabé: Era necesario anunciaros a vosotros la palabra de Dios en primer lugar. Pero ya que la rechazáis (...) nos volvemos a los gentiles (...). Al oír esto, los gentiles se alegraron y se pusieron a glorificar la palabra del Señor” (Hechos 13,45-47,48).

A su vez, los señores distinguidos y los notables promovieron una persecución contra Pablo y Bernabé quienes decidieron seguir para Iconio.

3. *La parresía hasta el final*

La valentía de Pablo en Antioquía de Pisidia le será necesaria también en Iconio. El y Bernabé “se detuvieron bastante tiempo hablando con valentía del Señor” (14,3) y tuvieron que huir para evitar ser apedreados.

En Corinto el Señor reforzó la parresía de Pablo: “No tengas miedo —le dijo— sigue hablando y no calles; porque yo estoy contigo...” (Hechos 18,10).

En Efeso, Pablo nuevamente entró en la sinagoga y durante tres meses hablaba con valentía discutiendo acerca del reino de Dios (Hechos 19,8).

Finalmente en Roma, prisionero, Pablo enseñaba lo referente al Señor Jesucristo, con toda valentía, sin estorbo alguno (Hechos 28,31).

Con esta anotación sobre la valentía de Pablo concluye la narración de Lucas. El evangelista fue describiendo el camino de Pablo en el que experimenta continuamente la

persecución, los intentos de linchamiento, las acusaciones por parte ya de los judíos, ya de sectores locales, el encarcelamiento y la prisión de Roma. Una vez en la capital enseña lo referente a Cristo, logrando así —tal vez sin Pablo mismo buscarlo— que la palabra de Dios llegase “hasta los confines de la tierra” (cfr Hechos 1,8) luego de superar con la parresía, don del Espíritu Santo que lo guiaba, todos los obstáculos.

MIEDO Y PARRESIA

“El miedo no la dejaba cruzar el cementerio, paso obligado para ir a visitar a sus amigos. La señora esperó largo rato. Finalmente alguien se acercó. Era cuanto ella buscaba. En compañía lograría aventurarse por tan tenebroso lugar.

¿Atraviesa usted el cementerio? preguntó la señora. “Sí”, respondió el personaje acabado de llegar. “Entonces, voy con usted al otro lado”, dijo ella. Empezaron el recorrido y cuando estaban en lo más interno del cementerio, la señora preguntó al acompañante: “¿No le ha dado nunca miedo venir al cementerio?” El respondió: “Sí, claro que sí, cuando estaba vivo”.

Somos peregrinos con frecuencia sobrecogidos por el miedo en nuestro camino y no siempre el encontrar compañía asegura que éste se disipe.

La historia de los apóstoles podría dividirse en dos partes:

La era del miedo y la era de la parresía. Las dos eras están divididas por el evento de Pentecostés. Los apóstoles en la tempestad, aun en compañía de Jesús, se dejaron agarrar por el miedo. Con razón el Señor les reprochó su poca fe. Los mismos apóstoles ante los tribunales de Jerusalén suscitaban admiración por su valentía.

Cuando Jesús les aseguró que recibirían el Espíritu Santo, les estaba diciendo que llegarían a comprender con la mente y el corazón todo lo que él les había enseñado y lo sabrían vivir aun en las circunstancias más amenazadoras. Todo esto no significa la eliminación del miedo. Lo que pasa es que hay dos tipos de miedo. El miedo que nos controla, que nos domina, que nos agarra y el miedo que nosotros dominamos.

El miedo nos esclaviza, nos domina sólo cuando carecemos de valores profundos. El miedo del apóstol es un miedo controlado y sometido a un valor muy grande como es el seguimiento de Cristo y la misión por él confiada.

La parresía es la victoria de la misión sobre el miedo en el corazón de un apóstol. Es la victoria del Espíritu, abogado de la misión y es la victoria de la palabra de Dios que no está encadenada (2Tm 2,9) ni siquiera por el miedo que la persecución, la amenaza o el peligro engendran.

Desde los tiempos de los apóstoles —mejor dicho, desde la muerte cruenta de Jesús— el ideal, el prototipo del cristiano es el mártir. Y en mártir podía convertirse cualquier cristiano en el momento menos pensado. “El mártir cristiano se distingue, no sólo por su fe en Cristo, sino también por la referencia explícita a la muerte de Cristo. Este carácter cristiforme permite comprender el papel jugado por el martirio en la Iglesia primitiva. El martirio era la forma de la vida cristiana y la educación que recibía el cristiano era un adiestramiento para el martirio. El miedo al sufrimiento y a la muerte se lograba vencer aunque al cristiano que se considerase débil para dominar el miedo le estaba permitido huir. De todas formas, el miedo quedaba relegado a segundo plano cuando el cristiano estaba convencido de que su martirio era participación en la muerte y resurrección de Cristo.

Hemos considerado la parresía encarnada en personas como Pedro y Juan ante el sanedrín. Si hemos de creer a Tertuliano, el apóstol Juan en persona puso como obispo de Esmirna a Policarpo. Y éste, entre tantas cosas bellas del apóstol Juan como la mansedumbre, la suavidad y la moderación, heredó también la parresía.

Cuando era obispo de Esmirna, su testimonio de vida era presenciado y admirado por un muchachito de ojos vivos y alma despierta, que lo seguía en todos sus movimientos, que observaba sus gestos y grababa en su infantil memoria hasta los rasgos de su rostro. Este niño curioso y afortunado, oriental de origen, se llamaba Ireneo. El escribirá, ya siendo obispo, los recuerdos de su infancia relativos al gran Policarpo.

De Ireneo, sin duda la Iglesia de Esmirna y en especial el desconocido Marción, se enriqueció para escribir, en forma tan viva y sobria, el conmovedor relato del martirio de Policarpo en el que refulge la parresía del gran discípulo de Juan:

“Así como Policarpo entraba en el estadio, sobrevino una voz del cielo que le dijo: “Ten buen ánimo, Policarpo, y pórtate varonilmente” (...). Venido, pues, a presencia del procónsul, preguntóle éste si era él Policarpo. Respondiendo afirmativamente, trataba el procónsul de persuadirlo a renegar, diciéndole: (...).

—Jura, y te pongo en libertad, blasfema a Cristo.

Policarpo respondió:

—Ochenta y seis años hace que soy siervo suyo y ningún daño he recibido de él. ¿Cómo puedo blasfemar de mi rey y salvador?”.

Es la victoria de la parresía sobre el miedo, no debido a algún síndrome biológico de activación de mecanismos naturales, sino a la fuerza donada por el mismo Espíritu

Santo para seguir a Cristo a la manera de Pedro o Pablo, Esteban o Lorenzo, Ignacio o Justino, Felicidad o Perpetua, Blandina o Inés, quienes con el martirio expresaron en grado sumo la fe absoluta en Cristo, la esperanza total en sus promesas y la caridad perfecta hasta dar la vida por aquel a quien amaban.

No sobra concluir recordando que hoy como ayer, todo verdadero cristiano, y por tanto decidido a ser testigo de Cristo, requiere la parresía para vivir integralmente esa fe, esperanza y caridad que lo constituye en signo legible y significativo del reino de Dios.

Concluyamos el capítulo regresando a Pablo para evocar el momento en que solicitaba de sus fieles una oración para que él pudiera ser misionero con parresía: “Orad... también por mí para que me sea dada la palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el misterio del evangelio del cual soy embajador entre cadenas y pueda hablar de él valientemente como conviene” (Ef 6,18.19-20).

Pablo le daría razón a Gandhi quien decía que la “valentía es el primer requisito para la espiritualidad”. Nosotros, con mayor razón, agregamos que es el “primer requisito de la espiritualidad misionera”.

Actividades

1. Hace un tiempo, el cardenal Josef Tomko, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos, dijo que en los últimos cinco años, la Iglesia ha tenido una media de un mártir al mes. Del 1980 al 1986, los misioneros asesinados fueron sesenta y siete.

Junto a estos, hay en todo lugar de la tierra, cristianos laicos, torturados, masacrados, asesinados porque han dado testimonio de la propia fe en Cristo defendiendo a los pobres y oprimidos.

Identifica algunos nombres de esos 67 misioneros y algunos otros nombres de esa gran cantidad de mártires por los valores del reino de Dios⁵.

2. Busca en el evangelio cinco pasos que muestren la parresía de Jesús.
3. La parresía en la carta a los Hebreos se traduce como libertad, confianza y franqueza (a veces con entereza o seguridad). Verifica la traducción en diferentes biblias haciendo referencia a los textos siguientes:
Hebreos 3,5-6
Hebreos 4,14-16
Hebreos 10,19-23
Hebreos 10,35-36
4. Moisés en Ex 5,22-23 se muestra atrevido con Dios reprochándole enérgicamente el no haber hecho nada

5. DEBESSE Paul, *Viacrucis de América Latina*, Ediciones Paulinas, Bogotá 1989.

por liberar al pueblo de Israel. Filón de Alejandría explica semejante atrevimiento de Moisés en forma muy original: “Los sabios son amigos de Dios y más si se trata del grande y santo legislador Moisés. Ahora, la libertad de palabra está en parentesco con la amistad. ¿A quién se puede hablar libremente sino al amigo? Es, por tanto, muy bello que Moisés sea aclamado en la Escritura como el amigo de Dios (Ver Ex 33,11). De este modo, todo lo que él se arriesga a decir con gran atrevimiento puede ser colocado en la cuenta de la amistad más que en la cuenta de la presunción. La grosería es característica del presuntuoso pero la seguridad es propia del amigo”.

¿Tienes alguna experiencia personal donde la parresía (hablar con franqueza según los griegos) se haya hecho posible por la amistad con la persona con quien hablabas? Nárrala a los demás.

5. Establece un contraste entre la parresía y cuanto dice Antonio Machado en un pequeño verso:
“¡Qué difícil es
cuando todo baja
no bajar también!”.
6. La parresía, palabra griega traducida en tantas formas, puede perder su valor por esa multiplicidad de términos con que se presenta. Haz un gráfico o un símbolo —casi como las flores que forman un único florero— con el que se indiquen las tantas palabras con que la parresía se expresa.
7. Desde tu visión de la parresía, da una interpretación a las siguientes afirmaciones ilustrándolas con elementos bíblicos. “Son fuertes aquellos que sin haber bebido están ebrios” (J. Dolent).
“El valor es como el amor: necesita una esperanza que lo alimente” (Napoleón).

“Antes de tener el coraje de las palabras, los verdaderos profetas tienen el coraje del silencio” (Pronzato).

8. Unete a quien no siendo cristiano puede también orar a Dios pidiendo la gracia de la parresía:

“No me dejes pedir protección ante los peligros, sino valor para afrontarlos.

No me dejes suplicar que se calme mi dolor, sino que tenga ánimo para dominarlo.

No me dejes buscar aliados en el campo de batalla de la vida,

como no sea mi propia fuerza.

No me dejes anhelar la salvación

lleno de miedo e inquietud,

sino desear la paciencia necesaria para conquistar mi libertad.

Concédeme no ser un cobarde,

experimentar tu misericordia solo en mi éxito;

pero déjame sentir que tu mano

me sostiene en mi fracaso”.

Rabindranath Tagore

9. Haz una investigación sobre la parresía de los mártires de los primeros siglos: Policarpo, Felicidad y Perpetua, Ireneo, Félix, Blandina, Irene, Pionio, Acacio, Cipriano, Agape, Quionia, Apolonia y Crispina.

¿Cómo se comportaron? ¿Qué respondieron a sus verdugos con palabras o actitudes?

10. Encuentra en la Biblia 10 personas que sobresalgan por su parresía especificando la ocasión en que manifestaron esta virtud.

11. Escribe una reflexión personal sobre la famosa frase de Tertuliano: “La sangre de los mártires es semilla de cristianos”.

6. Oración misionera

ORAR ES RESPIRAR

“Dime con quién andas y te diré quién eres”. Así sentenciaban algunos. Otros menos creativos se copiaron de los primeros y empezaron a decir: “Dime lo que lees y te diré quién eres”. Y no faltaron los arriesgados que hacían esta promesa: “Dime cómo comes y te diré quién eres”. Dado que los imitadores del dicho inicial se multiplican, pues unámonos a sus filas y digamos: “Dime cómo respiras y te diré quién eres”.

La respiración, ¡qué elemento tan imprescindible! Sobre ella —y no era para menos— son muchos los que han querido disertar.

Para los taoístas “respirar es asimilarse el poder del aire; puesto que el aire es símbolo de lo espiritual, del aliento, respirar consiste en asimilarse un poder espiritual”.

Y para seguir en el mundo de los maestros orientales, uno de ellos decía a sus discípulos: “Tu respiración es tu mayor amigo. Recurre a él siempre que tengas problemas y encontrarás consuelo y guía”.

Pero escuchemos también a otros como Saadi de Chiraz quien nos hace una bella invitación: “Cada respiración contiene dos bendiciones: la vida en la inspiración y el rechazo del aire viciado e inútil en la expiración. Dad gracias a Dios, pues, dos veces por cada respiración”.

Si nos salimos del ámbito de los maestros para aprender de nuestra vida cotidiana descubrimos la importancia del poder de la respiración. Los deportistas se aseguran el aire en la medida en que saben conservar el oxígeno hasta el final. Cuando no lo logran, caen exhaustos. El movimiento se transforma en parálisis. El alpinista que no logra conquistar la cumbre confiesa más tarde que le faltó el aire, que se le acabó la respiración. Nadie como este alpinista para conducirnos una vez más a la montaña de la espiritualidad misionera. Evoquemos el triple movimiento con que ella nos desafía: Movimiento de ascensión propio de quien busca en lo alto del monte la presencia del Señor. Movimiento de apertura de horizontes como quiera que la subida permite llevar la mirada a límites insospechados y dilatar el corazón en la misma medida. Movimiento de bajada o de inserción misionera para hacerse todo a todos como lo anhelaba Pablo.

Este triple movimiento misionero, a la par del alpinista, puede paralizarse, desvanecerse, desaparecer si no cuenta con la adecuada respiración. ¿Cuál es la respiración que asegura ese triple movimiento misionero? San Agustín, San Martín y muchos otros han solido insistir en que la oración es la respiración del alma. Ella es quien asegura el triple movimiento misionero. Sin oración no hay espiritualidad misionera.

Con razón Alexis Carrel afirmaba que el hombre tiene tanta necesidad de orar, cuanto tiene su cuerpo de respirar. Y Cesbrón —en forma semejante— explicaba que la oración comprende dos tiempos como la respiración: la inspiración, cuando se inhala aire puro y tal es la oración. Lo demás, esto es, cuanto se hace durante el día, es la espiración.

No está lejos de estas imágenes la madre Teresa de Calcuta cuando dice que el motor de todas sus acciones es la oración.

Orar es respirar. Respirar es esencial cuando se enfrenta esa montaña de la espiritualidad misionera. Sin respiración, sin oración, el triple movimiento misionero termina como el alpinista fracasado, echado en el camino, sin alientos para ponerse nuevamente en pie.

EL SINDROME DE ACTIVACION

Cuando una persona es perseguida por un toro y su salvación está en saltar la cerca de dos metros, lo logra debido al peligro inminente. En condiciones normales, no lograría hacerlo aunque lo intentase varias veces.

En el momento de miedo, amenaza, angustia o peligro, el organismo desarrolla un conjunto de defensas cuyo nombre es el síndrome de activación. Hacen parte del mismo la dilatación de las pupilas, la mayor segregación de adrenalina, el aumento de la palpitación del corazón, la mayor velocidad de la sangre y sobre todo la respiración más acelerada debido a la mayor cantidad de oxígeno requerido.

El organismo humano nos ayuda a entender otras situaciones de índole espiritual. Las situaciones misioneras como las vividas por la Iglesia de los Hechos implicaban enfrentar la amenaza y el peligro. Hemos aludido a la parresía como don del Espíritu, fuerza adicional concedida para la misión. Nos faltó enfatizar el otro aspecto complementario: Ese don del Espíritu es concedido cuando las personas lo solicitan en la oración.

Esta oración se convierte en algo muy especial porque si ella es la respiración del alma, en los casos difíciles de la misión se transforma en una especie de síndrome de activación espiritual. Quiero decir que se vuelve más intensa, perseverante, muy sentida, reforzada por la unión comunitaria. En el contexto misionero la oración no puede dejar de ser comunitaria y perseverante pues son muchos los obstáculos que quieren frenar su triple movimiento espiritual.

Los Hechos de los Apóstoles evidencian por una parte esa doble característica de la oración —comunitaria y perseverante— y por otra cómo es ella respiración para el triple e inseparable movimiento misionero.

ORACION COMUNITARIA Y PERSEVERANTE

Después de la ascensión, los apóstoles dejaron el monte de los Olivos y regresaron a la sala superior que tenían a su disposición en una casa de Jerusalén. Lucas recuerda sus nombres y prosigue diciendo: “Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hechos 1,14).

Abandonados a sí mismos, los apóstoles ante todo se dedican a la oración. Es esa una oración hecha “con un solo corazón” y es perseverante.

Estos dos aspectos aparecerán luego al describir la comunidad cristiana después de Pentecostés: “Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu” (Hechos 2,46).

El término “con un solo espíritu” o “con un solo corazón” expresa la dimensión comunitaria, el profundo contacto, la íntima sintonía, la semejanza de sentimientos en la caridad. El término perseverancia, a su vez, quiere indicar algo así como agarrarse con fuerza a algo, en este caso a la oración. Se trata de relieves dos aspectos complementarios como son la intensidad y la asiduidad.

Ello no lo hace Lucas a través de afirmaciones explícitas que proclaman la perseverancia sino mostrando múltiples circunstancias en que los apóstoles y los cristianos oran. “En Jerusalén, Pedro va al templo para orar en la hora nona (3,1); en Joppe sube a la terraza de una casa para orar (10,9; 11,5). La oración acompaña los momentos importantes de

la vida de la comunidad: la elección del decimosegundo apóstol (1,24), la institución de los “siete” (6,6), la comunicación del Espíritu Santo a los samaritanos convertidos (8,15), el envío de los misioneros (13,3), la estructuración de las nuevas comunidades (14,23). Cuando mandan a Pedro a la cárcel, la Iglesia eleva incensantes oraciones por él (12,5), los cristianos se reúnen aparte para orar (12,12), y cuando Pedro y Juan son liberados, los apóstoles “alzan la voz hasta Dios” (4,24). Para obtener un milagro, Pedro ora (9,40) e igualmente Pablo (28,8). Pedro exhorta a Simón el mago a que ore para obtener el perdón de Dios (8,22) pero él responde que la oración de los apóstoles será más efectiva que la suya (8,24). Pablo ora después de las apariciones en Damasco (9,11), lo mismo hace en el templo de Jerusalén (22,17), y en la playa de Tiro (21,5) como en la prisión en Filipos junto con Silas cuando a medianoche con cantos y plegarias alababa al Señor (16,25).

Los cristianos gustan de definirse ellos mismos —inspirándose en Joel 2,5 (= Hechos 2,21), como los que invocan el nombre del Señor (Hechos 9,14.21).

La impresión del conjunto es que los primeros cristianos oraban continuamente. No hay duda de que Lucas quería hacer entender este aspecto, presentando a los creyentes orando en toda ocasión”¹.

Poner de manifiesto la perseverancia tan acentuada de la oración es la mejor manera de expresar esa necesidad misionera de la oración semejante a la respiración para un cuerpo vivo.

Pero dado que la respiración del alma llamada oración debe acompañar cada uno de los tres momentos que conforman la espiritualidad misionera, es conveniente aludir a cada uno de ellos.

1. DUPONT J, *Il testamento pastorale di san Paolo*, Ediciones Paulinas, Roma 1980, pp 497-498

ORACION Y ASCENSION

“¿Desde cuándo eres monje? Pregunté.

¿Un verdadero monje? Desde hace poco. Empleé cincuenta años escalando la montaña de la decisión.

Dime, ¿hay que comprender antes de decidir, o se decide y luego se comprende?

Si quieres de verdad seguir mi consejo —dijo— no hagas tantas preguntas y sube la montaña”².

La respuesta de este monje parece reflejar la situación de la Iglesia de los Hechos. Los primeros cristianos no se hacían tantas preguntas sobre la oración, simplemente oraban, esto es, subían la montaña del encuentro con el Señor. Aún más, son pocas las oraciones que Lucas presenta en su obra. Podrían reducirse a dos: la relacionada con la elección de Matías (Hechos 1,24-25) y la pronunciada a raíz de las amenazas narradas por Pedro y Juan pidiendo la parresía (Hechos 4,24-30). Por lo demás, más que oraciones Lucas nos presenta orantes, personas que tienen la maravillosa experiencia del encuentro con el Señor en la fe.

Son orantes en comunidad como los presentados en los sumarios (Hechos 2,42), u orantes por motivos apostólicos especiales como Pedro y Juan que oran para que el Espíritu descienda sobre los samaritanos (Hechos 8,15); u orantes en momentos duros y difíciles como en la persecución (Hechos 4,24-30) o en la muerte para pedir el encuentro con el Señor como se expresó Esteban (Hechos 7,59); u orantes forzados como Saulo derribado del caballo en diálogo con Jesús (Hechos 9,5) o ya espontáneamente cuando en Damasco en la calle recta en casa de Judas tenía visiones luego cumplidas con la presencia de Ananías (Hechos 9,12-18); u orantes como Cornelio, hombre temeroso de Dios cuyas oraciones

2. TEOFANE IL MONACO, *Fiabe del monastero magico*, Gribaudi, Turín 1988, p

suben como memorial ante la presencia de Dios (Hechos 10,1-4); o como Bernabé hombre bueno lleno de Espíritu Santo y de fe (Hechos 11,23-24); u orantes como la familia de Marcos y todos los que se reunían en su casa (Hechos 12,12); o Silas acompañando a Pablo en el encierro de la prisión (Hechos 16,25); u orantes como los sacerdotes de Mileto rodeando a Pablo todos de rodillas en el dolor de la despedida (Hechos 20,36); o el mismo Pablo que, rodeado de marineros asustados, da gracias a Dios al partir el pan (Hechos 27,35).

Todos estos orantes, como Moisés en el monte Sinaí o Elías en el Horeb, o Pedro, Santiago y Juan en el Tabor, se descubren frente a Dios, en su presencia, en comunicación con él. La oración es un compromiso de comunión en una presencia, en una intimidad con el Dios de Jesucristo en el dinamismo de su Espíritu. Dios se manifiesta entonces como el Santo, como el amigo, como el huésped o como el protector.

No es que en un acto de conquista y de humana pericia, el orante —como perfecto escalador— llega hasta Dios sino que él mismo en su bondad y en su amor lo toma y lo coloca en su presencia. El triunfo de la cumbre alcanzada es de Dios sólo, de su iniciativa, no del orante. Este tiene sólo que dejarse llevar como Teresa del Niño Jesús que optaba por el ascensor de Dios. Con razón dice Ireneo que es propio de la bondad de Dios el hacer y es propio de la naturaleza humana el ser hechos.

Propio de la naturaleza humana, no de una forma de vida religiosa, de una cultura, de una época. Ponerse en la presencia de Dios, dejarse cautivar por ella, entrar en esa intimidad maravillosa, tener la vivencia de la cumbre de la montaña, todo esto es propio de la naturaleza humana. Que sea el Dios de Israel, el Dios del pagano Cornelio o el Dios revelado en Cristo, lo importante es colocarse en su presencia.

El gran poeta hindú Tagore así oraba:

“Cada día, Señor de la vida,
me pondré en tu presencia;
con las manos juntas,
oh Dios de la tierra,
me pondré en tu presencia;
bajo tu cielo que orillas no tiene,
en silencio, escondido,
con corazón humilde,
con lágrimas en los ojos,
me pondré en tu presencia”.

Estar en la cumbre de la montaña o sea en presencia de Dios es una aspiración universal. En Africa alguien lo expresaba a su modo:

“¿Para qué sirve un árbol que no da sombra?
¿Para qué sirve una fortuna sin caridad?
¿Para qué sirve una vaca que no da leche?
¿Para qué sirve mi existencia, sin tu presencia, Señor?”.

Tan propio de la naturaleza humana es el orar que “no es posible definir al hombre sin recurrir a la comprensión de la oración. Por otra parte, no podemos comprender la verdadera naturaleza y el fin de la oración sin comprender la vocación total del hombre. ¿Quién es el hombre que ora? ¿Es oración el reflexionar sobre el misterio del propio ser? ¿Es oración el acto de admirar la grandeza del universo o de entender el significado de la propia existencia? Ciertamente éstos son actos fundamentales del hombre; en ellos él expresa su dignidad y su dinamismo hacia la verdad y la bondad, pero no puede todo ello identificarse con la oración”³.

Para que un acto pueda llamarse oración ha de poseer en su estructura interna tres aspectos indispensables:

3. HÁRING B. Ferrino “Preghiere”, en varios, *Nuovo Dizionario di spiritualità*. Ediciones Paulnas, Roma 1982, p 1260

1. la fe en un Dios personal, vivo, no en una fuerza impersonal.

2. La fe en la presencia real del mismo.

3. El diálogo entre el hombre y Dios cuya presencia se reconoce. La oración presupone una relación entre un yo y un tú.

Donde se ora con fe viva, el Espíritu Santo está presente y la gracia de Cristo no se excluye aun cuando el que ore no conozca ni a Jesús ni el misterio de la Trinidad⁴.

Naturalmente si Pedro o Pablo, Juan o Bernabé, Felipe o Santiago predicaban no solamente la fe en un Dios personal sino en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, estaban manifestando que la oración alcanza la máxima cumbre de la montaña espiritual cuando, en forma explícita y consciente, se realiza en Cristo quien llama a Dios como Padre, Abba. Entonces, no creemos solamente en un Dios personal, creador omnipotente sino que lo adoramos y amamos como Padre nuestro y del Señor Jesús. La oración de los apóstoles y la nuestra tiene su fundamento en la fe en Cristo y en el conocimiento que tenemos de él. Y porque él no es solamente la palabra definitiva y completa del Padre sino también la respuesta perfecta, nos unimos a él para ofrecer con él y por medio de él nuestra oración al Padre, con la guía y el dinamismo del Espíritu Santo.

“Orar es dejar que Jesucristo, en el dinamismo de su Espíritu, diga en lo más íntimo de nuestro corazón: “Padre”.

ORACION Y AMPLITUD

1. *Más allá de los lugares clásicos*

Una mujer muy devota y llena de amor de Dios solía ir a la iglesia todas las mañanas. Un buen día, tras haber recorrido

4. Cfr VARIOS, *Nuovo Dizionario di spiritualità*. Ediciones Paulnas, Roma 1982, pp 1260-1261.

el camino acostumbrado, llegó a la iglesia en el preciso momento en que debía empezar el culto litúrgico. Empujó la puerta pero ésta no se abrió. Volvió a empujar, esta vez con más fuerza, y comprobó que la puerta estaba cerrada con llave. Afligida por no haber podido asistir al culto por primera vez en muchos años, y no sabiendo qué hacer, miró hacia arriba... y justamente allí, frente a sus ojos vio una nota clavada en la puerta con una tachuela. La nota decía: “Estoy aquí afuera”. La firma era de Dios.

Podemos leer en esa nota de Dios una invitación misionera a ensanchar el espacio de la propia tienda de oración para encontrarlo más allá de los lugares clásicos, de los esquemas habituales. Sobre todo, a encontrarlo más allá de las fronteras de fe y de cultura que nos encierran. El movimiento de ascensión hacia el encuentro con Dios genera el movimiento de amplitud que torna aún más misionera la oración.

2. *Una criatura en expansión*

Teófane, el monje, en sus “Cuentos del monasterio mágico” nos habla de una criatura en expansión y contracción que según él es el monje pero no dudó en decir que es o debe ser todo cristiano. Dice él:

“Yo también soy un monje y sobre todas había una pregunta que me preocupaba: ¿Qué es un monje? Me decidí a preguntárselo pero como respuesta me dirigió otra pregunta bien extraña: ¿De día o de noche? No entendía lo que quería decir. Como no respondía, me explicó: Un monje, como cualquier otro, es una criatura en contracción y en expansión. De día está contraído —dentro de los muros del convento, en el hábito que viste, dedicado cuidadosamente a sus tareas cotidianas—. Pero de noche se expande —los

muros no pueden ya contenerlo. Se mueve de un lugar a otro de la tierra y llega a tocar las estrellas.

Poesía, pensé. Buscando llevar el tema a un nivel más abstracto, le dije: Quiere decir que durante el día en su cuerpo real... “Un momento”, dijo. Aquí radica la diferencia entre nosotros y ustedes. Generalmente se supone que el cuerpo verdadero es el contraído, y en cierto sentido es así: Pero aquí procuramos considerar las cosas en otro sentido, a partir de la expansión. Nosotros llamamos la condición diurna “el cuerpo de la naturaleza”. Sucede que mientras ustedes quieren juzgar a un monje por su decoro y por lo que hace durante el día, nosotros buscamos medirlo por el número de personas que logra alcanzar por la noche y por el número de estrellas que puede tocar”⁵.

De día o de noche, no importa. Pero que sea importante no vivir eternamente contraídos sino ser criaturas que saben de expansión, no hay duda. Decir que una persona vive una espiritualidad misionera es reconocer que se trata de una criatura capaz de superar la más cómoda contracción para acoger la más radical expansión.

Suele el Espíritu Santo lograr que el orante contraído se torne orante en expansión. De ello nos habla no sólo el mensaje de la orante insitada a encontrar a Dios aun fuera de los lugares clásicos o el monje del monasterio mágico sino especialmente el libro de los Hechos.

3. *Los cinco de Antioquía*

Se llamaban Bernabé, Simeón, Lucio, Manahén y Saulo. Eran de Antioquía y se distinguían por dos títulos muy especiales: Maestros y profetas. No nos dice Lucas quiénes eran los unos y quiénes los otros. Sólo nos relata cuanto les sucedió, evento que podemos considerar dividido en dos

5. TEOFANE IL MONACO, o. c., p 28

momentos especiales. El primero narra que “mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado” (Hechos 13,1-2).

Este primer momento encierra aspectos de mucho interés:

1. El grupo selecto de los cinco está celebrando un servicio litúrgico. Es un dato insólito en los Hechos. En ninguna otra ocasión se menciona una liturgia de las comunidades. El término tiene una connotación judía y sólo aparece una vez en Lucas cuando Zacarías (Lc 1,23) entra a celebrar el culto litúrgico.

2. El ayuno tiene también una connotación judía. Los judíos ayunaban una vez al año, mientras que los rabinos lo hacían varias veces con ocasión de peligro nacional. Este ayuno era extraordinario y debía tener una razón parecida. Parece tratarse de una oración oficial por la Iglesia de Jerusalén en ese momento en una situación de persecución.

Herodes, en efecto, había mandado matar a Santiago hermano de Juan y Pedro había tomado la determinación de ausentarse de Jerusalén. Nos encontramos frente a una oración intraeclesial, donde se ora y ayuna por la seguridad de una Iglesia local, la de Jerusalén.

3. El Espíritu Santo interrumpe esta celebración. La interrupción es un empujón hacia el futuro de la misión separando a Bernabé y a Pablo. Empujándolos hacia la misión, el Espíritu transforma la oración particular e intraeclesial —diríamos en contracción o según la forma clásica judía— en una oración misionera, universal.

El segundo momento es muy diferente del primero, debido a la intervención del Espíritu Santo: “Entonces, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y los enviaron” (Hechos 13,1-3).

Nuevamente aparece el ayuno y la oración pero esta vez con una proyección misionera muy bella. Es la oración por los enviados; se pide que les vaya bien en su misión. Un gesto expresa también este deseo: Imponer las manos sobre los dos enviados en señal de comunión y bendición y los despiden para ir hacia los paganos según el plan trazado por Jesús.

Este trozo —llamado justamente el icono de la misión—nos presenta el paso de una oración poco misionera, más proyectada al pasado y a la situación interna, a una oración muy misionera proyectada al futuro de la misión universal. Y ello gracias a la acción del Espíritu Santo que agarra a los discípulos para formar en ellos la figura misionera y orante de Jesús.

Los vidrios de las ventanas parecen muy limpios pero cuando los atraviesa un rayo de luz, dejan ver todas sus manchas y se siente la necesidad de limpiarlos. En la oración nos ponemos frente a Dios, el tres veces santo como lo llamaba Isaías, aparece el resplandor de su luz inefable siempre en expansión amorosa y ahí mismo nos percatamos no sólo de nuestra condición de pecadores sino de nuestro encerramiento antimisionero. Al mismo tiempo, en cambio de un juez descubrimos a un amigo, al amigo de los pecadores que no duda en llamarnos para enviarnos a continuar su misión.

Qué hermosa es la forma como Lope de Vega expresa esta verdad de la amistad que conduce a la misión:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

Esta amistad se concreta en una unión de voluntades. No se habla en el evento de los cinco de Antioquía de indecisión, de duda, de dilación. Inmediatamente impusieron las manos a Bernabé y a Saulo y los enviaron.

Razón tenía Kierkegaard cuando decía que la oración es auténtica no en cuanto Dios oye lo que se le pide, sino en cuanto el que ora continúa su oración hasta que oye lo que el Señor quiere de él. Para estar a la altura de la tarea descubierta como voluntad de Dios, el Espíritu ensancha el corazón para que se dilate a la medida de la misión universal. De esta dilatación hacía alusión san Agustín cuando comentaba: “No temas la llegada de tu Dios, no temas su amistad. No te achicará cuando llegue. Por el contrario, te ensanchará. Para que sepas que te ensanchará, no prometió sólo su llegada diciendo: “habitaré con ellos”, sino que te prometió ensancharte diciendo: “Y caminaré ahí”. Si amas, mira el espacio que te ofrece” (Sermón 23,7; PL 28,157).

Quien ora es un universo en expansión, un ser planetario, un hombre universal. De allí que es perfectamente comprensible la actitud de la contemplativa Teresa del Niño Jesús que se sentía misionera de una a otra parte del universo y desde el comienzo de los siglos hasta el fin de los tiempos: “Quisiera ser misionera no sólo por algunos años sino desde el comienzo del mundo hasta la consumación de los siglos” (Ma 251).

ORACION E INSERCION

Volvamos al monasterio mágico que nos ha servido para introducirnos en los dos movimientos de ascensión y amplitud.

“Hay un monje que no da consejos, sólo hace preguntas. Me habían dicho que sus preguntas podían ser una ayuda formidable y me fui a encontrarlo. Soy un párroco y he venido aquí para un retiro. ¿Podrías hacerme una de tus preguntas?”. Con mucho gusto, respondió. Mi pregunta es: ¿De qué tienen ellos necesidad?

Salí desilusionado. Estuve durante algunas horas reflexionando sobre la pregunta e imaginando una posible res-

puesta. Finalmente decidí volver donde él. Perdona, pero tal vez no me supe explicar bien. Tu pregunta me sirvió mucho pero me hubiera gustado utilizar este retiro no tanto para pensar en mi apostolado cuanto para meditar seriamente en mi vida espiritual. Podrías hacerme una pregunta más directamente relacionada con mi vida espiritual? Entiendo. Entonces esta es la pregunta: “¿De qué tienen ellos *realmente* necesidad?”

El fervoroso párroco quería una pregunta que facilitara su oración y su meditación, que lo llevara a las alturas de la espiritualidad, al encuentro e intimidad con Dios. El monje, en cambio, lo invitó a encontrar a Dios no en la subida de la montaña sino en el movimiento de bajada, en ese esfuerzo de inserción donde la pregunta decisiva no gira en torno a “mi vida espiritual” sino en torno a aquellos a quienes he sido enviado.

Una plantita sembrada en la arena fácilmente se muere. Sembrada en el humus de la tierra, crece y da fruto. El humus de la tierra también alimenta la vida espiritual. En otras palabras, Dios habla también desde la pura tierra y no sólo desde las altas cumbres. Podemos referirnos a la doble voz de Dios, una que llega de lo alto como en el Sinaí donde Moisés pudo escucharla y otra que brota de abajo, de la pequeña zarza y que manifiesta claramente “de qué tienen ellos realmente necesidad”.

“El hombre, imagen de Dios, nos revela el rostro de él en la medida en que nos acerquemos al prójimo con un amor generoso y desinteresado”.

Si acogemos al otro pero esperando una probable recompensa, no tiene lugar una verdadera trascendencia del yo hacia el otro. Pero si servimos al pobre con humildad, reconociendo el derecho que tiene a nuestra solidaridad con su dignidad y su miseria, entonces escuchamos la voz de Dios que brota no sólo de lo alto sino también desde abajo.

Desde abajo se manifiesta la voz de Dios para hacernos conscientes de lo que realmente los otros necesitan. Consideremos un evento de los Hechos muy especial. La institución de los “siete”:

“Por aquellos días, al multiplicarse los discípulos, hubo quejas de los helenitas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana. Los doce convocaron la asamblea de los discípulos y dijeron: “No parece bien que nosotros abandonemos la palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y sabiduría y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra” (Hechos 6,1-4).

Lafrance dice que “este episodio de los Hechos se podría titular: “Cómo la Iglesia, ayudada por el Espíritu, inventa nuevos ministerios cuando se sienten determinadas necesidades”. Tenemos que reconocer que hoy estamos lejos de esa práctica audaz de la Iglesia primitiva. Hacemos congresos, encuestas e innovaciones sin orar larga e intensamente para recibir de Dios los ministerios que él desearía darnos. Es urgente pasar de una Iglesia “policopiante” a una Iglesia que ora. El brazo de Dios no se ha acertado para inventar nuevas formas, pero no somos lo suficientemente audaces como para crear e inventar en la novedad del Espíritu”⁷.

En Jerusalén se detectaron las necesidades de los más débiles como eran las viudas. “Los doce convocan la asamblea de los discípulos y no se hace explícitamente mención de una oración en común pero, puesto que Pedro dice que los apóstoles deben permanecer “asiduos a la oración”, indica claramente el camino que se debe seguir y la manera de abordar los problemas”⁸.

7. LAFRANCE Jean, *Perseverantes en la oración*, Narcea, Madrid 1984, p 81.

8. Id, o c, p 81.

La historia se repite. “Los que más han trabajado en el mundo evangelizando o liberando a los pobres han sido a menudo hombres de oración continua, hombres que oraban siempre”⁹.

Aún más, hombres que consideraban la oración, fuente de verdadera alegría. No se puede edificar un mundo fraterno sin la oración. De ello no hay duda. Por otra parte, la pregunta: “¿De qué tienen ellos realmente necesidad?” lleva también a descubrir que la oración que no nace del sentido de responsabilidad frente a la historia actual, al drama del mundo y a la lucha de los pobres, es ambigua.

La oración que brota de una responsabilidad vivida es verdaderamente una garantía de que nuestro esfuerzo no decaerá. La oración de Moisés con los brazos en alto se traduce en victoria para su pueblo; su decaimiento se convierte en derrota. Hay una estrecha relación entre oración y lucha. “He combatido la batalla (...), he conservado la fe” (2Tm 4,7). Hay quien tiene fe y ora intensamente pero no combate ninguna batalla. Su fe no es de verdad fe. Hay quien combate la batalla pero no tiene fe, no sabe asumir la actitud vencedora de Moisés. Mañana podrá ser un desanimado o un desesperado. Quien combate la batalla y tiene fe traducida en oración, no desiste nunca porque su perspectiva penetra en los cielos.

El libro de los Hechos es una continua narración de lucha en el campo de las tensiones históricas sostenida por hombres y comunidades de fe y de oración que supieron tener en alto los brazos hasta la caída del sol como Moisés. Los brazos en alto quiere decir estar seguros y cimentados en esa certeza del cumplimiento del designio de Dios aunque muchos intenten ofrecer pruebas de que la esperanza cristiana es frágil y de que no sirve para cambiar nada.

Del comienzo al final, los Hechos nos ofrecen orantes que luchan por la causa del evangelio de Jesús. Son orantes

9. Id, o c, p 83.

que penetran —como Pablo y Bernabé— mundos diferentes, hostiles unos, amigables otros, pero difíciles todos, con el único deseo de que Cristo el Señor sea aceptado por todos, pueblos, culturas y personas y esa aceptación sea el surgir de hombres nuevos.

La oración apostólica que invoca el don del Espíritu es la premisa para la inserción misionera, desde cuando los apóstoles con María esperaban orando la venida del Espíritu que los lanzaría a todos los pueblos, para insertarse profundamente en ellos, con el fin de inculcar la buena noticia del evangelio.

Una nota final sobre el libro de los Hechos confirma lo anterior. Cuando Lucas escribió su obra, las comunidades cristianas habían perdido su entusiasmo misionero, se habían vuelto mediocres, estaban cansados esperando una parusía que no llegaba. Por ese motivo, Lucas desea presentar unos modelos misioneros llenos de entusiasmo, decididos a insertarse en todo pueblo con el fin de anunciar significativamente a Jesucristo y sostenidos fuertemente en la oración. Esos modelos no eran otros que Jesús por una parte —de allí la primera obra, el evangelio— y los apóstoles, incluido Pablo, por otra. Lucas —hemos visto— los presenta como hombres de oración, no simplemente como hombres que en ciertos momentos particulares realizan actos de oración.

Tal vez en el Evangelio de Marcos los momentos de oración son actos, pero en Lucas son situaciones permanentes. Jesús y los apóstoles son hombres de oración habitual, perseverante, constante y esa oración robustece continuamente la misión.

Lucas presenta a los discípulos en oración antes de los eventos misioneros más significativos:

Antes de la Pentecostés de los judíos (Hechos 1,14).

Antes de la Pentecostés de los samaritanos (Hechos 8,15).

Antes de la Pentecostés de los paganos (Hechos 20,9).
Antes del envío en misión de Bernabé y Pablo (Hechos 13,3).

Antes de estructurar nuevas comunidades (Hechos 14,23).

También la oración está presente durante los momentos más especiales como la prisión de Pedro, la lapidación de Esteban y la persecución.

Lucas presenta a Pablo orando también por el futuro de las comunidades. Cuando Pablo concluyó el discurso de Mileto en el que había expuesto las reales necesidades de los presbíteros y de sus comunidades, se puso de rodillas. El texto no nos ofrece el contenido de esta oración pero era la oración de un hombre que se había insertado profundamente en esas comunidades. Por eso, su oración no puede ser otra que por aquello de que tienen ellos realmente necesidad. Pablo lo expresó claramente en su discurso y luego en la oración. En efecto, observa Dupont: “Quien esté familiarizado con los usos hebreos y cristianos o solamente con los textos bíblicos, no puede ignorar que una oración, colocada como conclusión de un discurso, no hace otra cosa que retomar, en forma diferente, los temas principales de este discurso”¹⁰.

Pablo en Mileto, los apóstoles ante el problema de las viudas, y tantos otros protagonistas de los Hechos nos enseñan a unir estrechamente inserción y oración. Sólo así toma vida este tercer movimiento que junto con el de ascensión y el de amplitud, constituye la espiritualidad misionera.

10. DUPONT J, o c, p 505.

Actividades

1. Comenta, desde el punto de vista de la espiritualidad misionera, la bella oración de un rabino judío:
“Señor del universo, has de saber que los hijos de Israel sufren demasiado, merecen la liberación, tienen necesidad de ella.
Pero si por algún motivo que yo ignoro, no quieres aún concedérsela, todavía no, entonces libera a los otros pueblos, a las otras naciones. Pero hazlo pronto”.
2. Elabora una oración en que reconociendo y alabando a Dios como Padre, te sientes hermano universal y vibras, por tanto, con la dura condición de los que más sufren. Será una oración misionera, de ascensión, amplitud e inserción.
3. Escribe una reflexión sobre la siguiente narración de Teófanos, el Monje: “Me parecía fuese de buen augurio pasar la navidad en el monasterio mágico. Pero a los pies de la montaña estaba un mendigo ciego y cuando me acerqué para darle una moneda, escuché que murmuraba: ¿Quién me conducirá hasta el corazón de Dios? Fui incapaz de seguir. Tuve que pararme. ¿Quién lo habría llevado hasta el corazón de Dios? Me senté junto a él y tomé sus manos entre las mías. Juntos —le dije— entraremos juntos en el corazón de Dios”.
4. El salmo 98, que comienza invitando a cantar a Yavé un canto nuevo, es el salmo de la misión universal. El

toma los grandes temas de la salvación presentados por Isaías poniendo de relieve su perspectiva universal. Recita este salmo con piedad misionera, como se recita la oración que aclama al Señor rey de todos los pueblos. Busca un comentario sobre el salmo y léelo para profundizar aún más en el mismo.

5. Algunos cristianos se alejan de la oración con el pretexto de que lo importante es la vida. Promueve un debate con tus compañeros sobre la relación entre la oración y la vida, la oración y el compromiso.
6. Inventa tres metáforas que pongan de manifiesto el valor de la vida espiritual. Para ayudarte, te ofrezco dos, una de san Agustín y otra de san Francisco de Sales.
 - a) Emula a la pequeña hormiguita. Sé una hormiguita de Dios. Escucha la palabra de Dios y escóndela en tu corazón. Recoge bastante alimento durante los días alegres de tus veranos espirituales. Serás así capaz de soportar los días difíciles de la tentación durante los inviernos de tu alma (Discursos de Agustín 38,6).
 - b) “Hay tres grados en la vida cristiana: la vida del pecador que es como la del avestruz que no logra tomar vuelo. La vida de quien vive la caridad que es como la gallina que se levanta un poco y la vida de quien vive la devoción que es como el águila que se eleva hasta las alturas”.
7. Medita las siguientes afirmaciones tratando de descubrir en qué forma iluminan tu propia vida de oración:
“Es mejor orar con el corazón sin encontrar palabras, que encontrar bellas palabras y no ponerles el corazón” (Gandhi).
“Un cirio encendido no puede sustituir una espina dorsal” (Rosadoni).

“Hay que orar siempre como si la acción fuera inútil y actuar como si la oración fuese insuficiente” (Teresa del Niño Jesús).

“Para el hombre que ora mucho no hay ni desesperación ni amargura” (L. Bloy).

“En un mundo amenazado, el que no ora cuando puede es culpable de no haber auxiliado a una persona en peligro” (P. Jiménez).

8. Explica por qué la oración de santa Teresita del Niño Jesús es misionera, a partir de la consideración de sus propias palabras:

“¿El apostolado de la oración no es tal vez, para expresarlo así, más elevado que el de la palabra? Nuestra misión, como carmelitas es la de formar a los obreros del evangelio que salvarán millones de almas de las cuales nosotros seremos las madres”.

“Nuestra vocación no es la de ir a segar los campos de grano maduro. Jesús no dijo: Bajen la mirada, miren los campos y vayan a segar. Nuestra misión es aún más sublime. Consideren las palabras de Jesús: “Levanten los ojos y miren... (Jn 4,35). Miren cuántos lugares vacíos hay en el cielo; les toca a ustedes llenarlos. Ustedes son mis Moisés en oración sobre la montaña. Pídanme obreros y yo los mandaré. Sólo espero una oración, un suspiro del corazón”.

“Estoy convencida de que los remedios son inútiles para curarme. Pero me puse de acuerdo con Dios misericordioso para que sean de provecho para los pobres misioneros. No tienen ni tiempo, ni medios para curarse. Yo le pido que todas las curaciones que me hacen, los sanen a ellos”.

“Oración y sacrificio son toda mi fuerza; son las armas invisibles que Jesús me dio. Ellas llegan a tocar

las almas más que los discursos. Con frecuencia he tenido esta experiencia”.

“Quisiera ser misionera no sólo durante algunos años. Quisiera haberlo sido desde la creación del mundo hasta la consumación de los siglos”.

9. Para familiarizarte con las diversas religiones, une cada religión a su respectivo signo y a la persona que lo representa:

Budismo



Cristianismo



Hebraísmo



Musulmanismo



Taoísmo



Induismo



10. Todas las religiones se dirigen a Dios. Todos los seres claman a Dios, a ese Dios que está oculto a todos menos a Jesús. La palabra de Dios ha sido utilizada por todos pero de cuántas maneras tan diferentes.

Del siguiente texto de Martín Buber sobre la palabra Dios, saca cinco conclusiones misioneras:

“Es la más abrumada de cargas de todas las palabras humanas. Ninguna ha sido tan envilecida, tan

mutilada. Precisamente por esta razón no puedo abandonarla. Generaciones de hombres han depositado la carga de sus vidas angustiadas sobre esta palabra y la han abatido hasta dar con ella por tierra; yace ahora en el polvo y soporta todas esas cargas. Las razas humanas la han despedazado con sus facciones religiosas, han matado por ella y han muerto por ella y ostentan las huellas de sus dedos y su sangre. ¡Dónde podría encontrar una palabra como ésta para describir lo más elevado! Si escogiera el concepto más puro, más resplandeciente del santuario más resguardado de los filósofos, sólo podría capturar con él un producto del pensamiento, que no establece ligazón alguna. No podría capturar la presencia de aquel a quien las generaciones de hombres han honrado y degradado con su pavoroso vivir y morir. Me refiero a aquel a quien se refieren las generaciones de hombres atormentados por el infierno y golpeando a las puertas del cielo. Es cierto, ellos dibujan caricaturas y les ponen por título “Dios”; se asesinan unos a otros y dicen “en el nombre de Dios”. Pero cuando toda la locura y el engaño vuelven sobre el polvo, cuando los hombres se encuentran frente a él en la más solitaria oscuridad y ya no dicen “él, él”, sino que suspiran “Tú”, gritan “Tú”, todos ellos la misma palabra, y cuando agregan “Dios”, ¿no es acaso al verdadero Dios al que imploran, al único Dios viviente, al Dios de los hijos del hombre?”.

7. *Desapego misionero*

APEGO Y DESAPEGO: UNA PAREJA QUE HACE CRECER

“Me preguntó: ¿Qué buscas? Bueno, la verdad es que yo busco la perla de gran valor. El la sacó de un bolsillo y me la dio, sin más ni más. Quedé mudo. Cuando reaccioné le pregunté: ¿En serio, es para mí? ¿Estás seguro de que no la quieres conservar?”

Finalmente, me preguntó: ¿En tu opinión, qué es mejor, poseer la perla de gran valor o poderla donar?”

En todo caso, ahora la tengo yo. Y no se lo digo a nadie pues temo que no me van a creer. (¿Qué tú tienes la perla de gran valor? ¡No me digas!) o que despertaré la envidia de alguien, o simplemente que me la puedan robar.

Sí, yo la tengo. Pero permanece aún esa pregunta: ¿Es mejor poseerla o poderla donar? ¿Por cuánto tiempo aún me impedirá la alegría?”¹.

La perla de gran valor podría representar aquello a lo que me apego en la vida. Perla de gran valor era mi cuerpo cuando me encontraba en esa etapa que los psicólogos llaman narcisismo. Perla de gran valor eran mis padres, a quienes estaba apegado con total afecto. Eran seres perfectos, sin rastro de defecto. Perla de gran valor era también mi maestra. ¡Cómo sabía! Y perla de gran valor eran, en su

1. TEOFANE IL MONACO, *Fiabe del monastero magico*, Gribaudi, Turín 1988, p. 10.

momento, mis amigos del grupo, luego mi comunidad de vida cristiana y hasta mi partido político. ¡Cuántas realidades pasaron por mi vida colocándose el ropaje de perla de gran valor!

Pero en este instante cae muy bien traer a colación los versos de Antonio Machado:

“Dices que nada se pierde
y acaso dices verdad
pero todo lo perdemos
y todo nos perderá”.

Hasta la perla de gran valor, esa que aparece a lo largo de la vida, se pierde irremediamente pero también afortunadamente. Vivimos todos de apegos seguidos de desapegos. Para decirlo otra vez con A. Machado:

“Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar;
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar”.

El apego nos encierra afectivamente en estrechos horizontes. Es él un enamorarnos de una realidad que aprovecha de nuestro estar encantados para influir profundamente en nosotros positiva o negativamente.

Pero llega el desapego vestido de crisis. Es el momento de la liberación. Los estrechos muros en que se ha convertido el objeto de apego dejan de ser cárcel y se trocan en puentes que permiten una apertura a nuevos y más amplios horizontes.

El desapego del propio cuerpo, del amigo idolatrado, de la propia casa, nos lleva a abrirnos a nuevos apegos con su carga de valores y antivalores que a su vez se disuelven cuando surgen los correspondientes desapegos.

Apego sin desapego significa acabar con el crecimiento. Desapego sin apego es fuente de inseguridad, de crisis de identidad, de inestabilidad.

Apego y desapego son dos desafíos que se complementan no sólo en la vida síquica sino también en la espiritual. Ellos nos permiten mantener el movimiento que, con la fuerza del Espíritu, nos lleva hacia la perfección que se define sencillamente como seguimiento de Jesús.

Nos apegamos a las mediaciones pero nos desapegamos cuando ellas tienden a frenarnos, a reducir el movimiento espiritual o inclusive a paralizarlo.

Frente a la meta final, todo apego es útil pero ninguno es definitivo ni plenamente satisfactorio. Quién mejor que san Agustín para expresar esta verdad: “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón jamás descansará hasta que descanse en ti”.

Y en forma poética, los místicos como Teresa y Juan de la Cruz expresan esa necesidad de no pararse en la búsqueda del único y definitivo apego. Dice bellamente el santo:

Buscando mis amores
iré por estos montes y riberas,
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesuras
plantados por la mano del Amado,
Oh prado de verduras,
de flores esmaltado
decid si por vosotros ha pasado!

Si la espiritualidad nos exige un continuo desapego, ¡cuánto más la espiritualidad misionera y la vida misionera en toda su extensión! Hemos descrito la espiritualidad misionera como un triple movimiento de ascensión, de amplitud y de inserción. El apego favorece el movimiento como la meta estimula el movimiento del corredor, y el desapego garantiza que alcanzada una meta no se sienta del todo satisfecho sino que prosiga ese triple movimiento misionero que de suyo fronteras no posee.

Los Hechos de los Apóstoles nos ponen frente a los dramas del desapego. El cristianismo primitivo hubo de enfrentar varios desapegos con el fin de cumplir su misión. No nos referimos a ese desapego radical de la vida misma, que llevaba a apóstoles y discípulos a enfrentar valerosamente el martirio con la misma actitud de Pablo quien decía: “Para mí la vida es Cristo y el morir ganancia” (Flp 1,21). Nos referimos a otros desapegos que se tornaban necesarios para cumplir la misión encomendada por Cristo y que resumimos en las cinco Cees: *Cultura-comunidad-corazón-carácter-cosas*.

DESAPEGO DE LA CULTURA

“El verdadero problema está en los últimos cincuenta centímetros”. Así anotaba alguien que partió de su tierra para ir a llevar el evangelio a otros pueblos. Los miles de kilómetros de distancia que se recorren por tierra, mar o agua no son un problema. El problema —insisto— está en los últimos cincuenta centímetros cuando se enfrenta, cara a cara, una persona de cultura diferente y posiblemente de lengua diferente.

Se podría pensar que si al menos la lengua no fuese diferente, esos cincuenta centímetros no serían tan problemáticos. Pero ello no es seguro. Se pueden trasportar palabras —como se trasportan los ladrillos— más allá de las propias fronteras culturales pero la interpretación de las mismas depende del contexto en que son ubicadas por los destinatarios. Y ese contexto, a su vez, depende más de las pasadas experiencias y del ánimo actual de los mismos que de la buena voluntad de quienes comunican².

2. HESSELGRAVE David, *Communicatvny Chrst cross-culturally*, Editorial Zondervan, Grand Rapids 1978, p 68 Sobre este mismo asunto ver CASTRO Luis Augusto, *Beber en el pozo ajeno*, Ediciones Paulinas, Bogotá 1989

De manera que, aun llevando los ladrillos, la construcción resultante puede ser completamente diferente de la que quien lleva el mensaje se imagina. Y entender esa construcción no es tarea tan fácil.

“Uno no puede averiguar lo que otra persona quiere decir solamente estudiando algunas afirmaciones habladas o escritas. Para llegar a saber el significado preciso hay que conocer también cuál fue el interrogante (un interrogante presente en la mente de él y que él presupone que también está en la nuestra) al que con lo dicho o escrito quería responder”³. Y para complicar las cosas, esos interrogantes no siempre están incluidos en las afirmaciones explícitas. A veces se expresan en forma no verbal como presuposiciones o visiones del mundo aceptadas pacíficamente no tanto por la mente cuanto por el corazón.

Cuanto estamos diciendo sobre el destinatario del mensaje vale exactamente para todos y cada uno de nosotros. Tenemos visiones del mundo, compromisos implícitos del corazón, pacíficas presuposiciones que nos llevan a creer que el otro tiene en su mente el mismo tipo de interrogantes que nosotros albergamos. Y si somos de los que creen saberlo todo o de los que concluyen precipitadamente sin hacer un esfuerzo por entender los interrogantes ajenos, con mayor facilidad nos equivocamos.

“El borracho del pueblo con un periódico en la mano, se acercó tambaleando al cura y le saludó con toda cortesía. El cura, un tanto molesto, ignoró su saludo, porque el tipo venía bastante tomado. Pero se había acercado a él con un propósito: “Usted perdone, padre”, le dijo, “¿podría usted decirme qué es lo que produce la artritis?”. El cura hizo como si no lo oía. Pero cuando el otro repitió la pregunta, el cura se volvió enojado hacia él y le gritó: “¡La bebida produce

3. CONN Harvie M, *Eternal Word and Changine Words*, Ediciones Zondervan, Grand Rapids 1984, p 15

artritis! ¡El juego produce artritis! ¡El despilfarrar el dinero de la familia produce artritis! ¡El pasársela en bares y cantinas produce la artritis...!”. Y sólo después de unos instantes, ya demasiado tarde, le inquirió: “¿Por qué me lo preguntas?”. “Porque aquí, en el periódico, dice que es eso lo que padece el Papa”⁴.

Si el no averiguar bien sobre los interrogantes antes de contestar, lleva a equivocaciones grandes en la vida cotidiana, qué decir cuando de la misma forma se presenta el evangelio. Es aún más lamentable y peor cuando el contexto cultural difiere mucho del propio.

Definitivamente, el verdadero problema está en los últimos cincuenta centímetros. Estos cincuenta centímetros nos exigen algo muy importante: el desapego de la propia cultura como único punto de referencia para anunciar el evangelio. El desapego de la propia cultura es parte importante de una espiritualidad misionera y de su genuino sentido de catolicidad.

Desapego no quiere decir prescindir de la propia cultura —algo difícil de imaginarse— sino relativizarla con el fin de hacerse todo a todos como decía Pablo quien consideraba su cultura hebrea una “basura” y llamaba a su cultura griega una “tontería”.

El desapego cultural —que no es un fin en sí mismo— mira a poder comunicar, en forma comprensible a los demás, el evangelio, a partir de la riqueza cultural de ellos, en primer lugar de la lengua y del lenguaje. El desapego cultural implica, por tanto, vivir la vida sin hogar fijo, sintiéndose peregrino que acepta la propia pobreza cultural sin llamar nada suyo ni siquiera la lengua.

Los Hechos de los Apóstoles, precisamente, insisten en la importancia de la comprensión del mensaje por parte de

4. DE MELLO Anthony, *La oración de la rana II*, Sal Terrae, Santander 1988, p

los destinatarios. Una comprensión que ni en las diversidades culturales o lingüísticas debe encontrar barreras. Como sea, el evangelio debe ser comunicado como buena noticia y así captado por los destinatarios, no como enigmático jeroglífico incomprensible. Ello es tan importante, que no importa si para lograrlo se requiere un milagro: “Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: “¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa? Partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotania, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios” (Hechos 2,5-11).

Los apóstoles hablaron las lenguas de los pueblos allí representados y éstos los comprendían.

El evento admirable, que suscitó estupor, no es que tantos pueblos hayan comprendido el mensaje sino que los apóstoles lo hayan comunicado en la lengua de cada uno de ellos, en la lengua nativa. El evento admirable no es que los apóstoles hayan salido de su encerramiento para comunicar el mensaje sino que se haya superado la más difícil de todas las barreras humanas, la cultural, en su aspecto más típico como es el lingüístico. El evento admirable no es que los apóstoles hayan conocido el mensaje tan especial que debían comunicar sino que hayan dado muestras de conocer el mundo cultural al que ese mensaje estaba dirigido.

El desapego cultural no es entonces una especie de mortificación étnica para ganar méritos personales. Es un medio que desea facilitar al otro la comprensión del mensaje.

El milagro de hablar las lenguas de los otros en la trasmisión del mensaje encierra una lección clara: “Incumbe a la Iglesia asumir todas las lenguas de los hombres, todas las culturas de las que esas lenguas son una expresión y un vehículo. Su tarea no consiste en llevar a todos los hombres a entender la lengua de ella sino en hablarlas en la lengua de ellos. Su vocación universal le impide identificarse con una cultura particular”. Juan XXIII lo recordó en el discurso de apertura del Concilio: “Una cosa es el depósito de la fe, esto es, las verdades contenidas en nuestra doctrina y otra cosa es la fórmula con que son presentadas”. Su misión universal obliga a la Iglesia a traducir continuamente su propio mensaje para que sea comprensible a todos los hombres, de todos los pueblos y de todos los tiempos, según sus lenguas, culturas y modos de pensar. Es una tarea muy difícil pero precisamente para llevarla a cabo la Iglesia recibió el Espíritu Santo el día de Pentecostés”⁵.

Lo anterior nos salva de confundir el fenómeno de “hablar en lenguas” con el evento maravilloso de “hablar en otras lenguas”.

Hablar en lenguas, expresión paulina tan usada por los carismáticos, es algo que edifica a sí mismo pero no a los demás al menos que no se interprete lo que se quiere decir. Por ello Pablo, luego de hacer ver la inutilidad de hablar en lenguas, en forma incomprensible equivalente a hablar al viento, concluye diciendo: “En la asamblea prefiero decir cinco palabras con mi mente, para instruir a los demás, que diez mil en lengua” (1Co 14,19).

El objeto del desapego cultural es instruir a los demás, lograr comunicarles el mensaje de Jesús en forma comprensible a ellos.

5. DUPONT Jacques, *Nuovi studi sugli Atti degli Apostoli*, Ediciones Paulinas, Turín 1985, p 184

Cuando empezó su profesión, el erudito profesor quería enseñar todo lo que sabía y todo lo que no sabía. Pasados unos años, aprendió que debía enseñar solamente lo que sabía. Ultimamente, se dio cuenta, a raíz de un despojo de su propio yo, de que debía enseñar solamente lo que los demás podían comprender. También éste es despojo cultural.

La espiritualidad misionera a veces ha sido definida como *vivir el evangelio en tierra extraña*.

En tierra extraña la vida y la palabra pueden ser percibidas más como raros jeroglíficos que como signos comprensibles. Ello es debido al ropaje cultural diferente. Relativizarlo, no aferrarnos a él, nos permite captar los matices del otro ropaje y descubrir caminos de comunicación existencial del mensaje en forma comprensible a los destinatarios. Es una exigencia de la misión y un elemento específico de la espiritualidad misionera.

DESAPEGO DE LA COMUNIDAD

“El predicador estaba ese día más elocuente que nunca y todos, lo que se dice todos, soltaron las lágrimas. Bueno, no exactamente todos, porque en el primer banco estaba sentado un caballero totalmente insensible al sermón”.

Alguien le preguntó: “¿Cómo le pareció el sermón?” “Tan elocuente que daban ganas de llorar”. “¿Y por qué, si me permite, no ha llorado usted?”. “Porque no soy de esta parroquia”⁶.

Si el desapego cultural es difícil, no lo es menos el desapego de una comunidad en la que se ha vivido ligado por una fuerte tradición religiosa e identificado profundamente con ella.

6. Id, *La oración de la rana I*, Sal Terrae, Santander 1988, p 107

Sin embargo, la espiritualidad misionera —dada su exigencia de disponibilidad de hacerse todo a todos— requiere que incluya entre sus aspectos principales el desapego comunitario. No se trata de renegar de la propia fe, de pisotear las propias tradiciones, de olvidar el pasado religioso sino de lograr que la identificación con ese pasado deje una puerta abierta a la novedad religiosa del presente y del futuro para reconocer una presencia de Dios y de su Espíritu que sopla donde quiere. Se trata de aceptar cuanto san Agustín afirmaba: “Dios es amado por todo aquel que sea capaz de amar, sépalo o no lo sepa”. O de acoger cuanto decía santo Tomás: “Todo lo que es verdad, por cualquier persona sea manifestado, proviene del Espíritu Santo”.

El desapego de la comunidad posibilita, como lo recuerda el cardenal Poupard, la percepción desde dentro de los valores vividos por una comunidad diferente. Es una capacidad que proviene de cuanto Pascal llamaba “*esprit de finesse*”⁷. Pero se trata de una capacidad cuya consecución es difícil, ardua y aun dolorosa.

Los Hechos de los Apóstoles nos ofrecen dos situaciones que ilustran la dificultad y al mismo tiempo la necesidad de este desapego.

1. La situación de Pedro

Fuertemente apegado a su comunidad religiosa judía, Pedro no concibe cómo pueda superar esos aspectos de la misma, que son impedimentos para su apertura a los paganos. Dios mismo intervino para que Pedro rompiera una doble tradición religiosa.

La primera tiene que ver con el contacto con los extranjeros: “Vosotros sabéis que no le está permitido a un

7. Cfr CASIRAGHI Giampiero, *Chiesa locale e annuncio missionario*, EMI, Bologna 1988, p 66

judío juntarse con un extranjero ni entrar en su casa” (Hechos 10,28).

La segunda está relacionada con los alimentos. Pedro se enfrenta al Señor según el relato de él mismo: “Levántate, Pedro, sacrifica y come”. Pedro contestó: De ninguna manera, Señor; jamás he comido nada profano o impuro”. La voz le dijo por segunda vez: Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú profano. Esto se repitió tres veces” (Hechos 10,13-16).

Hay personas que nos caen tan mal que de ellas decimos: No las digiero. Las comparamos a alimentos de poco gusto. Esas personas son con frecuencia la comunidad religiosa opuesta a la nuestra. En el caso de Pedro esas personas eran los gentiles. Pero la visión que tiene lo coloca frente al deber de tener que digerirlas. La visión habla de animales puros e impuros pero bien anota Roloff examinando el contenido de la visión: “En ella no se trata de imponer a Pedro la aceptación de lo impuro; lo esencial es esa mezcla indiscriminada de puro e impuro (...). El sentido no radica en el mandato celeste, sino en el carácter alegórico de la visión. La mezcla de puro e impuro, cuya aceptación se impone a Pedro, se refiere a su futuro trato con hombres puros e impuros (...). Dios ha “purificado” lo impuro, escogiendo a los paganos para que entren a formar parte de la comunidad salvífica y enviando sobre ellos el Espíritu Santo”⁸.

“La visión entonces se propone “hacer entender a Pedro, por medio de una especie de parábola, que, en el plano salvífico de Dios, los judíos y los gentiles se encuentran en las mismas condiciones”⁹. Es una visión que busca mover a Pedro al desapego comunitario judío para que pueda acoger los desafíos que el Señor le presentará al enviarlo a la casa del pagano Cornelio, un extranjero impuro.

8. ROLOFF Jurgen, *Hechos de los apóstoles*, Cristiandad, Madrid 1984, p 231

9. WIKENHAUSER Alfred, *Atti degli Apostoli*, Morcelliana, Brescia 1979, p 160.

El desapego fue posible sólo cuando Pedro vio cómo Cornelio y toda su familia recibían el Espíritu Santo a la par de él y los demás judeocristianos. Pedro se rindió ante la evidencia. Lo reconocerá más tarde cuando tendrá que justificar su actuación ante los defensores de la circuncisión: “Si Dios les ha concedido el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poner obstáculos a Dios? (Hechos 11,17).

2. *El conflicto entre arameos y griegos*

La segunda situación donde aparece una dificultad para desapegarse de la propia tradición religiosa es el conflicto entre los de habla aramea y los de habla griega (Hechos 6,1-7). Ya que se trae a colación el habla de cada grupo se podría pensar que el asunto tiene que ver con el lenguaje. Y efectivamente así es. Pero no se trata de cualquier lenguaje sino del específicamente religioso.

La narración se centra en la discusión sobre el descuido por parte de los de lengua aramea de las viudas de aquellos de lengua griega. Las viudas, sin embargo, como que son utilizadas por Lucas para minimizar un problema que tenía raíces más profundas que un simple descuido.

El caso es que Lucas —hombre de paz y mansedumbre— tiene la filosofía particular de presentar la realidad en forma serena, bella, sin demasiados conflictos o reduciendo al máximo los roces. Pero la verdad es que se trata de un conflicto intraeclesial entre los cristianos de habla aramea y los de habla griega. El punto inicial, hemos dicho, tenía que ver con el lenguaje, en el sentido de la forma de expresarse en relación con el templo.

Los cristianos de lengua griega habían logrado un desapego del templo al que habían relativizado bastante. Los de lengua aramea tenían al templo en gran consideración y allí asistían cada día.

La visión tan diversa del templo los llevaba también a formar diferentes maneras de actuar, aunque también la diversidad de lengua influía en las dificultades.

Los helenistas hablaban griego correctamente, mientras que los hebreos mencionados hablaban arameo. Entre los dos grupos se creaba así una barrera lingüística que tuvo como consecuencia la separación litúrgica. Muy pronto, se supone, se llegó a celebrar la liturgia en grupos separados. Más allá de la celebración litúrgica, la separación se fue acentuando en lo relacionado con la idea del templo, que era un punto esencial para los arameos y, en cambio, era visto con mayor relatividad por los griegos.

Fue necesario que los de lengua griega tuviesen sus propios dirigentes, los siete diáconos encabezados por Esteban. Los apóstoles les impusieron las manos para conferirles el encargo que los capacitaría para el cumplimiento de su ministerio.

Para el grupo de lengua griega, la vida se iba complicando. El grupo fue tomando una actitud más crítica contra las costumbres judías en general y contra el templo en particular.

Ello provocó una hostilidad abierta por parte de las autoridades judías que desembocó en el martirio de Esteban y en una persecución continuada contra la comunidad helenista, que tuvo que huir de Jerusalén. Primero salen hacia otras zonas de Palestina: Felipe, uno de los siete, predica en Samaría. Luego se instalan en las ciudades de Asia Menor y de una manera especial, en Antioquía (Hechos 6-8)¹⁰.

Por su parte los cristianos de lengua aramea eran bien acogidos por los judíos como quiera que aún no fuese marcada la diferencia entre los unos y los otros.

10. OLORIZ Jesús, *Las primeras comunidades cristianas*, Verbo Divino, Estella 1987, p 4.

La crisis de las revoluciones científicas es un libro¹¹ en el que se hace ver cómo las ciencias entran en crisis cuando aparecen elementos nuevos que no encajan en los postulados y principios hasta ahora vigentes. Entonces la ciencia debe ensancharse cambiando algunos estrechos postulados de manera tal que pueda incluir una coherente explicación de los nuevos fenómenos. De lo contrario esa ciencia se acaba por irrelevante e inútil. Una crisis semejante aconteció en la comunidad cristiana primitiva. Esteban y demás diáconos son la expresión de un elemento nuevo recibido de Cristo que exige de la comunidad una apertura, una manera más amplia de percibir, una disponibilidad a lo diferente sólo en apariencia negativa o amenazador. Los apóstoles tuvieron esta disponibilidad mas no así toda la comunidad cristiana. Cuánto malestar habrá generado el apego al templo de los unos frente al ágil desapego de los otros.

Aquellos viendo el terrible fin que tuvo Esteban, habrán dicho: “Eso le pasa por meterse de profeta; qué necesidad tenía de hablar contra el templo, de dárseles de avanzado, de romper la paz y la armonía de que gozábamos. ahora, véanlos a todos ellos perseguidos”.

No todo lo nuevo es obra del Espíritu; la novedad, sin embargo, es una de las grandes tareas de quien es capaz de renovar todas las cosas. Y cuando acontece la novedad que viene del Espíritu, la comunidad se siente desafiada a desapegarse de todo aquello que impide su acogida. Optar por la rigidez genera un conflicto y a veces un conflicto espiritual tan brutal como una guerra humana.

11. Es el libro de Thomas S. Kuhn donde hace ver cómo la ciencia y la investigación se esfuerzan por lograr que la naturaleza encaje en los compartimientos conceptuales suministrados por su educación profesional. Estos compartimientos llamados paradigmas entran en crisis cuando un elemento nuevo no se logra que encaje en los mismos.

“El cuervo se hizo a un enorme pedazo de carne. Tomó altura para estar seguro pero descubrió que los otros cuervos lo seguían. Subía, bajaba, aguantaba los picotazos, pero no lograba deshacerse de ellos. Al fin soltó la carne. Los cuervos que lo perseguían se lanzaron en pos de la carne y nuestro cuervo pudo exclamar: ¡Al fin, todo el cielo me pertenece!¹².”

Carecemos de pico. Pero lo que más queremos no lo agarramos ni siquiera con las manos sino con el corazón. El es la sede de los sentimientos, de los valores afectivos, de la sabiduría, de la vida espiritual. Por ser sede de lo máspreciado, no puede dejar de vigilar: “yo duermo, pero mi corazón vela”.

Por eso, cuando algo o alguien entra en el corazón, no es fácil que salga de él. Llevar algo en el corazón es sentir un apego especial por esa realidad. Y ya nos sentimos acorralados, perseguidos, picoteados, defendemos lo que en el corazón llevamos.

Dice García Lorca que el corazón nos corre a veces por todo el cuerpo, como si fuera un perro perseguido. Qué dramas los del corazón. Antonio Machado lo expresaba en bella y sucinta poesía:

“Hora de mi corazón
la hora de una esperanza
y una desesperación”.

De una desesperación cuando sabemos que lo hemos apegado a algo que en definitiva nos impide decir como el cuervo: “Finalmente todo el cielo me pertenece”.

Hay en la vida de Pablo algo tan apegado al corazón que, aunque quiera, no logra soltar y se convierte en freno para su misión universal. Se trata de la sinagoga. El libro de los Hechos nos narra todo un proceso de liberación de Pablo

12. DE MELLO Anthony *El canto del pajarero*, Sal Terrae, Santander 1982, p 178

en relación con la sinagoga. No era fácil. Como todos los niños judíos de Tarso, Pablo aprendió las tradiciones de su propio pueblo a través de una instrucción regular recibida en la sinagoga local.

Había llegado a Jerusalén unos años antes de la muerte de Esteban en calidad de alumno a formarse en la escuela del sabio rabino Gamaliel. Según su propio testimonio, fue un alumno aventajado. El haber nacido y haber sido educado judío, constituye para Pablo una base muy importante para su ulterior modo de pensar y de comportarse.

“Compara todo el pueblo de Dios (los israelitas del Antiguo Testamento junto con los cristianos gentiles) a un olivo que hunde sus raíces en el Antiguo Testamento, y los cristianos gentiles han sido injertados como un nuevo retoño en su tronco, en tanto que algunas de las ramas (judías) han sido cortadas, si bien serán restauradas a su debido tiempo. Efectivamente, la situación presente es pasajera. Aunque pueda parecer a algunos que “el pueblo de Dios” son ahora los gentiles, en realidad Dios les ha permitido entrar con el fin de animar al pueblo judío a una mayor obediencia”¹³ (Cfr Rm 11,13-26).

Esta manera de pensar corre paralela a su modo de actuar. Siempre que llegaba a una nueva ciudad de cualquier sitio desconocido del Imperio, iba ante todo a visitar la sinagoga judía. No hay duda de que tendría sus razones para hacerlo. ¿Sólo razones teológico-pastorales o tal vez un cierto apego del corazón a la sinagoga? Probablemente las dos cosas apoyándose mutuamente.

Para Rius Camps se trata de una táctica equivocada: “La táctica adoptada por Pablo de dirigirse a los judíos como pueblo privilegiado y sólo secundariamente a los paganos

13. DRANE John, *La vida de la primitiva Iglesia*. Verbo Divino, Estella 1987, pp 41-42

seguirá pesando como una losa en el decurso de la misión y llevará ahora a consecuencias desastrosas”¹⁴.

Su visión del libro de los Hechos gira en torno al desapego del corazón. Sostiene él que “el propósito de Lucas al detenerse tan largamente en su figura y contar con tanto detalle una larga serie de episodios, es, en primer lugar, delinear el éxito de la misión cristiana a pesar de los obstáculos que oponen sus protagonistas; al mismo tiempo, va exponiendo el proceso de liberación que experimenta Pablo respecto a las categorías judías que aún subsistían en él. Cuando Pablo, como antes Pedro y Felipe, ha llegado a la plena comprensión y aceptación de la misión que el Señor le había confiado, desprendiéndose de los últimos restos de su mentalidad judía, acaba el libro. La misión puede ejercerse ya en la humanidad entera”¹⁵.

Es la victoria completa de la misión sobre los apegos del corazón. El mensaje de Jesús y la fuerza del Espíritu triunfaron sobre el corazón de Pablo para que libre de trabas se dedicara a su actividad misionera.

DESAPEGO DEL CARACTER

Le llegó por primera vez una bicicleta. Naturalmente, todo el día estuvo montando. El día siguiente tampoco se bajó de la bicicleta. El domingo salió muy temprano y se le olvidó ir a la misa como era su costumbre todos los domingos. Le aconteció lo mismo el domingo siguiente. Pero al llegar el otro domingo volvió a la misa. Solo que, diversamente de como solía hacerlo, esta vez fue a la iglesia en bicicleta y no a pie

El ejemplo de un famoso teólogo llamado Karl Rahner nos sirve a nosotros como le sirvió a él para ilustrar cómo

14. RIUS-CAMPS J, *El camino de Pablo a la misión de los paganos*. Cristiandad, Madrid 1984, p 55

15. Id, o c, p 301.

toda persona crece mediante un doble proceso de diferenciación e integración

En la diferenciación nos abrimos a lo nuevo, a lo diferente, a lo que nos desafía. El experimentar por primera vez una bicicleta propia es un momento de diferenciación. Hay el entusiasmo de la novedad.

En la integración asimilamos la novedad en nuestro ser, en nuestro carácter. El joven que había olvidado —por el entusiasmo de la bicicleta— sus deberes religiosos, integra la novedad en su vida anterior recuperando el equilibrio que se había roto.

La diferenciación, en efecto, nos desequilibra momentáneamente. La integración conquista un nuevo equilibrio. Dejamos de crecer cuando la integración se separa de la diferenciación.

Por comodidad o cansancio nos declaramos plenamente integrados, completamente realizados, suficientemente crecidos y nos eximimos de la diferenciación y de la novedad que la acompaña. Nos detenemos en una integración pasada y la declaramos suficiente para nosotros. “Un oso recorría constantemente, arriba y abajo, los seis metros de largo de su jaula. Cuando, al cabo de cinco años, quitaron la jaula, el oso seguía recorriendo arriba y abajo los mismos seis metros, como si aún estuviera en la jaula. Y lo estaba. para él”¹⁶

Nos puede pasar como al oso. Quedamos atrapados en una integración pasada —los mismos seis metros— sin imaginarnos en las tantas posibilidades de vida que aún podríamos poner en ejecución.

Afortunados si en esos momentos de muerte psicológica o de letargo síquico y espiritual tenemos un sacudón, una crisis fuerte, un corrientazo que nos haga sentir aún vivos,

¹⁶ DE MELLO Anthony *La oración de la rana II*. Sal Terrae Santander 1988 p 112

que nuestro carácter puede aún asimilar la novedad, lo diferente, el otro en su ser diverso.

El doble dinamismo de la integración —diferenciación nos ayuda a entender a algunos personajes del libro de los Hechos de los Apóstoles, que podrían definirse como difíciles por su falta de apertura a la diferenciación.

Recordamos a Santiago llamado hermano del Señor. Hombre venerable y santo —se dice que tenía rodillas de camello de tanto rezar y murió mártir— sucedió a Pedro en Jerusalén. No habiendo tenido la experiencia de las comunidades mixtas, condujo a su Iglesia por los senderos de una estrecha observancia de la ley judía, en forma rígida y, en cierta forma antimisionera.

De Jerusalén partían los judaizantes para hacerles la vida difícil a Pablo y a Pedro todo lo cual desembocó en incidentes entre los dos apóstoles (Ver Ga 2,11-16). Mientras que la tendencia de Pablo era hacia la novedad del cristianismo sin los rezagos de la ley, la de Santiago era la de conducir un cristianismo observante de la ley, encerrado en sí mismo y a la defensiva.

Fuertemente judeocristiana, practicante de la circuncisión, defensora de la obligatoriedad de las normas del Antiguo Testamento y organizada como las comunidades judías con un colegio de presbíteros a su cabeza, la Iglesia dirigida por Santiago era más dada a crear comunidad en torno a la ley que a abrirse a la misión con entusiasmo. De allí la frialdad de la acogida brindada a Pablo cuando regresó a Jerusalén.

El pensaba que sería acogido con el cariño que merece un gran misionero y se encontró con el carácter duro de Santiago y de su prebiterio quienes le hicieron múltiples exigencias muy poco misioneras. Esa rigidez de carácter que comunicaba a su Iglesia, impedía a Santiago vivir en pleni-

tud su cristianismo con esa dimensión de catolicidad propia de otras Iglesias.

Sucede que el desapego de carácter es condición ineludible de catolicidad. Nuestro carácter le da un tono a nuestra espiritualidad y a nuestra teología así como ésta podría influir en aquél. Se trata de saber cuál tiene su preponderancia sobre el otro. En el caso de Santiago la novedad del cristianismo se empobreció por aquello de que “lo que se recibe, según el modo de ser del recipiente se recibe”.

Cuando una persona dice convencida: “A mí no me cambia nadie” o “Yo soy así y basta” o “loro viejo no aprende a hablar”, está declarando cuán poco vive una espiritualidad misionera, al estilo de Pablo que lo llevaba a hacerse todo a todos.

DESAPEGO DE LAS COSAS

Lo cuenta San Atanasio refiriéndose a la vida de san Antonio abad.

Llegó donde el abad Antonio un joven que, desilusionado de la vida, decidió hacerse monje. Vendió, por tanto, todos sus bienes y dejó para sí solamente el mínimo indispensable. Se presentó a Antonio quien lo recibió amablemente y le dijo: “¿Has renunciado a toda riqueza?” “Sí, Padre, vendí todo lo que tenía y dejé únicamente el mínimo indispensable”.

“Si quieres ser monje —le dijo Antonio— ve a la aldea cercana, compra carne, cúbrete todo el cuerpo con ella y regresa aquí”.

Aunque muy extrañado, el joven obedeció. Compró la carne, se cubrió el cuerpo y regresó. Fue un regreso demasiado amargo. Apenas salió de la tienda, una jauría de perros se le abalanzó; miles de insectos formaron una nube a su

alrededor; un ejército de cuervos lo asaltó quedando herido por todas partes.

Cuando regresó, Antonio le dijo: “Ves, los que renuncian a todo y al mismo tiempo desean conservar el mínimo indispensable, terminan como tú. Ese mínimo se cambiará en doloroso tormento”.

Cuenta Lucas, refiriéndose a la primera comunidad cristiana, que “no había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartía a cada uno según su necesidad.

José llamado por los apóstoles Bernabé (que significa “hijo de la exhortación”), levita y originario de Chipre, tenía un campo; lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles”. (Hechos 4,36-37).

Seguramente, viendo el aprecio con que había sido recibido el gesto de Bernabé, Ananías y Safira quisieron recibir la misma estimación por parte de la comunidad.

“Ananías, de acuerdo con su mujer Safira, vendió una propiedad, y quedó con una parte del precio, sabiéndolo también su mujer; la otra parte la trajo y la puso a los pies de los apóstoles. Pedro le dijo: “Ananías, ¿cómo es que Satanás llenó tu corazón para mentir al Espíritu Santo, y quedaste con parte del precio del campo? ¿Es que mientras lo tenías no era tuyo, y una vez vendido no podías disponer del precio? ¿Por qué determinaste en tu corazón hacer esto? No has mentido a los hombres sino a Dios”. Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró” (Hechos 5,1-5).

No tuvo tiempo. De lo contrario, tal vez Ananías habría respondido: “Sólo dejé lo mínimo indispensable”.

El apego a las cosas, aunque sea a lo mínimo indispensable, puede convertirse en un obstáculo para la misión. Llevó a Ananías y Safira a mentir y a otros los lleva a

desertar de la misión asignada. Las cosas pueden frenar el movimiento misionero como se frena una máquina cuando le entra un pequeño e insignificante cuerpo extraño. La relación con las cosas —que hemos de usar como un canal por donde pasan y no como concha donde se detienen— es un signo de nuestra relación misionera con la historia, con la justicia, con la solidaridad que Bernabé demostró en modo admirable y que hace parte de la entrega misionera.

Al famoso rabino a quien fueron a visitar los turistas, éstos le preguntaron: ¿Dónde están tus muebles?” El contestó: ¿dónde están los de ustedes?” “Nosotros somos turistas”, replicaron. “Yo también”, dijo él. Estoy de pasada.

El desapego de las cosas, que garantiza siga adelante el movimiento misionero, se presenta como una exigencia concreta y desafiante de la espiritualidad misionera. San Juan de la Cruz algo de ello quería indicarnos cuando prácticamente se refería a los desapegos de gustos y placeres:

“Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.
Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.
Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada”.

Nada, nada, nada, es la renuncia a todo apego que no permite el triple movimiento misionero, que no deja amar en plenitud. Insiste san Juan de la Cruz en este desapego como medida que abre espacio al amor:

“Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal, en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amor es mi ejercicio”.

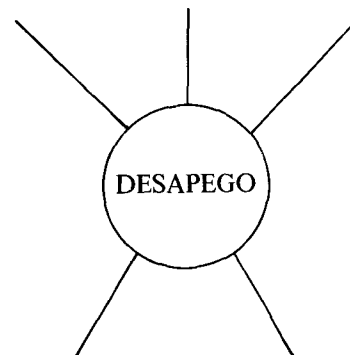
Actividades

1. Trae a tu memoria aquello a lo que te apegabas fuertemente (mas no ahora):

A los 10 años a los 15 años a los 20 años a los 30 años

--	--	--	--

2. Escribe los valores que descubriste cuando te apegaste con entusiasmo a alguien o a algo.
3. Recuerda las dimensiones del desapego ubicándolas en la estrella siguiente:



4. Identifica los desapegos de los cristianos según la descripción que de ellos se hace en el “Discurso a Diogneto”.

“Los cristianos no se diferencian del resto de los hombres ni por su tierra, ni por su idioma, ni por sus costumbres. Pues no habitan ciudades propias, ni usan un dialecto extraño, ni llevan una vida aparte de los demás... Pero, viviendo en ciudades griegas o bárbaras, según le tocó en suerte a cada uno, y siguiendo los usos de cada país en comida, vestido y en lo demás, tienen un comportamiento admirable y sorprendente, según todos confiesan. Habitan su patria, pero como extranjeros; participan en todo como ciudadanos, y todo lo aguantan como extranjeros; para ellos toda la tierra extraña es su patria, y toda patria, tierra extraña. Como todos se casan y engendran, pero no dejan expuestos los hijos que les nacen. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, pero las sobrepasan con su vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Todo les falta y en todo abundan. Los desprecian y ellos bendicen. En una palabra, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo”.

5. Considera los cinco desapegos de que trata el capítulo (las cinco Cees). Identifica en el evangelio dos frases de Jesús por cada desapego.
6. Unete a los santos para pedir la gracia del desapego de sí y de las cosas y del apego a Dios. Aprende esta oración de san Ignacio de Loyola para que la recites cada día:

“Toma, oh Señor, y recibe toda mi libertad, mi memoria, mi inteligencia y toda mi voluntad. Todo lo que tengo y poseo tú me lo has dado. A ti, oh Señor, lo

vuelvo a entregar. Todo es tuyo. Dispón según tu voluntad. Dame tu amor y tu gracia, y esto me basta”.

7. Identifica los apegos y los desapegos a que debe llegar América Latina para realizar cuanto dice el siguiente texto:

“La liberación de América Latina consiste en cambiar de camino para tomar el que conduce a la futura, aunque ya presente en germen, civilización del amor y de la verdad. De esta manera el continente católico prodigiosamente se trasmuta en “el continente de la esperanza” (CORSI, C. *La Liberación* p 631).

8. Comenta el siguiente texto para poner de manifiesto el apego esencial y sus peligos:

“Muchos teólogos hoy, siguiendo a Karl Rahner, son del parecer que el hombre nace con el sentido de Dios, una especie de sexto sentido que lo orienta hacia Dios, que le da la capacidad de captar a Dios; un sentido de Dios que tiene necesidad de ser despertado, pero que también es susceptible de ser desorientado, desviado e inclusive nunca utilizado. Es como el ojo que tiene la posibilidad de ver pero que puede quedarse ciego” (Cassiraghi, 56).

9. ¿Pueden los apegos negativos dañar nuestra espiritualidad trasformándola de espiritualidad “ad gentes” en espiritualidad “contra gentes”?

Para dar una respuesta personal, reflexiona antes sobre la siguiente analogía entre la religión hoy y la energía nuclear.

“Nuestro problema en el campo de la religión es semejante al del científico que busca caminos para liberar el potencial de la energía nuclear. El problema con la energía nuclear es encontrar modos de liberar el

tremendo poder del átomo sin el peligro del escape mortal de residuos radioactivos. En la religión el problema es cómo liberar ese enorme poder de la fe humana y de la devoción sin el escape mortal del odio destructor y de las mutuas discordias que con frecuencia han producido”.

10. Haz una investigación sobre los grandes misioneros para identificar en ellos algunos desapegos y algunos apegos.

—San Francisco de Asís, llamado el cristiano más grande después de Cristo.

—Fray Bartolomé de las Casas, llamado el defensor de los indígenas.

—Teresa de Jesús, la gran reformadora del Carmelo que quería dejarse decapitar por los moros.

—Mateo Ricci, el grande puente entre Oriente y Occidente.

—Luis María Chanel, el primer mártir de Oceanía.

—Guillermo Massaia, el evangelizador de los etiópicos.

—San Francisco Javier, evangelizador incansable del Oriente.

—Toribio de Mogrovejo, el gran arzobispo misionero de Lima.

8. *Paciencia misionera*

DEMOSLE TIEMPO AL TIEMPO

Quise ilustrar algunos de los capítulos anteriores con breves narraciones de las obras de Anthony de Mello. Intenté hacer lo mismo para este capítulo sobre la paciencia misionera. Escogí el libro llamado “¿Quién puede hacer que amanezca?” pero inútil fue la búsqueda. De la paciencia no dice ni una palabra. Cerré el libro un poco disgustado y ante mis ojos quedó nuevamente el título: “¿Quién puede hacer que amanezca?”. Inmediatamente me dije: “Pero si esto es lo que estoy buscando, es el ejemplo preciso”.

En efecto, si son las dos de la mañana y estoy desvelado, sin poder dormir, me gustaría decir: “Que se acabe la noche ya, para hacer algo a la luz del sol”. Pero, en realidad, “¿quién puede hacer que amanezca?”. Hay que tener paciencia. La luz ha de llegar, poco a poco, más no se anticipa por un esfuerzo o un deseo por intenso que sea. Hay momentos de oscuridad, momentos de penumbra, de luz de alborada y de luz meridiana. Cada uno debe ser aceptado en su duración y calidad aunque se quisiese otro tipo de luz.

Cuanto acontece en la vida diaria nos ayuda a entender la paciencia misionera como aceptación de la gradualidad, de los ritmos de crecimiento, del desarrollo progresivo, de la natural lentitud exigida para una verdadera maduración de los seres vivos.

La liturgia nos ofrece también un signo de la paciencia misionera, cuando el viernes santo la Iglesia muestra la cruz paulatinamente. Primero se descubre un brazo, luego el otro, posteriormente la cabeza y, en fin, el resto del cuerpo.

El sábado santo nos presenta el mismo signo. Las tinieblas envuelven el templo pero algo se disipan al encender el cirio pascual. Luego se encienden las otras velas y en fin se prende toda luz. Se pasó de las tinieblas a la luz en forma gradual, paulatina. Tal vez algún sacristán atolondrado quisiera encender toda luz de inmediato pero también él debe esperar pacientemente aceptando el ritmo indicado por la liturgia.

Estos signos litúrgicos nos hablan mejor de la paciencia misionera que las complicadas definiciones.

Son signos, ante todo, de la paciencia de Dios hacia los hombres. Qué bien la reconocía Teresa del Niño Jesús cuando “cuenta cómo el buen Dios no le reveló de improviso todo lo que habría de sufrir posiblemente para que no se sintiera aplastada de antemano por la magnitud de aquello que le esperaba, sino que, gradualmente, fue comunicándole, a través de acontecimientos y circunstancias, de luces y sombras... las exigencias dolorosas de cada momento determinado, que la santa ofrecía a medida que las experimentaba”¹. Porque era débil y pequeñita —como ella se definía— Dios se adaptó a su debilidad.

Tal es la pedagogía de Dios que sólo paso a paso descubre los secretos de su amor para que todo el mundo, oyendo crea en el anuncio de la salvación, creyendo espere y esperando ame².

Gandhi decía que los molinos de Dios muelen lentamente. Paciencia misionera es ese arte del paso a paso; del

1. LOPEZ-MECUS Francisco, *Las bienaventuranzas*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 86.

2. Cfr DV 2.

acomodarse a la debilidad del otro para evitar aplastarlo con mensajes de amor maravilloso pero excesivamente pesados para su condición. Paciencia misionera es dar tiempo al tiempo, sin dejarse llevar por la impresión de que todo hay que hacerlo ya, como si el fin del mundo debiese acontecer mañana por la tarde. Decía el filósofo Kierkegaard que “Dios tiene un arma formidable a su disposición: el tiempo”. También nosotros podemos utilizarla.

LA PACIENCIA EN LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES

Profundicemos el tema de la paciencia misionera siguiendo el libro de los Hechos de los Apóstoles. Especialmente fue Pablo el implicado. Sucedió en Listra a raíz de la intervención de un tullido que encontraron Pablo y Bernabé. El capítulo 14 nos narra la escena de la curación y sus consecuencias.

Sobre la curación es suficiente evocar lo especial: “Había allí, sentado, un hombre tullido de pies, cojo de nacimiento y que nunca había andado. Este escuchaba a Pablo que hablaba.

Pablo fijó en él su mirada y viendo que tenía fe para ser curado, le dijo con fuerte voz: “Ponte derecho sobre tus pies”. Y él dio un salto y se puso a caminar. La gente, al ver lo que Pablo había hecho, empezó a gritar en licaonio: “Los dioses han bajado hasta nosotros en figura de hombres”. A Bernabé le llamaban Zeus y a Pablo Hermes, porque era quien dirigía la palabra. El sacerdote (...) a una con la gente se disponía a sacrificar” (Hechos 14,8-11.12.13).

Las consecuencias de esta actitud son la reacción de Bernabé y Pablo y el discurso de éste último: “Amigos, ¿por qué hacéis esto? Nosotros somos también hombres, de igual condición que vosotros, que os predicamos que abandonéis estas cosas vanas y os volváis al Dios vivo que hizo el cielo, la

tierra, el mar y cuanto en ellos hay, y que en las generaciones pasadas permitió que todas las naciones siguieran sus propios caminos; si bien no dejó de dar testimonio de sí mismo, derramando bienes, enviándonos desde el cielo lluvia y estaciones fructíferas, llenando vuestros corazones de sustento y alegría” (Hechos 14,15-17).

Al oír lo que la gente de Listra exclamaba sobre Pablo y Bernabé, éstos rasgaron sus vestiduras, lo que hoy llamamos escandalizarse al máximo. Pero al oír lo que Pablo dijo a los de Listra, muchos comentaristas modernos también se rasgan las vestiduras. Se escandalizan sobremanera por el breve discurso de Pablo.

Varias han sido las explicaciones intentadas sobre el porqué de este discurso, el primero dirigido a un grupo de gentiles:

1. Algunos consideran este discurso (y de allí el escándalo) superficial, peligroso, poco original, igual a los discursos de los filósofos de su tiempo, en el que se presenta a un Dios fácilmente confundible y muy lejano del Dios de los profetas³.
2. Otros, menos rigurosos con Pablo, quieren disculparlo y sostienen que el apóstol no dijo nada aquí porque se reservaba el discurso para la gran ciudad de Atenas⁴.
3. Otros, más benignos, explican que el discurso es incompleto pero porque Lucas es fiel a su costumbre de no agotar en un solo pasaje la totalidad de su visión.

El caso es que Pablo suele proceder dando cuatro pasos, a saber:

- a) Invitación al monoteísmo.

3. GATTI Enzo, *Atti degli Apostoli*, EMI, Bologna 1975, pp 194-196

4. Cfr SCHNEIDER Gerhard, *Atti degli Apostoli*, II, Paideia, Brescia 1986, pp 208-209. Aun ofreciendo la explicación de haber dejado para Atenas el discurso misionero, Schneider manifiesta también que es extraño que en este contexto esté en primer plano la conversión de los ídolos a Dios y que el nombre de Jesús no se mencione

- b) Llamada al arrepentimiento.
- c) Proclamación de la personalidad de Jesús.
- d) Referencia a la resurrección.

El discurso de Listra es incompleto pues Pablo se limita al primer paso y a una breve alusión al segundo. ¿Por qué tenía él que dejar fuera del discurso los puntos más importantes y específicamente relacionados con Cristo?

UN MODELO DE PACIENCIA MISIONERA

La pregunta anterior no encuentra en las tres explicaciones dadas una adecuada respuesta.

Consideramos que la respuesta correcta tiene estrecha relación con la paciencia misionera. El cardenal Martini la insinúa cuando dice que Pablo se limitó al primer paso porque éste es el nivel al que puede llegar la gente. Pablo se detiene entrando en su mundo: lluvias, estaciones ricas de frutos, alimentos que llenan de alegría el corazón.

El apóstol se limita a invitar al monoteísmo pues el camino espiritual de los de Iconio no permite ir más adelante. El apóstol intenta evitar un acto de idolatría y ya eso es mucho decir. Pablo demostró en Iconio tener una gran paciencia misionera que lleva a aceptar que la presencia de Dios se insinúa gradualmente, con la verdad vivida aún entremezclada con errores, pero donde se va descubriendo un camino de preparación a Cristo⁵.

Si Pablo pudiese defenderse de los primeros comentaristas anotados, daría la misma explicación que ofreció a los corintios lo cual justificaría el tan criticado discurso y a su vez apoyaría la explicación del cardenal Martini.

5. MARTINI Carlos María, *El predicador ante el espejo*, Ediciones Paulinas, Bogotá 1988, p 51

“Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no alimento sólido, porque no lo podáis recibir, ni lo podéis todavía” (1Co 3,1-2).

La paciencia misionera llevó a Pablo a dosificar la totalidad de la verdad que podía ser acogida en una determinada situación por un pueblo específico. Su actitud frente a los paganos de Listra es semejante a la de Dios en el Antiguo Testamento cuando soportaba los pecados de los hombres *en vista de manifestar la justicia salvífica en el tiempo presente*. Quería él elevar a sus criaturas, a través de la historia de la salvación en forma progresiva, a una moral más alta. Pero no pretendía lograrlo todo de inmediato.

Pablo comunica la verdad y sólo la verdad pero no necesariamente toda la verdad al mismo tiempo. Cada situación requiere sus contenidos asimilables, su ritmo alcanzable, su tiempo de espera. En pocas palabras, cada situación exige una especial paciencia misionera.

Mientras escribo estas líneas, mi oficina, en el corazón de las selvas amazónicas, se va llenando inevitablemente de cucarrones que entran en cantidades increíbles por los huecos de los ladrillos que deberían servir sólo para que entre aire. Atraídos por la luz, van cayendo sobre el escritorio y sobre la misma hoja de papel en que escribo. Se requiere una gran cantidad de paciencia para soportar plagas tan inoportunas.

Pero ésta no es, de ninguna manera, la paciencia misionera que es virtud apostólica que permite dejar que el otro sea, aceptar que crezca a su propio ritmo y, sobre todo, que la figura de Jesús tome forma paulatina en él. La paciencia misionera hace parte esencial de la vida cristiana como quiera que ésta incluye la comunicación de la fe a los otros y el promover en ellos un progresivo crecimiento en sintonía con el evangelio y con su propia índole.

Se trata de un ineludible cometido que el Cardenal Suenens solía presentar de esta manera:

“Hay algo equivocado en la respuesta que daban los viejos catecismos a la pregunta: ¿Por qué nos creó Dios? No deberíamos decir: “Dios nos hizo para conocerlo, amarlo y servirlo y así ganarnos el cielo” sino “Dios nos hizo para conocerlo y conducir a otros a conocerlo, para amarlo y llevar a otros a amarlo, para servirlo y mover a otros a servirlo así que todos juntos podamos ganarnos el cielo”.

Un misionero en la India parecía tener la misma idea sobre el cristiano, ya que insistía para que sus convertidos dijeran, inmediatamente concluidas las palabras del bautismo (“Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo), la admonición de Pablo: “Ay de mí si no anuncio a Cristo y a él crucificado” (1Co 9,15-17).

Anota Luzbetack al respecto: “Si los candidatos al bautismo no están convencidos de la naturaleza misionera del cristianismo, no están realmente preparados para el bautismo (...). La conversión empieza con uno mismo pero no termina en uno mismo. Como lo expresaba san Juan Crisóstomo en una homilía sobre los Hechos de los Apóstoles: “No hay nada más frío que un cristiano que no busca salvar a otros... Es más fácil que el sol no dé luz y calor que un cristiano no irradie su luz”⁶.

Pero como no se trata —aunque sí es decisivo— sólo de buena voluntad, el cristiano debe también asimilar una específica metodología para cumplir con su misión apostólica. Asumir una metodología con sus pasos, medios y fines, es también vivir la paciencia misionera pues indica el deseo de buscar la forma mejor para respetar el ritmo de crecimiento en la fe de otras personas. Es aceptar un camino y vivirlo en sus diferentes etapas para beneficio de los otros. Es la paciencia misionera hecha método apostólico.

6. LUZBETACK Louis, *The Church and cultures*, Orbis Book, Maryknoll 1988, p 329.

UN EJEMPLO DE LA PACIENCIA HECHA METODO

¿Cuál es el momento presente de alguien a quien se desea comunicar el evangelio? ¿Cuál aspecto del evangelio le es más necesario en ese momento? ¿Cómo presentarle ese aspecto para que sea percibido como buena noticia que lo desafía? Todos estos interrogantes deben fluir naturalmente en el corazón y la mente de quien se preocupa por llevar a otros la palabra de Dios, cometido esencial —y tan olvidado— de todo cristiano.

La paciencia misionera permite actuar en la vida cotidiana una evangelización a la que damos el adjetivo de “deseada” para recordar cuatro pasos que incluye su actuación:

Definición
Selección
Adaptación
Aplicación

1. Definición

La palabra dragón significa realidades muy diferentes en Corea y en Colombia. En la primera es signo de bondad y su figura aparece majestuosa en los templos budistas. En la segunda es signo de maldad y por ello no se ve nada extraño en que sea enfrentado por un santo como san Jorge para destruirlo.

Cada palabra tiene su sentido y es obligación de quien desea comunicar el evangelio captarlo para no ofrecer ambigüedades. Pablo se preocupó por definir el milagro de Listra para no ser mal interpretado.

2. Selección

Es necesario escoger esa parte del mensaje más apropiada para un tiempo y lugar.

En un contexto de violencia no se insistirá en las matanzas del Antiguo Testamento sino en la capacidad de perdonar setenta veces siete según el mensaje de Jesús.

Pablo se acercó a los de Listra con un vocabulario más típico del libro del Génesis que del Nuevo Testamento puesto que los cielos y la tierra proclaman la gloria de Dios.

3. Adaptación

El evangelio es una respuesta a las más profundas inquietudes del hombre, a sus anhelos y esperanzas, a sus dudas y temores. Hay que conocer estas necesidades e interrogantes para poder ofrecer el evangelio como buena noticia.

Para insistir en el pecado hay que detectar qué es lo pecaminoso en una comunidad. Donde todas las afirmaciones son relativas, muy aproximadas o hasta usualmente exageradas, la mentira no tiene ese tono de gravedad que podría tener donde toda palabra se pesa muy bien antes de pronunciarla. La palabra del Señor ha de llegar adaptada a la condición moral de las personas para que ellas perciban en verdad un desafío significativo y concreto.

4. Aplicación

Percibido el desafío, es factible llevarlo a la práctica. A ello hay que motivar como Jesús quien, narrada la parábola del buen samaritano, concluía diciendo a su interlocutor: “Vete y haz tú otro tanto”. El que pone en práctica estas palabras se parece al hombre que construyó sobre la roca y no sobre la arena. Esta afirmación de Jesús invita a dar no sólo los tres primeros pasos de definición, selección y adaptación sino también a mover a los otros a la aplicación de la palabra en la vida diaria.

Todo este tema de la metodología parece una digresión del tema central pero no es así. La paciencia misionera se

traduce en la aceptación de un camino y de las etapas de su recorrido. Y ello, no para tener la sensación de que procedemos ordenadamente sino por el deber que nos incumbe de aceptar el ritmo propio de grupos o personas. No significa acomodarnos a ese ritmo o a un determinado nivel de vida para contemporizar, sino para desafiarlos a dar el paso siguiente, ese que está a su alcance real y no sólo mental.

Sucede hoy —y ha sucedido siempre— que hay una distancia entre la moral teórica y la moral real, entre los verdaderos deberes del hombre en Cristo y la posibilidad de subida concretamente accesible a un grupo social en el cuadro de sus condicionamientos de mentalidad, de cultura, de situación social.

Las personas pueden escuchar sermones, conferencias, charlas radiales y captar muy bien cuáles son los deberes, pero éstos no son percibidos como obligación moral por parte de ellas, debido al ambiente en que viven y a otros factores.

Hay una brecha entre el deber ideal y el deber real. Cuando un evangelizador identifica el segundo con el primero exige demasiado y la impaciencia hace en él su aparición. La paciencia misionera sabe de esa brecha y sabe también que llenarla es tarea lenta, fatigosa, paulatina, como compete a todo verdadero crecimiento.

Frente a estas situaciones —tan propias de los llamados campos de misión— la paciencia misionera se desdobra en dos virtudes pastorales maravillosas: la benignidad y la longanimidad.

LA BENIGNIDAD: PACIENCIA MORAL MISERICORDIOSA

Un hijo cometió una falta moral tan grande que el padre hizo el juramento sagrado de golpearlo con una inmensa piedra.

Pero luego se puso a pensar: “Es tan débil, tan frágil. Si lo golpeo con la piedra queda muerto de inmediato”. Pero había hecho un juramento y debía cumplirlo. ¿Cómo hacerlo sin eliminar al hijo? Rompió la piedra inmensa en tantas pequeñas piedritas y se las lanzó una a una. Así no dejó de cumplir el juramento y tampoco mató a su hijo.

La benignidad es esa paciencia llena de misericordia que suaviza la ley por medio de la atención a la situación de cada uno.

Jesús le dijo a la adúltera: “Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: “Nadie, Señor”. Jesús le dijo: “Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más” (Jn 8,1-21).

El tema de la benignidad como paciencia con los comportamientos que piden se suavice la ley que debería castigarlos, es propio de adultos responsables que siendo serios en sus compromisos adquiridos en la fidelidad a la palabra dada a costa de cualquier sacrificio, comprenden también la condición humana. Entonces saben cuando deben revestirse de benignidad.

El asunto requiere mucho criterio pues es fácil resbalar de la sana benignidad a la ligereza que tolera toda infracción, todo comportamiento relajado. La ligereza lleva al decaimiento moral, a la mediocridad. Es una paciencia malsana que tolera injustamente el mal.

Para no confundir entre benignidad y ligereza, es conveniente tener en cuenta tres aspectos:

1. Tener, en cuanto es posible, clara la meta: ¿Qué significa ser cristiano, discípulo de Jesús, testigo?
2. Hacer entrever la meta. Se trata de que las personas vayan comprendiendo un poco más aquello a lo que están llamados.

Hay un arte de presentar las metas a manera de invitación, de sugerencia, dejando en libertad a la persona pero sembrando en ella la semilla de un interrogante ¿Y yo, qué debo hacer? Este arte es el lenguaje narrativo, el del cuento, de la parábola, de las pequeñas historias. Las narraciones suelen usarse para dormir a los niños pero son maravillosas para que los adultos se despierten. Ellas sugieren, delicada pero efectivamente, las metas que se deben alcanzar. Así son las parábolas del evangelio y muchas otras narraciones. Insinúan en la libertad, las metas que se deben lograr.

3. Hacer caminar hacia la meta gradualmente, con los pies en la realidad. Se trata de ayudar a dar pequeños pasos sucesivos, sin dar saltos que impiden a las personas encaminarse realísticamente hacia la verdad. Este proceso puede ser llamado el espíritu de la paciente graduación que en tanto es posible en cuanto esta paciencia se revista de benignidad.

En conclusión, la benignidad (en griego, *epikeia*) es la capacidad de ser pacientes para entender las situaciones difíciles (situaciones límite) de las personas y comprender que los grandes ideales han de ser adaptados a las circunstancias personales.

En esta vivencia de la benignidad, así como hay que prevenir el laxismo o relajo moral, hay también que evitar el rigorismo. Pablo habla de la benignidad en un contexto en que invita a la alegría, a la serenidad y a la esperanza: “Estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres. Que vuestra benignidad sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. No os inquietéis por cosa alguna” (Flp 4,5-6).

Todas estas virtudes indican que la benignidad sólo es posible en las personas serenas, amigas de sí mismas, que se han aceptado y por tanto que saben aceptar a los demás y captar —en la empatía— sus sufrimientos y angustias.

Quien no se acepta a sí mismo, se torna rígido, intolerante consigo y con los demás, incapaz de paciencia y de benignidad.

Y ¿qué hacer sin benignidad cuando se enfrentan mundos morales a veces tan diferentes del propio y que están llamados a una lenta y prolongada maduración? Definitivamente, la benignidad: paciencia moral, misericordia, no puede faltar en la espiritualidad misionera.

LONGANIMIDAD O PACIENCIA HISTORICA

Volvamos al monasterio mágico para conocer un evento cuyo título bien podría ser “En el momento apropiado”.

“De su aspecto trasparente tanta santidad que me limité a preguntarle: “Dime, ¿Cómo es Dios?”. Con inmensa suavidad me respondió: “Estamos en cuaresma y durante este tiempo usualmente me abstengo de hablar. De todos modos, toma este libro” (Era el libro en el que él mismo escribía).

“Si lo lees en el momento apropiado, te sabrá decir como es Dios”. No veía la hora de llegar a casa para leer el libro junto con mi esposa. Pero cuando llegué a la casa, mi esposa no se dejó contagiarse de mi entusiasmo ya que en ese período su mente estaba concentrada en el futuro primogénito que llevaba en el vientre.

“Qué quiere decir “¿en el momento apropiado?” me preguntó. No supe contestarle pues no lo sabía. Empezamos a reflexionar. Tal vez será a mediodía el viernes santo o después de la vigilia de Pascua. O tal vez en un momento de profundo desaliento. Quién sabe cuando será. Tal vez tendríamos que esperar a que Dios mismo nos revelase el momento apropiado. Podría inclusive ser dentro de muchos años. Decidimos esperar un signo.

Dos semanas después nació nuestro hijo. ¿Cómo explicar lo que probé? Primero ansiedad, luego... no sé, ese niño era especial. Yo era papá. Se crece cuando se llega a ser papás. Miraba a ese niño y me sentía orgulloso. Me sentía alguien. Y sin embargo, me humillaba. Casi que ni sabía cómo tenerlo en los brazos y mucho menos cómo ayudarlo a crecer. Yo creía que había comprendido todo pero ese niño era más grande que yo.

Esa noche soñé con mi hijo. El me preguntaba: “¿Cómo es Dios?” Me levanté y tomé el libro. Se lo llevé a mi esposa y le dije: “Este es el momento apropiado. Abrámoslo ya”. Abrí donde saliera y leí: “Es muy simple. Dios es un padre”.

Mi esposa, a su vez, volvió a abrir y leyó: “Es muy simple. Dios es un hijo”. “Abrámoslo ahora juntos”, le dije. Le tomé la mano y ella abrió: “Es muy simple —estaba escrito— cada respiro de ustedes es el respiro de Dios”⁷.

Los esposos tuvieron la paciencia para esperar el momento apropiado, cuando verdaderamente el libro les ofrecía un mensaje vivo, una buena noticia. Estaban dispuestos a esperar lo que fuera necesario, años inclusive. Lo importante era proceder en el momento apropiado. Hemos hablado de benignidad como paciencia moral. La longanimidad es la paciencia histórica, la paciencia que perdura en el tiempo, entretejida de expectativas prolongadas. Es una paciencia llena de esperanza y que perdura así como enseña a tolerar el peso del retraso.

La longanimidad nos ayuda a escoger el momento apropiado, según los signos de los tiempos, para intervenir y lograr que el crecimiento tenga lugar, según el ritmo propio de aquellos a cuyo servicio se está. Longanimidad es la paciencia iluminada por la inteligencia y por el Espíritu del

Señor para saber actuar la misión encomendada según el tiempo histórico adecuado.

A los discípulos, preocupados por el momento en que Jesús restablecería el reino de Israel, él les dijo: “A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros” (Hechos 1,7).

La respuesta de Jesús quiere eliminar la impaciencia de los apóstoles relacionada con el tiempo escatológico para que ella dé campo a la paciencia exigida por el tiempo histórico en el que han de actuar una misión universal.

No fue fácil para los discípulos aceptar la nueva perspectiva y pasar de la impaciencia escatológica a la presencia histórica. En los primeros tiempos del cristianismo parecía que primase la impaciencia escatológica. Se necesitó un camino largo para aprender lo que significa la longanimidad exigida por una misión universal que habría de desarrollarse a lo largo y ancho del mundo y en todos los siglos.

Al respecto observa Roloff en su comentario a la respuesta de Jesús anteriormente anotada (Hechos 1,7): “Si fuera realmente verdad que los discípulos, inmediatamente después de pascua, habían escuchado estas recomendaciones como mensaje del resucitado, resultaría incomprensible el desarrollo de la historia del cristianismo primitivo. Porque entonces, ¿cómo se puede entender que se llegase a esperar la inminente venida de la parusía? Y, sobre todo, ¿cómo es que la evangelización de los paganos llegó a ser aceptada después de tanto tiempo y después de tantas dificultades y conflictos como nos cuentan los capítulos 10-15 de Hechos?”

Pero, a pesar de todo, las recomendaciones de Jesús a sus discípulos no son mera ficción edificante, sino todo lo contrario. Lo que aquí tenemos es un espléndido ejemplo de las cualidades de Lucas y de su autenticidad como historiador. Las frases que pone en boca de Jesús resucitado repre-

7. TEOFANE IL MONACO, *Fiabe dal monastero magico*, Grnbaudi, Turin 1988, pp 34-35

sentan las decisivas conclusiones teológicas a las que había llegado el cristianismo en sus primeros decenios de existencia, a través de un proceso de experiencias y aprendizaje. Lucas quiere dejar bien en claro que todo este proceso que llegó a destruir la convicción de una inminente venida del Señor, a aceptar la evangelización de los paganos y a crear formas adecuadas de proclamación, es obra del Espíritu que no cesa de dar un testimonio vivo sobre la presencia de Jesús. Los relatos de Lucas pretenden exponer cómo se fue llevando a cabo este proceso. Por eso, las recomendaciones del resucitado son igualmente un resumen del libro de los Hechos; cuyo tema principal es el camino de la Iglesia desde Jerusalén hasta los confines del mundo. Un camino erizado de dificultades y de cambios radicales en lo exterior, pero siempre dirigido por la presencia del Espíritu”⁸.

Un camino que requiere la paciencia que sabe esperar que la semilla brote, que la planta crezca, que el fruto llegue, sin pretender forzar ese crecimiento con impacientes jalones que colocan a la planta en peligro de ser desarraigada. Paciencia histórica es acompañar un ritmo de crecimiento, un camino que lleva a la estatura de Cristo, sin pretender forzar la situación indebidamente.

DON IMPACIENTE, RESPUESTA SUFRIDA

Reflexionar sobre la paciencia misionera es sentir el llamado a recobrar el coraje de los propios sueños, de los propios ideales; a eliminar el cansancio ocasionado no por lo pasado sino por lo que puede venir, por el futuro que el cansado no desea enfrentar; a despertar y servir mejor con la esperanza cristiana que da alas a la paciencia, nos arranca del encerramiento en nosotros mismos y nos lleva a guardar con optimismo —aun en las duras situaciones de esterilidad, de pobreza espiritual, de desierto de valores— la venida del Señor en cada pueblo y nación.

8. ROLOFF Jurgen, *Hechos de los Apóstoles*, Cristiandad, Madrid 1984, pp 49-50

Hace algunos años salió un libro de eclesiología ecuménica llamado: “Iglesia hoy, don impaciente, respuesta sufrida”⁹. El don impaciente es el de Dios. En cierta forma él está impaciente por darnos la salvación, la vida, en lograr que todo tenga a Cristo por cabeza, en que él sea todo en todos.

La respuesta sufrida es la nuestra, tan imperfecta, tan fatigosa e inconstante, tan poco disponible.

Pero esta calidad de nuestra respuesta nos empuja, al mismo tiempo, a abrirnos a ese don de la paciencia misionera revestida de benignidad y longanimidad.

Cada hombre en el fondo de su corazón se dirige a Dios con las palabras del compañero deudor: “Ten paciencia conmigo y todo te lo pagaré” (Mt 18,13) Cada hombre espera ser objeto y no sólo sujeto de la paciencia misionera. El Espíritu Santo se encarga de dar ese don de la paciencia misionera tan propia de él.

Hay una expresión un poco extraña: “La Kenosis del Espíritu Santo”. Kenosis significa abajamiento y en este caso indica esa disponibilidad a volverse accesible a los estrechos límites de nuestra vida, de nuestra psicología y biología, a los límites de nuestra miseria. Su Kenosis es tal que llega a obrar aun en aquellos que lo rechazan explícitamente.

La paciencia misionera es don del Espíritu paciente, no cualidad que brota desde abajo. El padre Lyonnet decía: “Me creía que tenía paciencia y no era más que buena salud”. La paciencia misionera hace factible aceptar las dificultades del triple movimiento misionero de ascensión, expansión e inserción, como quiera que de todo movimiento misionero el mismo Espíritu es el inicio, el proseguimiento y la culminación.

9. JOOS André, *Chiese oggi, Impaziente dono, Sofferta risposta*. Ut unum sint, Roma 1983

Actividades

1. Es parte de la paciencia misionera vivir positivamente las tensiones entre los diferentes polos de la realidad misionera que nos desafían. Identifica en el siguiente trozo, algunos de estos polos contrastantes:

“Sujetar los dos extremos de la cadena es algo fácil de decir pero muy difícil de realizar. Hay que vivir como pueblo los aspectos antinómicos de la misión conscientes de la complementariedad de las sensibilidades y de las diversas opciones, sin dejarse encarcelar por una tendencia exclusiva y más bien aceptando ser cuestionados por las intenciones opuestas o, si se quiere, complementarias.

Una tendencia que se aísla se vuelve sectaria.

La fe en Dios totalmente otro, aislada, lleva al rigor farisaico o jansenístico. Pero si uno se detiene sólo en el que está siempre cercano, se corre el riesgo de olvidar quién es Dios y la fe se hunde en lo desabrido.

Insistiendo en la continuidad y en la inculturación en modo unilateral, se corre el riesgo de dejarse agarrar por la mentalidad circunstante y de perder esa distancia profética exigida por la ambigüedad de la sociedad.

Ver sólo las rupturas, lleva a construir una religión desarraigada sin relación con la realidad vivida, sin cuerpo y por tanto sin una verdadera alma.

Ver solamente el “todavía no” de la misión y dejar la reunificación de los pueblos a la pura acción escato-

lógica de Dios puede convertirse en excusa para volverse pasivos y ser Iglesia cansada y desilusionada, testigo lastimero del Dios que llega; pero, por el contrario, una Iglesia conquistadora y arrogante, segura de sus obras y de sus estructuras, no conocería ni la esperanza, ni la humildad del Siervo.

Una salvación concebida en forma puramente espiritual, ignora la encarnación; pero la liberación reducida a factores puramente humanos pierde el sentido de la trascendencia de Dios, de su gracia y de su reino (LEGRAND, L. *II Dio che viene*, 214).

2. A la luz de lo anterior, explicita algún mensaje que te ofrece la siguiente poesía de A. Machado:

“Busca a tu complementario,
que marcha siempre contigo,
y suele ser tu contrario”.

3. El sacerdote Primo Mazzolani en su testamento espiritual dejó escrito que para llevar a los hermanos a la casa del Padre no es suficiente amonestarlos, hay que esperarlos con amor, logrando que sea más fácil y menos cruel y desesperado, el tiempo del exilio. Descubre en el evangelio, algunas actitudes de Jesús que reflejen cuanto expresa este apostólico sacerdote.
4. Haz una investigación sobre el gran misionero Mateo Ricci. Evidencia en ella la paciencia que tuvo en el encuentro con la cultura china por allá en el siglo XVI (1583).
5. Unete a Santa Teresa en la meditación de esta pequeña estrofa de la gran doctora de la Iglesia:

“Nada te turbe
nada te espante,
todo se pasa,

Dios no se muda,
la paciencia,
todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene
nada le falta
sólo Dios basta”.

6. Explicita algunos puntos de contacto entre la paciencia de Jesús según el siguiente texto de Tertuliano y la paciencia misionera presentada en este capítulo.

“La paciencia de Cristo Nuestro Señor casi se puede tocar con la mano.

Toleró Dios encarnarse en el vientre de una madre. Allí esperó el nacimiento: nacido, esperó a crecer; crecido, no se apresuró para darse a conocer, sino que pasaba la edad crecida en un silencio afrentoso. Bautizóle un siervo suyo y los combates del tentador enemigo solamente los rechazó con palabras. Cuando el Señor se hizo maestro para enseñar al hombre a escapar de la muerte, como venía instruido en la paciencia para abrir el camino al perdón de las culpas, “no rehusó, ni reclamó, ni se oyó su voz en las plazas, ni rompió la caña quebradiza, ni apagó el lino que humeaba”; porque no había mentido el profeta, testigo del testimonio de Dios, que dijo “había de poner su Espíritu con toda la paciencia en su hijo”. Admitió a todos los que se llegaban a él, y no despreció casa ni mesa de ninguno. El mismo sirvió el agua para lavar los pies de los discípulos. No despreció linaje de pecador alguno ni publicano. Aun con la misma ciudad que no le quiso recibir no mostró enojo, aunque los discípulos desearon fuera abrasado pueblo tan afrentoso con llamas presentes del cielo. Curó a los ingratos y disimuló con los que le paraban asechanzas. Esto fuera poco, “si también no hubiera sufrido llevar

en su compañía un traidor, teniendo paciencia en no descubrirlo”.

7. Discute con otros las siguientes afirmaciones aduciendo hechos concretos para sustentarlas:

“A veces nos falta la paciencia y el respeto por la diversa capacidad de asimilar el evangelio”.

“Hay que llegar a la presencia total por un camino de presencias parciales, de tiempos intensivos, actuando una pedagogía progresiva para una maduración global”.

“Hay que dar a la fe el tiempo que necesita para crecer, para darle forma a un testimonio concreto que se refleje en signos culturalmente significativos”.

8. Identifica en la Sagrada Escritura algunas personas que han sido notables por su paciencia. Especifica si se trata de la paciencia misionera y por qué.
9. Dice la Biblia que Dios es clemente y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad. Descubre en el Antiguo Testamento cuatro eventos donde aparezca esa lentitud de Dios llamada paciencia.
10. El salmo 37 empieza invitando a la paciencia misionera: “No te acalores por causa de los malos”. Descubre en el mismo salmo otras expresiones que son un llamado a la paciencia misionera y explica por qué las interpretas en este sentido.

9. *Humildad misionera*

UNA SABIA IGNORANCIA

“Se celebraba el cumpleaños del párroco, y los niños habían acudido a felicitarlo y a llevarle sus regalos. El párroco tomó el paquete, envuelto en papel de regalo, que le entregó la pequeña Mary y dijo: ¡Ah!, ya veo que me has traído un libro...” (El padre de Mary dirigía una librería en la ciudad).

“Sí. ¿Cómo lo sabe?”.

“El padre lo sabe todo...”.

“Y tú, Tomás, me has traído un jersey”, dijo el párroco al recoger el paquete que le entregaba Tomás (El padre de Tomás vendía artículos de lana). “Es verdad”, dijo el niño. “¿Cómo lo sabe?” “¡Ah, el padre lo sabe todo...!”.

Y así sucesivamente, hasta que llegó el regalo de Bobby, cuyo envoltorio estaba húmedo (el padre de Bobby vendía vinos y licores). Y el párroco dijo: “Ya veo que me has traído una botella de whisky y que se te ha derramado un poco...”. “Se equivoca”, dijo Bobby, “no es whisky”. “Bueno... entonces será una botella de ron...”. “Tampoco”. El párroco tenía los dedos mojados y se llevó uno de ellos a la boca, pero no identificó el sabor. “¿Es ginebra...?”. “No”, respondió Bobby, le he traído un perrito”¹.

1. DE MELLO Anthony, *La oración de la rana II*, Sal Terrae, Santander 1988, p 44.

La risible conclusión, fue para “el padre que lo sabe todo”, una buena enseñanza de humildad, virtud que nos permite estar abiertos a las revelaciones de Dios y a las verdades de los hombres no como el que lo sabe todo sino como el que es consciente de que aún tiene mucho que aprender.

“Se narra que el Oráculo de Delfos declaró a Sócrates como el hombre más sabio existente. Quienes oyeron, corrieron donde Sócrates y le dijeron: “El Oráculo te ha declarado el hombre más sabio de la tierra”. Se dice que Sócrates soltó una carcajada y respondió:

—Tenían que llegar un poco antes. Ahora es demasiado tarde. Vuelvan donde el Oráculo y díganle que yo soy la persona más ignorante de la tierra. Tal vez en otro tiempo, cuando estaba joven y lleno de mí, también yo compartía la misma opinión del Oráculo. Yo sabía y dado que mi yo era sólido, no me era posible pensar que fuese ignorante. No lograba entender que el misterio absoluto no se puede comprender. Todo lo existente era para mí conocido y conocible. Pero con el tiempo me fui dando cuenta de que más crecía mi conocimiento y más me tornaba consciente de mi propia ignorancia. Así que vayan y díganle al Oráculo que el misionero Sócrates afirma de sí que es un simple ignorante, que no sabe nada.

Y los hombres regresaron y dijeron al Oráculo:

—Sócrates se niega a aceptar tus palabras. Asegura que es el hombre más ignorante del mundo. El Oráculo rió y dijo:

—Por eso declaré que es el más sabio. Porque sólo el hombre sabio sabe reconocer su propia ignorancia”.

Esa sabia ignorancia que crea un vacío interior para acoger la verdad, expresa algo esencial de la humildad como elemento básico de la espiritualidad misionera.

LA HUMILDAD EN LOS HECHOS

Los Hechos de los Apóstoles nos hablan también de esta estupenda virtud misionera. Enfoquemos la figura de Pablo y para ello regresemos al discurso de Mileto cuando él se dirigía a los ancianos: “Vosotros sabéis cómo me comporté siempre con vosotros desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad y lágrimas y con las pruebas que me vinieron por las asechanzas de los judíos” (20,18.19).

1. “Vosotros sabéis...”

Pablo empieza con una expresión que usa con frecuencia y que podría titularse “el coraje del ejemplo”. Dice Pablo: “Vosotros sabéis...”.

Con esta sencilla frase, Pablo pone de manifiesto cuatro cosas:

- a) Su comportamiento. Así lo pueden recordar e imitar.
- b) Los orígenes. Equivale a ese momento cuando se encontraron con Cristo por primera vez. Nunca se olvida la primera vez de algo bello en la vida.
- c) La comunión entre Pablo y ellos. Es una reminiscencia de aquellos tiempos cuando Pablo vivía como uno de ellos.
- d) La forma de ser siempre igual. No se contradecía, no se desmentía y esto por tres años, el tiempo más largo transcurrido por él en una iglesia local.

“Vosotros sabéis...”. Como un lago cristalino cuyo fondo se aprecia fácilmente, así es el pasado de Pablo que ellos conocen y él evoca en tan singular circunstancia.

2. “Con toda humildad”

Humildad viene de humus, tierra. El término, entonces, indica lo pequeño, lo que no supera el nivel del suelo, como un arbusto diminuto.

La humildad que encaja con la madurez, con la sabiduría y con la perfección, puede tener varias formas.

Se nos antoja ver el conjunto de ellas reflejado en el término “toda” cuando Pablo se presenta como servidor del Señor con toda humildad.

HUMILDAD SOCIAL

Es la humildad a la que más se refiere Pablo hablando a los presbíteros de Efeso. Es propia de quien no se las da de mucho frente a los demás, que no se cree superior a los otros.

Pablo quiere indicar varias cosas:

—Que no estuvo entre ellos como un pretencioso que se infla.

—Que, antes bien, puso su cuidado en los demás, no en sí mismo.

—Que su manera de ser estuvo caracterizada por la mansedumbre, expresión social de la humildad.

La humildad, en efecto, se traduce socialmente en tres aspectos:

1. Mansedumbre de carácter.
2. Sociabilidad en el comportamiento.
3. Afabilidad y suavidad en el trato.

La vivencia de estos tres aspectos de la humildad, constituyen una garantía para la acción misionera. La mansedumbre asegura el control de sí en el trato con los demás. La sociabilidad es la base para cualquier intento de liderazgo comunitario. La afabilidad y suavidad son expresión de un profundo sentido de humanidad.

San Francisco de Sales decía que se agarran más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre. Y añadía: “No hay nada que venza al elefante furioso como la

vista de un tierno corderito y no hay nada que rompa con tanta facilidad la fuerza de los cañones como la lana”².

Un sacerdote europeo que tomó una parroquia en Africa decía: “Mis antecesores fueron dos. Uno estuvo quince años y otro tres años. Al primero no lo recuerda nadie a pesar de sus 15 años de servicio. Del segundo todos hablan con cariño por su afabilidad y suavidad con la gente. Su presencia llevaba a sentir que en verdad “hoy se manifestó la bondad de nuestro Dios”.

HUMILDAD PERSONAL

Un maestro estaba explicando en clase algo sobre los inventos modernos y al respecto preguntó: “¿Quién de ustedes puede mencionar algo muy importante y valioso que no existiera hace cincuenta años?”

La respuesta la dio un muchachito avisado que estaba en la primera fila: “¡Yo!”

Ciertamente no parece un buen ejemplo de humildad personal. Pero ponerse tan en evidencia es para un muchacho cualquiera de una adecuada forma de reforzar el propio valor. Tal vez por ello, la humildad personal requiere mucha madurez. Consiste en la sencillez en el juicio de valor que uno da sobre sí mismo.

En contraste con el muchacho, se acerca más a la humildad personal aquel monje a quien se le apareció el diablo transformado en ángel de luz y le dijo: “Soy el ángel Gabriel y me ha enviado a ti el todopoderoso”. El monje replicó: “Piénsalo bien. Seguramente has sido enviado a otro. Yo no he hecho nada que merezca la visita de un ángel”. Con lo cual el diablo se esfumó y no volvió a acercarse a este padre del desierto.

2. Cfr SALES Francisco (san), *Introducción a la vida devota*. BAC, Madrid 1982, p 139.

Pero volvamos al discurso de Mileto. Dice Pablo: “No considero mi vida digna de estima con tal que termine mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús, de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (20,24).

Pablo da un juicio de mucha sencillez sobre sí mismo. El se considera poca cosa aunque sabe que la misión que tiene es muy grande. Esta visión de sí solía expresarla en diversas maneras y ocasiones: “Yo soy el último de los apóstoles —escribía a los corintios— indigno del nombre de apóstol por haber perseguido a la Iglesia de Dios” (1Co 15,9). Pero muy lejos está Pablo de confundir la humildad personal con un complejo de inferioridad.

Lejos está de ser un neurótico resultante de haberse hecho una imagen grandiosa y ficticia de sí para protegerse, para sentirse seguro frente a un mundo agresivo y peligroso. El neurótico es quien se ha construido un falso yo, incapaz de equivocarse, capaz de toda hazaña y merecedor de toda consideración, de toda alabanza y de toda excepción. El neurótico en sus tres versiones: el buenazo, el agresivo o el aislado es lo opuesto de la humildad personal³. Este es un juicio de valor sencillo dado sobre el yo real y no sobre el yo construido artificialmente.

Esta humildad personal de Pablo brotó de dos fuentes muy reales:

1. De la conciencia que tenía de la bondad paciente de Dios que fue tan benigna con él, el mínimo de los santos.
2. Del sufrimiento pues las tribulaciones pusieron al descubierto su debilidad la total dependencia de Dios. No por nada, al referirse a su servicio el Señor con toda humildad, añade: “Sirviendo con lágrimas y con las pruebas que me vinieron por las asechanzas de los judíos” (v 19).

3. Aludimos a los tres tipos de neurótico según la visión de Karen Horney en sus obras sobre neurosis y personalidad.

Esta humildad personal, sin embargo, no es un hecho puramente psicológico sino consecuencia de otra humildad más fundamental y no menos necesaria: la teologal.

HUMILDAD TEOLOGAL

Un rabino de esa interesante corriente espiritual llamada el Hassidismo, explicaba cuál fue el grande mérito de Elías. Cuando Elías combatía reyes y pulverizaba ídolos, el pueblo no gritaba: “¡Un milagro de Elías!”, sino que exclamaba: “¡Dios Yavé es nuestro Dios!”.

Se podría decir que el pueblo reconocía en Elías una grande humildad teologal. Dios ocupaba el primer puesto, aparecía en primer plano, era el actor principal. En ello se esforzaba Elías. La humildad teologal significa entonces que, a la manera de Elías, cada uno de nosotros se siente siervo de Cristo y por tanto, que no quiere atraer a nadie hacia sí sino hacia Dios.

Humildad teologal es reconocer que Dios es todo y sin él no seríamos nada y por ello que a él y no a nosotros va todo honor y toda gloria. Esta actitud la descubrimos bellamente en Pablo cuando hablando a los presbíteros de Mileto les dice: “Yo no considero mi vida digna de estima, con tal que termine mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús, de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hechos 20,24).

Para Pablo, es el Señor quien cuenta, no él. Y si el apóstol reconoce algo de valor en sí, su gloriarse es en el Señor: “Nos gloriamos en Cristo Jesús sin poner nuestra confianza en la carne” (Flp 3,3).

Pablo, entonces, es siervo de Cristo y de la misión que el Señor le ha encomendado y como esa misión no es suya sino don de Dios a él sólo le queda sentirse profundamente

humilde. Cristo en el centro, no Pablo, siempre y en todas partes.

Es necesario eliminar ese deseo de estar siempre en el centro, siempre en el primer plano, siempre como el protagonista principal. Hay quien quisiera estar en el centro siempre. Inclusive cuando hay un funeral, quisiera estar en el lugar del difunto porque aparece en el centro.

La humildad teologal nos lleva a decir con Juan Bautista: “Es necesario que él crezca y que yo disminuya” (Jn 3,30).

Pablo solía exclamar que “llevamos un tesoro infinito en vasos de barro” (2Co 4,7). Reconocer que somos vasos de barro es humildad personal. Reconocer que llevamos un tesoro infinito, sin ningún mérito nuestro sino sólo por bondad de Dios, es humildad teologal.

HUMILDAD MISIONERA

“Cuando la hermana preguntó a los niños en clase qué querían ser cuando fuesen mayores, el pequeño Tomás dijo que quería ser piloto. Elsa respondió que quería ser enfermera. Roberto, para satisfacción de la hermana, dijo que quería ser sacerdote. Finalmente, le tocó el turno a Mary quien dijo que quería ser prostituta.

“¿Qué has dicho Mary? ¿Querías repetirlo?”.

“Cuando sea mayor”, dijo Mary con ese aspecto de quien sabe lo que quiere, “seré una prostituta”.

La hermana se quedó viendo visiones. Inmediatamente Mary fue separada del resto de los niños y enviada al capellán. “Bueno, Mary, dime con tus propias palabras, qué ocurrió”.

“Bueno”, dijo Mary, un tanto desconcertada por todo aquel lío, “la hermana me preguntó que quería ser cuando fuese grande y yo le dije que quería ser prostituta”.

“¿Has dicho prostituta?” Preguntó el capellán.

“Sí”.

“Cielos, que alivio. Todos habíamos creído que habías dicho que querías ser protestante”⁴.

Para el capellán de esta narración, lo peor que a Mary le podía acontecer era volverse protestante. Es algo más terrible aún que volverse prostituta. Volverse protestante significa caer en el error más grande que se pueda imaginar. Así que es muy difícil que este capellán encuentre un rasgo de bondad o de verdad en un protestante.

La humildad misionera, por el contrario, es esa disponibilidad a aceptar alguna verdad que nos llega de aquellos que juzgamos lejos de la verdad, que consideramos sumidos en el error por religión o por cultura.

La humildad misionera es, entonces, esa capacidad de escucha de la presencia de Dios que nos interpela a través de mediaciones culturales o religiosas diferentes de aquellas con que usualmente nos identificamos.

Leí en algún lugar que en las primitivas comunidades cristianas se usaba dar, a quien iba de viaje por largo tiempo, un fragmento de una vasija de barro. Al regresar, sería reconocido cuando, al entregar el fragmento éste formaba una unidad con el resto de la vasija.

En todo momento es necesario ser fieles a la propia identidad. Sin embargo, ésta ha de ser considerada como un fragmento de la verdad, como un pedazo de un todo aún escondido en el futuro.

Humildad misionera es poseer la verdad como fragmento, no como la totalidad de la misma y, por tanto, es esa disponibilidad a abrirnos a quien es diferente por cultura, religión o visión del universo.

4. DE MELLO Anthony, *La oracion de la rana I*, Sal Terrae, Santander 1988, p 100

Humildad misionera es saber dialogar con el deseo de dar y recibir, en un contexto de diversidad. Es saber convertirse en discípulo cuando por profesión, mentalidad, vocación o inclinación se quiere ser solamente maestro.

Humildad misionera, para expresarlo con una variación del mismo tema, es saber enriquecerse con las experiencias religiosas diversas de la propia, no para perder la propia identidad, cuanto para vivir la experiencia de la diversidad con el fin de captar la manifestación del Señor en lo diferente.

El caso es que cada vez que encontramos a alguien —pueblo o persona— bien diferente de nosotros, tenemos la posibilidad de volvernos violentos o de manifestarnos como seres de paz. O reaccionamos con instinto de defensa pues nos sentimos amenazados o aceptamos que nazca en nosotros la humildad misionera y reconocemos que el otro, en su diferencia, tiene también para nosotros un mensaje.

Humildad misionera era la de Pedro que aprende en la casa del pagano Cornelio “que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato” (Hechos 10,34-35). Pedro reconoce que el pagano y su familia han recibido el Espíritu Santo. “Si Dios ha dado a los paganos el mismo Espíritu que a los procedentes del judaísmo, ¿quién es Pedro para ponerle impedimentos a Dios, rehusando el bautismo a los paganos? Sólo el hecho de intentarlo hubiera sido una usurpación del poder de Dios, fruto de la soberbia humana”⁵. Pero Pedro manifiesta precisamente una gran humildad misionera y por ello, dando explicaciones de sus actos ante sus hermanos, dice: “¿Quién era yo para poner obstáculos a Dios?” (Hechos 11,17).

Esta humildad misionera es la que nos permite ver y gozar de la presencia del Espíritu en los otros, entre los no

5. ROLOFF Jurgen, *Hechos de los Apóstoles*, Cristiandad, Madrid 1984, p 238.

cristianos o no católicos. Y es la misma humildad que nos permite gozar con cuanto el teólogo Bulgakov llama los “Pentecostés naturales”, obrados por el Espíritu en el mundo aun allí donde menos se piensa que esté presente.

La humildad misionera es la tierra fértil donde brota exuberante la verdadera catolicidad como radical no exclusión de valores, cualidades, culturas o pueblos diferentes sino, por el contrario, de la máxima inclusión de lo diverso en la unidad recapituladora de Cristo. La humildad es siempre incluyente, nunca excluyente.

De los cuentos del monasterio mágico, el más breve es el siguiente: “Vine a buscar a mi hermano. Me dijeron: “Mira a ver si está en esa casita allá encima”. Ya había recorrido todo lugar, y decidí ir allá. ¡Qué extraño, tan pequeñita por fuera y por dentro tan inmensa! Y no me lo va a creer pero es cierto. Allá encima, encontré a mi hermano⁶.”

Así es la humildad misionera, tan pequeñita por fuera y tan grande por dentro, porque es humildad y lo humilde es pequeño, pero es incluyente y por ello es inmenso. Ahí puedo encontrar al hermano perdido e inclusive al nunca antes imaginado.

Los Hechos de los Apóstoles no hubieran sido jamás realidad si sus protagonistas no hubiesen vivido la humildad misionera. En efecto, los Hechos narran la expansión del mensaje de Cristo a través de pueblos y culturas por medio del contacto personal con mundos diferentes. Los protagonistas bien poco hubieran logrado penetrar en esos mundos si no hubiesen tenido la disponibilidad a dar y a recibir que caracteriza a la humildad misionera.

Una mirada a los Hechos nos lleva a evidenciar la presencia escondida de esta virtud garantizando el movimiento de expansión cada vez mayor exigido por Cristo

6. TEOFANE IL MONACO, *Fiabe del monastero magico*, Gribaudo, Turin 1988, p

cuando dijo a los apóstoles: “Serán mis testigos en Jerusalén, en la Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra” (Hechos 1,8).

“En sintonía con este programa misionero delineado por el resucitado, el libro de los Hechos describirá un camino recorrido por la palabra, de etapa en etapa hacia nuevos horizontes.

En los capítulos 1 a 7 se permanece en Jerusalén; pero en el capítulo 7, el discurso de Esteban, que toma distancia del templo de Jerusalén y tal vez incorpora algún motivo samaritano, abre el camino a la misión en Samaría cuya descripción aparece en el capítulo 8.

Con la vocación de Pablo y la conversión de Cornelio en los capítulos 10 y 11 se va preparando el terreno para la misión a las naciones cuyo lanzamiento formal acontece en el capítulo 13,1-3 cuando el Espíritu, a través de la Iglesia de Antioquía, envía a Pablo y a Bernabé para la nueva tarea a la que fueron llamados.

Los encontramos en Chipre, en Asia Menor y luego, empujados nuevamente por el Espíritu (16,6-10) llegan hasta Macedonia y Europa. Los discursos del “Concilio de Jerusalén” en Hechos 15, expresan el motivo profundo de este paso a las naciones; y el discurso en el areópago (c 17) hace eco de este encuentro de la palabra con Grecia. Luego, a través de los imprevistos de una prisionía, tendrá lugar la partida hacia las islas de Creta y Malta. Como islas, son el símbolo bíblico de los mundos lejanos (Ver Is 11,11; 41,1; 49,1) para llegar finalmente a Roma, la capital del extremo occidente. Así se ha cumplido el programa. La difusión de la palabra alcanzó hasta los extremos confines de la tierra. El discurso final de Pablo a los judíos de Roma hará ver cómo la palabra, libre ya de todo impedimento aun teológico, lo está también de todo impedimento físico (28,31)⁷.

7. LEGRAND Lucien *Il Dio che viene*. Borla, Roma 1989, pp 127-128

Este plano majestuoso conducido con habilidad de maestro, corresponde a una teología de Lucas. Pero su realización es posible sólo porque sus protagonistas con humildad misionera, se abren a la verdad manifestada progresivamente por el Espíritu en tantos lugares, pueblos y culturas, por ese Espíritu de quien Jesús decía que nos guiará a la verdad entera (Jn 16,13).

San Ambrosio —según lo cita santo Tomás de Aquino—decía que “toda verdad, cualquiera sea el que la diga, proviene del Espíritu Santo”. Si ello es así, es necesario que la humildad misionera amplíe su horizonte, para reconocer no sólo en el círculo formal de la Iglesia, la acción del Espíritu, sino en las más variadas circunstancias y épocas de la historia de la humanidad.

Hablando del sujeto de la misión, un teólogo enumera cuatro tipos de sujeto de la misión. Quien careciese de humildad misionera, reconocería solamente el último perdiendo la riqueza de los otros tres y situándose muy lejos de una visión amplia de la misión que la *Lumen Gentium* (14-16) y la *Ecclesiam Suam* de Pablo VI (54-68) han querido poner de manifiesto.

1. “Hay un sujeto eclesial de la misión que se reconoce en la Iglesia confesante, como aparición de la ecclesia⁸ en toda empresa histórica que ve aunados a los creyentes y a los no creyentes en el servicio del hombre”.
2. “Hay, además, un sujeto eclesial de la misión que todavía no está de acuerdo a la hora de compartir la confesión de Jesús Señor, pero que es capaz de entremezclar la praxis histórica y la doxología en la adoración común a Dios reconocido como Padre universal”.
3. “Hay, también, un sujeto de la misión eclesial que está de acuerdo en torno a la confesión de Jesús Señor, aunque

8. AB ABEL, La Iglesia que tiene su germen en el ser humano creado por Dios y que alaba al Señor desde los comienzos de la creación y sigue su mandato de dominar la tierra

no consiga tener una estructura unitaria en todas las palabras de la fe, en todos los gestos sacramentales, en toda la organización del cuerpo eclesial”.

4. “Y hay, finalmente, un sujeto eclesial de la misión que se expresa como comunidad unitaria que comparte plenamente la experiencia de la fe en la Iglesia católica”.

Este terciarse del sujeto en niveles tan diversos va estrechamente unido al hecho de que la misión eclesial es ante todo aquella *missio Dei* que se deriva del Padre y se cumple en la misión del Hijo encarnado y en la misión del Espíritu”⁹.

Los cuatro puntos anteriores nos quieren hacer ver cómo el Espíritu actúa en cuatro ámbitos diferentes: El de los hombres de buena voluntad aunque no sean creyentes; el de los que creen en Dios aunque no en Cristo; el de los que creen en Cristo pero no adhieren a la Iglesia; y el de los que hacen parte de la comunión de Iglesia católica y en ella comparten plenamente la experiencia de la fe.

Para no permanecer abiertos únicamente a la verdad que nos llega del cuarto ámbito y poder reconocer la acción del Espíritu en los otros tres, requerimos de la humildad misionera. Ella nos permite exclamar como Moisés cuando le anunciaron que dos profetizaban fuera del campamento: “Ojalá todo el pueblo fuera profeta” (Nm 11,29). Ninguna tonta presunción, ningún orgullo fuera de tono, simplemente el reconocimiento humilde de que el Espíritu también actúa fuera del campamento. Aunque ver tan especial acción nos deje atónitos como quedaron Pedro y sus acompañantes en la casa de Cornelio: “Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la palabra. Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu

Santo había sido derramado también sobre los gentiles (Hechos 10, 44-45).

Estar felizmente asombrados, quedar agradablemente atónitos, sentirse positivamente maravillados, son expresiones externas de la humildad misionera vivida internamente y que sabe ver, discernir y gustar la presencia del Espíritu del Señor en tan variadas e impensables circunstancias.

“Un beduino miró entre las dunas del desierto y vio algo que se movía hacia él: era un animal y agarró el fusil. ¡Pero miró un poco mejor y se dio cuenta de que era un hombre!

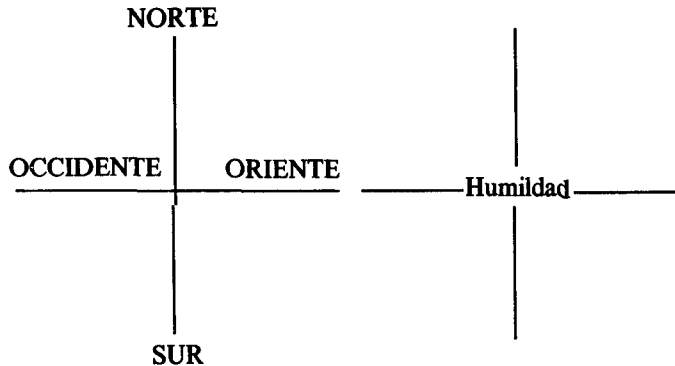
¿Tal vez era un enemigo? Inmediatamente se colocó en actitud defensiva... Pero cuando se le acercó, lo miró a los ojos y descubrió que era su hermano ¡y lo abrazó!

La humildad misionera nos habilita para ver. Por ello, nos impide identificar la presencia de un hombre con la de un animal y nos lleva a descubrir en un probable enemigo a un hermano querido. Y como si no fuera poco, nos facilita descubrir en ese ser que de parecer animal se transformó en hermano, las maravillas del Espíritu en él realizadas. Porque cada hombre, como María, puede decir que el Señor ha hecho en él maravillas. La humildad misionera nos facilita descubrirlas, gozar de ellas y dar gracias a Dios por las obras realizadas en el hermano.

9. DIANICH Severino *Iglesia i mision* Sigüeme Salamanca 1988 pp 247-248

Actividades

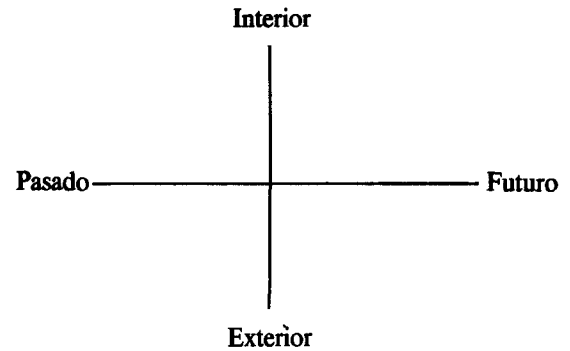
1. Recuerda los cuatro tipos de humildad. Si debieras colocarlos en relación con los cuatro puntos cardinales, ¿qué lugar le darías a cada una? Ofrece una explicación de tu opción.



2. Identifica en los evangelios una situación de Jesús por cada tipo de humildad.

Por ejemplo: Humildad teologal: “No hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo” (Jn 8,28).

3. Si tuvieras que ubicar en la cruz del espacio y del tiempo a los cuatro tipos de humildad, ¿cómo optarías? Ofrece una explicación de tus opciones.



4. Haz un gráfico o un dibujo en que pongas de manifiesto los cuatro sujetos de misión y la acción del Espíritu Santo en todos ellos.
5. La constitución *Gaudium et Spes* nos ofrece un texto en el que presenta un deber propio de todo el pueblo de Dios. ¿Podría tener relación con la humildad misionera? ¿Por qué?

“Es propio de todo el pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina” (GS 44).

6. Haz un comentario de cada una de las siguientes afirmaciones evidenciando su relación con la humildad misionera:

“Los ambientes devotos a veces son peligrosos porque en forma obstinada elevan a nivel de medida universal lo que pertenece a una experiencia que es en extremo local”.

“Ahora que de verdad el mundo entero se puede comparar con una aldea, el pueblito de Belén, hemos de

tener la certeza de que la verdad sobre el hombre no es lo que podemos leer en la cultura a la que pertenecemos”.

“Debemos saber caminar hacia un país —que es la entera humanidad— en el que nuestra vida y nuestro esfuerzo signifiquen bendición para todas las gentes fuera de cualquier tipo de particularismo”.

“No podemos reprocharnos de haber tenido un determinado pasado cultural y religioso. Pero nuestro pecado es el quedarnos encerrados y de enfrentar los problemas del futuro como la samaritana que dice: “Tú eres judío, ¿por qué hablas conmigo que soy samaritana? Nosotros tenemos este templo...”.

7. El gran teólogo santo Tomás de Aquino asumió de san Ambrosio esta afirmación:

“Toda verdad, no importa quien la exprese, proviene del Espíritu Santo”. ¿Qué consecuencias puedes sacar de tal afirmación en relación con la humildad?

8. Juan XXIII solía instar a los cristianos a buscar con los hombres de otras religiones lo que une en vez de bloquearse en lo que divide. ¿Qué exigencias le hace a la humildad esta exhortación del papa?
9. La declaración *Nostra aetate* del Concilio Vaticano II exhorta a los católicos en relación con los adeptos de otras religiones con estas palabras: “Dando testimonio de la fe y la vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales, que en ellos existen” (w 2).
- ¿En qué forma estas palabras desafían la humildad de cada cristiano?
10. Para ampliar nuestra visión de la acción misionera hemos hablado de cuatro sujetos de misión. Expresa qué

tipo de actividades podría realizar cada uno de ellos para ser misionero.

11. Los padres del desierto nos ofrecen muchas enseñanzas sobre la humildad. Haz un comentario sobre algunos de ellos:

“Un anciano dijo: No desprecies a quien está al lado tuyo porque no sabes si el Espíritu de Dios está en ti o en él. Cuando digo “quien está al lado tuyo” me refiero a quien te sirve”. “Se le preguntó a un anciano: “¿Qué es la humildad?” Respondió: Si tu hermano peca contra ti y tú lo perdonas antes de que él haya pedido excusas”.

“Un día, el padre Arsenio sometió su pensamiento a un campesino egipcio. Alguien lo vio y le dijo: “Padre Arsenio, ¿cómo es que, poseyendo tú una cultura greco-romana tan grande, consultas a este simplón? Respondió: Es verdad que poseo la cultura greco-romana pero aún no aprendí el alfabeto de este sencillo campesino.

10. *Creatividad misionera*

MIL MANERAS DE INGENIARSE

Yo no lo conocí. Eso sí, lo admiro por su creatividad. Pero Simeón, a quien llamaban el Nuevo teólogo (949-1022), hombre y monje de extraordinaria espiritualidad, sí lo conoció. Y así nos lo pinta:

“Conozco un hombre que, por puro amor, hacía de todo y se las ingeniaba en mil maneras para arrancar a sus hermanos, con quienes vivía familiarmente, de sus acciones y pensamientos malos.

A uno lo agarraba con las palabras, a otro con algún favor, a otro en la ocasión que se le presentase.

Y veo a este hombre llorando por uno, gimiendo por el otro, con tanta intensidad que bien parecía que él se pusiese en el lugar de esas personas y se echase así mismo la culpa por los errores que ellos cometían.

Conozco un hombre que con cuánto amor se alegraba de las luchas y victorias de sus hermanos, y se mostraba tan feliz aplaudiendo sus progresos en la virtud que se hubiera dicho que era él y no ellos quien habría de recibir el premio de estas virtudes y de estas fatigas.

Finalmente, conozco un hombre —el mismo hombre que deseaba con tal ardor la salvación de sus hermanos— que frecuentemente pedía a Dios, con lágrimas ardientes y de todo corazón, en un exceso de celo digno de Moisés, que sus

hermanos se salvaran con él o si no que él fuese condenado con ellos. Porque se había unido en el Espíritu Santo a ellos con un vínculo de amor tan fuerte, que no hubiese querido entrar sin ellos en el reino de los cielos”.

Me encanta eso de que “se la ingeniaba en mil maneras”. Porque puede haber situaciones —como abrir con la llave la puerta de mi habitación— donde una manera y sólo una es la requerida. Pero en el campo de la misión universal hay que estar dispuestos a buscar 999 maneras más para responder a un desafío tan rico y complejo como es el de la evangelización.

INTELIGENCIAS HAY MUCHAS

Pues sí. El sicólogo Guilford habla de 120 tipos de inteligencia. Entre éstas, están los tipos de inteligencia creativa en los que predomina el pensamiento divergente. Su característica específica es, para decirlo en forma fácil, la capacidad de encontrar mil maneras de enfrentar un desafío y no limitarse a una sola solución.

Esto último es propio de la inteligencia convergente. Ella se limita a una sola solución. Mas no por ello se debe despreciar. Al fin de cuentas, una vez que la inteligencia divergente produjo suficiente material apto para generar soluciones, le corresponde a la convergente concretar la adecuada solución. Oscar Wilde anotaba que un pensamiento siempre abierto —esto es, siempre divergente— no se distingue mucho de una boca siempre abierta. A un momento dado hay que mascar, es decir, hay que llegar al pensamiento convergente.

La genuina creatividad necesita divergencia y convergencia. Si nos gusta poner de manifiesto la inteligencia divergente es porque está en sintonía maravillosa con esa cualidad abierta, planetaria, ecuménica, dialogal y amiga de

lo diferente que caracteriza a la espiritualidad misionera. Sobre todo, nos agrada evidenciar esa disponibilidad a “ingeniarse en mil maneras”, para llevar a cabo la misión pues esto quiere decir creatividad misionera. Se trata de un rasgo de la espiritualidad invitado hoy, más que nunca, a ser sapiente mediador en ese encuentro maravilloso del misterio de Cristo y la situación humana.

CUANTA CREATIVIDAD EXIGE LA MISION

No hay duda. La creatividad es una necesidad derivada de la actual situación del mundo y de los nuevos desafíos misioneros.

“El hombre actual se caracteriza marcadamente por una crisis fruto de un cambio de civilización. Todo un mundo de antiguas certidumbres está en agonía y un entero mundo con perspectivas unas veces entusiasmantes y otras preocupantes se vislumbra en el horizonte de la historia. Es una situación que “objetivamente”, por necesidad de cosas antes que por una opción deliberada, hace un llamado a los recursos de la creatividad humana”¹.

Y esta crisis que a nivel mundial es evidente, adquiere especial intensidad en situaciones humanas especiales que requieren una respuesta misionera. Entonces el llamado a la creatividad se vuelve intenso y urgente.

Cuánta creatividad requiere hoy lo que solemos llamar la misión universal “ad gentes”. Cuánta creatividad para evangelizar en un contexto cultural diferente del propio. Para saber armonizar en uno mismo el propio patrimonio de espiritualidad y cultura con el de aquellos en medio de los cuales hay que encarnarse. Cuánta creatividad se necesita para lograr ser, como Iglesia, signos luminosos de la presen-

1. VARIOS, *Nuovo Dizionario di liturgia*, Ediciones Paulinas, Roma 1984, p 316

cia de Jesús a través de tiempos que cambian rápida y profundamente.

Cuánta creatividad, por consiguiente, se exige para descubrir nuevas formas de presentar el evangelio como buena noticia a partir de la simbología local. Cuánta creatividad es necesaria para llevar el anuncio de la palabra no simplemente como evento verbal sino estructuralmente testimonial, existencialmente apologético (dando razón de la propia esperanza), esencialmente festivo, profundamente vital, eficazmente innovador y supremamente revelador.

Cuánta creatividad se requiere para promover y no imponer el nacimiento de una Iglesia local con rostro, lengua y espiritualidad propios. Es un nacimiento que reclama el invento de esas mil formas que motiven las nuevas comunidades a pasar de pasivas a activas y de activas a participantes. Ellas son sujeto integral del proceso creativo que les corresponde puesto que éste exige poner en acto vocaciones y carismas propios de la Iglesia local necesarios para su crecimiento y su misión. ¿Qué sería de una creatividad, por ejemplo a nivel litúrgico, que fuese solamente trabajo de expertos? Sería fino y elegante producto de laboratorio, pero frío y además irrespetuoso de la función activa de la fe y de los carismas del pueblo de Dios.

Cuánta creatividad se necesita para lograr que sea una realidad la inculturación, esto es, la comunión entre el evangelio y la cultura local. Algunos, con resabios de secularismo, quieren separar totalmente el evangelio y la cultura para que quede una cultura pura y sin huellas de Dios. Otros, con antojos espiritualistas, quieren lo contrario, que la fe y el evangelio absorban totalmente la cultura quitándole toda autonomía. Los muy integristas no se dan cuenta de que si bien un mundo sin Dios es una desgracia, lo es también un Dios sin mundo e insensible a la situación del hombre.

La creatividad misionera impide caer en el defecto del separatismo como en el exceso del integrismo y permite actuar una sana inculturación, nuevo nombre de la misión según Juan Pablo II.

Cuánta creatividad se requiere para que la evangelización sea integral así que el evangelio penetre la dimensión interior y personal como la sociopolítica-estructural.

Cuánta creatividad es necesaria cuando se entra en el diálogo interreligioso para ser capaces, a la manera de Justino, Clemente Alejandrino u Orígenes, de discernir lo bueno y verdadero en las diversas religiones sin dejarse llevar —como Tertuliano o Ireneo— por una visión demasiado negativa de las mismas. Y todo ello, conservando clara conciencia de ser, como Iglesia, sacramento universal de salvación.

Cuánta creatividad exige el diálogo ecuménico que no es sólo un hablar sino un ser con el otro sin espíritu idólatrico, maniqueo o sectario. Que requiere la capacidad de cavar dentro de las propias certezas; la voluntad de expropiarse del excesivo apego al propio yo, la humildad misionera para acoger los valores del otro; la paciencia misionera que acepta el crecimiento lento y a veces imperceptible; el coraje de salir del inmovilismo y del conformismo para procurarse de llegar a una síntesis de la verdad y ello sin menospreciar las legítimas diferencias ni sacrificar el patrimonio de la fe.

Cuánta creatividad exige el encuentro con la religiosidad popular.

Frente a ella, se siente la urgencia de actuar la nueva evangelización con sus nuevos métodos, su nuevo ardor y sus nuevas expresiones. Cuánta creatividad —para decirlo en breve— se requiere para hacer de hombres carnales, auténticos hijos de Dios. Se requieren toneladas de creatividad.

¿Tendrán todas esas toneladas su suficiente explicación en las capacidades del pensamiento divergente? Los apóstoles y misioneros de todos los siglos que han realizado con creatividad la acción misionera, ¿eran simplemente inteligencias creativas?

“Un elefante se separó de la manada y fue a cruzar un viejo y frágil puente de madera tendido sobre un barranco. La débil estructura se estremeció y crujió, apenas capaz de soportar el peso del elefante.

Una vez a salvo al otro lado del barranco, una pulga que se encontraba alojada en una oreja del elefante exclamó, enormemente satisfecha: “¡Muchacho, hemos hecho temblar ese puente!”.

Quien contestase que todo se explica con el pensamiento divergente no sería diferente de la pulga. Y a lo mejor, ni siquiera diría “Hemos hecho temblar ese puente”, sino “He hecho temblar ese puente”. La verdad es que se requiere mucho más que esa pulga llamada pensamiento divergente para hacer temblar el puente, esto es, para que la creatividad misionera sea una realidad. Es necesario algo más, o mejor, alguien más. De ello dan cuenta en forma estupenda los Hechos de los Apóstoles.

LOS HECHOS, CORRIENTE DE CREATIVIDAD

Era una noche de luna llena. El grupo de borrachos salió del bar y se dirigió al río para dar una vuelta en canoa. Durante toda la noche estuvieron remando. No descansaron ni cuando empezó a despuntar la aurora. Cuando el sol se había levantado bastante, la brisa picante se llevó la borraquera provocada por el alcohol. Ellos creyeron que ya era hora de regresar. Pero con gran sorpresa se dieron cuenta de que la canoa no se había movido de la orilla.

Esa noche se habían olvidado de que no era suficiente remar. Antes de agarrar los remos, tenían que haber desamarrado la canoa del muelle.

La creatividad del apóstol puede parecerse al enorme esfuerzo de remar toda la noche y al final darse cuenta de que aún se está en el mismo lugar. Ello acontece cuando no se desamarra el nudo de la autosuficiencia. Entonces esa corriente maravillosa que puede conducir velozmente por los meandros de la misión, no logra entrar en acción.

Hay que dejarse conducir por esa corriente cuya fuerza e iluminación generan una extraordinaria creatividad. Así nos lo enseña la obra de Lucas, los Hechos de los Apóstoles.

TESTIMONIO DEL ESPIRITU CREADOR

Tal vez simplificaba demasiado. Me refiero a Gregorio Nacienceno quien decía que la revelación del Padre había empezado desde el Antiguo Testamento y la del Hijo con el Nuevo. El Espíritu Santo, en cambio, podrá ser completamente revelado sólo en la experiencia de la Iglesia.

Gregorio deja un poco en la sombra el hecho evidente de que el Espíritu habla en el Antiguo Testamento. El Espíritu (ruach) es principio de vida que abre a la novedad y logra la unidad del proceso vital en cuanto que viene de Dios vivo (cfr Gn 1,2; Sal 33,6; 104,22ss; Sb 1,7; 7,22-8,1). Al Espíritu se atribuye la inspiración de los profetas que construyen el futuro en la historia de Israel e instan constantemente al pueblo a la fidelidad a la Alianza (cfr Nm 11,25; 24,2; 27,18; Is 10,6; 19,24; Is 61,1; Ez 2,2; 3,24; Za 7,12).

Asimismo Gregorio minimiza la presencia del Espíritu en esos preludios de la revelación que llamamos las religiones naturales. Tal vez su presencia es como un esbozo no perfectamente delineado pero real. El chamanismo, el taoís-

mo, el hinduismo, el estoicismo y hasta el neoplatonismo procuran esbozar la figura del Espíritu (Pneuma) cada uno a su manera, influyendo de algún modo aun en la teología cristiana.

Pero, es verdad, que el don del Espíritu fue formalmente prometido y otorgado en el Nuevo Testamento.

El libro de los Hechos nos ofrece el maravilloso testimonio de la acción del Espíritu creador especialmente en relación con la misión universal. Las manifestaciones del Espíritu en la obra de Lucas son expresiones de esa efusión universal preanunciada desde los profetas. Además son actos formadores a través de los cuales quiere formar personas creativas que saben ingeniar-se de mil maneras para realizar —con la fuerza y la guía del Espíritu— la misión mandada por Cristo.

Podemos apreciar en los Hechos —en hombres como Pedro y Pablo, Esteban y Felipe, Bernabé y Juan— que “es el hombre total, en sus profundidades, aun las más carnales, el que es aprehendido por la luz del Espíritu que lo inviste progresivamente hasta en su inteligencia y en su afectividad. No hay que hacer ningún esfuerzo para decir esto o para elegir aquello, sino que siente las cosas al acogerlas. Por eso no hay ningún corte entre este Espíritu creador que hace vivir al hombre su propia identidad y el Espíritu que llena su corazón de gracia y de luz para hacerle avanzar por las vías de Dios: “El Espíritu crea las cosas con amor”².

Con amor, el Espíritu puede sacar de una pulga un elefante capaz de hacer estremecer el puente por el que transita. En efecto, el Espíritu creador es quien lleva a las personas a ser creativas.

En el libro de los Hechos es tan evidente su acción, que a veces parece que —amén de la palabra— el único actor sea

2. BOUYER Luis, *Il consolatore*, Ediciones Paulinas, Roma 1983, p 18.

el Espíritu Santo con su carga innovadora, con su fuerza creadora.

El Espíritu empuja a Felipe para que alcance el carro del eunuco etíope y le explique lo que está leyendo (Hechos 8,29). También da a Pedro la orden de ir con los enviados del centurión Cornelio (Hechos 10,19) como lo explicará más tarde en Jerusalén: “El Espíritu me dijo que fuera con ellos sin dudar” (Hechos 11,12).

El Espíritu prohíbe a Pablo y acompañantes que vayan a Efeso (Hechos 16,6) y “estando ya cerca de Misia, intentaron dirigirse a Bitinia, pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús (Hechos 16,7).

Es importante recordar que fue el Espíritu Santo quien tomó la iniciativa de empezar la misión evangelizadora cuando dijo: “Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado” (Hechos 13,2).

Si el Espíritu dice a los apóstoles lo que deben hacer, ya se trate de empezar una misión o de dejarla para más tarde, ¿cómo se pueden ellos considerar creativos? La respuesta podemos encontrarla en uno de los más decisivos —y por tanto creativo al máximo— eventos del libro de los Hechos: El Concilio de Jerusalén. En tan singular evento, las decisiones se aprobaron con esta fórmula: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros” (Hechos 15,28). Se trata de una decisión trascendental y en ella los apóstoles son actores y por ende, creativos.

Sin embargo, su creatividad no está en ponerse al lado del Espíritu como compañero a la par, sino bajo su inspiración y guía. ¿Qué mayor creatividad puede haber que esa de dejarse guiar por el Espíritu creador?

Roloff anota justamente: “La famosa fórmula introductoria “hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros” no pretende expresar una equiparación igualitaria entre los dirigentes eclesiásticos y el Espíritu Santo, ni atribuir a

aquéllos una capacidad de disponer arbitrariamente de éste. Lo único que quiere dejar bien en claro es que las autoridades de la Iglesia no han llegado a tomar esta decisión por puro antojo o en cuanto detentores de un poder absoluto, sino explícitamente conscientes de su sumisión a la voluntad del Espíritu”³.

Podemos hablar de una sumisión creativa. Gracias a ella, empieza esa maravillosa apertura misionera que empuja a los primeros cristianos a medirse creativamente con un universo cultural como es el grecolatino, completamente diferente del semítico-judío. Fue una empresa ardua, arriesgada y lo sigue siendo cada vez que hay que derribar todo aquello que de algún modo pueda aprisionar la fuerza expansiva y creativa de la buena noticia.

A la sumisión creativa de los apóstoles siguió la sumisión creativa de Pablo. El expresa esta realidad declarándose “encadenado en el Espíritu” (Hechos 20,22).

Anota Dupont que en torno a la frase hay dos interpretaciones. La primera sostiene que Pablo se considera encadenado no físicamente, en su cuerpo sino espiritualmente, en su espíritu. La segunda afirma que Pablo se considera prisionero del Espíritu Santo que con violencia irresistible lo empuja a actuar y lo encadena a él.

La primera interpretación parece más sencilla pero encuentra graves escollos gramaticales. La segunda está más en sintonía con la forma de expresarse propia de Lucas quien habla del viejo Simeón quien “movido por el Espíritu vino al templo” (Lc 2,27) y de Jesús quien lleno del Espíritu Santo se volvió del Jordán y era conducido por el Espíritu en el desierto (Lc 4,1). En estos casos se habla no de un movimiento espiritual (contrapuesto a carnal) sino del Espíritu Santo quien tiene un papel determinante en la dirección que han de tomar los acontecimientos.

3. LAFRANCE Jean, *Perseverantes en la oración*, Narcea, Madrid 1984, p 64.

“Si Pablo se dirige a Jerusalén no obstante los peligros que allí le esperan, no es tanto por realizar un proyecto madurado cuidadosamente sino porque considera que no tiene libertad para obrar de otra manera. Es un viaje ordenado por el Espíritu y él ejecuta cuanto se le indica en actitud de prisionero del Espíritu. En la Carta a los Gálatas, el apóstol exhorta a los cristianos a caminar bajo la guía del Espíritu, a dejarse conducir por el Espíritu, a seguir el Espíritu (Ga 5,16.18.25).

Se siente personalmente dominado por el Espíritu en forma tan irresistible que no duda en llamarse un “encadenado” a él, arrastrado por él como un prisionero del Espíritu. El no es de esos que “duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos, resisten siempre al Espíritu Santo (Hechos 7,51). Al Espíritu que lo guía, Pablo corresponde con tanta docilidad que renuncia a su libertad personal de acción⁴.

La docilidad al Espíritu —lo demuestran Pedro y Pablo— se traduce en alta creatividad misionera a nivel de vida y a nivel de acción. Y porque el Espíritu sopla donde quiere y no conoce fronteras, cómo no reconocer la creatividad misionera en hombres como el judío de la corriente hassídica que exclamaba: “Todo hombre debe salir de Egipto todos los días”.

Su oración favorita era esta: “Señor del universo, has de saber que los hijos de Israel sufren demasiado. Merecen la liberación; tienen necesidad de ella.

Pero si por alguna razón que desconozco, tú no lo quieres, no aún; entonces libera a los otros pueblos, a las otras naciones, pero hazlo pronto”⁵.

4. ROLOFF Jurgen, *Hechos de los Apóstoles*, Cristiandad, Madrid 1984, p 312

5. DUPONT Jean, *Il testamento pastorale di Paolo*, Ediciones Paulinas, Roma 1980, pp 148-149

Poco se distingue esa plegaria de esta que nos gusta a los cristianos: “Envía tu Espíritu, Señor, que renueve la faz de la tierra”.

DOS AMIGAS INSEPARABLES

“El supremo rey de todas las cosas —cuenta una leyenda rusa— organizó una gran fiesta en su palacio. Todas las virtudes fueron invitadas. Con una rápida mirada se podía descubrir la fe vestida de blanco y la esperanza vestida de verde; la justicia con una balanza en la mano y la fortaleza con su dura coraza.

De repente, el supremo rey se dio cuenta de que dos virtudes se miraban como si nunca se hubiesen visto. Como buen anfitrión, se acercó a la primera la tomó por la mano y la condujo hasta la segunda para que se conociesen. La primera se presentó: “Soy la beneficencia”. La otra respondió: “Soy la gratitud”. Las dos virtudes quedaron atónitas. Desde la creación del mundo era la primera vez que se veían.

Casi como por contraste, había otras dos que parecían amigas inseparables, una se llamaba gratitud y la otra creatividad. Una no podía vivir sin la otra.

La creatividad podía prescindir de la gratitud pero no quería separarse nunca de su querida amiga la gratitud. Y ésta decía lo mismo. Aun sin gratitud, lo importante era estar junto a la creatividad.

Dejando el campo de la fantasía y pasando bruscamente al campo concreto de la investigación, podemos constatar la realidad de esas dos amigas inseparables.

“Hace algo más de medio siglo, J. Rossmann en su estudio *La sicología del inventor* hizo notar que, entre los 710 inventores entrevistados, las motivaciones más frecuentes para gestar sus nuevas ideas no eran otras que el amor a inventar y el deseo de mejorar.

Con frecuencia un artista no trabaja por otra recompensa que por el arte mismo.

Igualmente, los estudiosos emplean horas y horas en estudio y profunda reflexión por puro amor a la verdad y al conocimiento.

Los mejores músicos tocan sus instrumentos durante muchas horas, día tras día, no tanto porque van a recibir un sueldo en el próximo concierto sino especialmente por puro amor a la música.

Este tipo de creatividad es el responsable y más que cualquier otro, de las nuevas técnicas de éste, de los nuevos estilos y de las más importante intenciones científicas.

Con frecuencia los inventores trabajan con muchas limitaciones financieras y muchas veces sin nada de gratitud por lo que crean. Pero ellos lo hacen movidos únicamente por ese compromiso asumido con la ciencia o con el arte”⁶.

Nuevamente la creatividad y la gratitud aparecen como dos amigas inseparables. Sin gratitud la creatividad podría acabarse demasiado pronto como se desvanecen los matrimonios cuando el amor se enfría. La gratitud y la creatividad son compañeras inseparables en el arte y en la ciencia pero lo son aún más cuando se viven en el campo del servicio. Hablando del hombre libre, solía Tagore expresar esta verdad:

“Era joven y me sentía fuerte. Esa mañana primaveral salí de casa y grité: “Estoy a disposición de quien desee. ¿Quién me quiere?” Me lancé a la calle principal. Por ahí, derecho en su coche y seguido por miles de guerreros pasaba el rey. “Te tomo yo a mi servicio” dijo haciendo detener el cortejo. “Y en recompensa compartiré contigo mi potencia”.

Pero yo no sabía qué hacer de su potencia y dejé que se fuera.

6. WIESEL Elie, *Celebrazione hassidica*, Spirali, Milán 1983, p 118.

“Estoy a disposición de todos. ¿Quién me quiere?”.

En la tarde caliente, un viejo pensativo me detuvo y dijo: “Yo te tomo para mis negocios. Y te compensaré con abundantes monedas”. Y empezó a hacer tintinear todas sus monedas de oro.

Pero yo no sabía qué hacer con sus centavos. Y miré hacia otro lado. Pasé la noche echado sobre la hierba. Cuando amaneció, me encontré todo empapado a causa de la escarcha.

“Estoy a disposición”. ¿Quién me quiere?”.

El sol brillaba sobre la arena cuando vi a un niño jugando en la plaza con tres conchitas.

Cuando me vio, levantó la cabeza y sonrió. Parecía conocerme.

“Yo te tomo”, dijo, “y en pago de ello no te daré nada”.

Acepté el contrato y empecé a jugar con él.

A la gente que solicita mis servicios le respondía: “No puedo. Ya estoy comprometido”.

Y desde ese día me sentí un hombre libre”.

Si en el servicio gratuidad y creatividad se descubren como grandes amigas, cuánto más se puede decir del servicio misionero. Se es llamado por pura gratuidad a la manera de Abrahán elegido sin mérito precedente; o de Pablo separado desde el seno de la madre por gracia de Dios (Ga 1,15).

“Lo que recibisteis gratis, dadlo gratis” (Mt 10,8). Por ello, a quien es elegido gratuitamente le es connatural la gratuidad y a quien es elegido para la misión universal le es connatural la creatividad. Una y otra son consecuencia de la entrega total al Señor para la realización de la misión confiada.

Pablo en el ya repetidamente recordado discurso de Mileto lo plantea con preciosa claridad:

“Yo no considero mi vida digna de estima, con tal que termine mi carrera y cumpla el ministerio del Señor Jesús, de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hechos 20,24).

E insiste en esta entrega un poco después: “Yo estoy dispuesto no sólo a ser atado sino a morir también en Jerusalén por el nombre del Señor (Hechos 21,13).

La esperanza de Pablo no es ganar un premio terrenal sino ganar el premio eterno por haber cumplido la misión universal a la que fue llamado.

Dejemos que el filósofo Marcel, haga eco a los sentimientos de gratuidad de Pablo con su llamado a vivir “en la esperanza antes que concentrar nuestra ansiosa atención sobre las pocas monedas de plata desplegadas delante de nosotros y cuya contabilidad, en forma febril e incansable, hacemos y rehacemos sobrecogidos por el temor de tener menos de lo suficiente o de quedarnos sin nada”⁷.

Qué oportuno concluir con este llamado a la esperanza, sobre la que se cimienta toda gratuidad y toda creatividad misionera. San Agustín, concluye su creativa obra sobre la Trinidad, ofreciéndonos también sus sentimientos de esperanza al exclamar: “Cuando te habremos alcanzado, cesarán todas estas palabras que ahora multiplicamos sin alcanzarte”.

7. LUZBETAK Louis, *The Church and cultures*, Orbis Book, Maryknoll 1988, p 338
Citado por Varos, *Fede e cultura degli Atti degli Apostoli*, Dehoniane, Bologna 1988; p 54

Actividades

1. Escribe un comentario a la siguiente afirmación:

“La creatividad, lejos de ser improvisación o aventura de una fantasía incondicionada, debe conocer el esfuerzo del análisis, la búsqueda de mediaciones entre lo viejo y lo nuevo, la sabiduría de una actitud de reserva crítica frente a la propia producción para que pueda ser realmente ella misma” (Diz. Lit. 317).

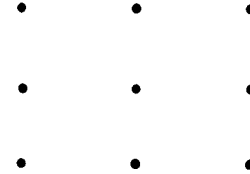
2. Descubre algunos conceptos comunes entre el capítulo de la creatividad y el siguiente texto de J.P. Guilford:

“La enseñanza ha sido excesivamente autoritaria. No se indicó a las jóvenes generaciones cómo usar la información en forma creadora, ni se les dio siquiera la oportunidad de hacerlo, en muchos casos. Por su parte, la educación creadora tiene como objetivo la formación de una persona con iniciativa, recursos imaginativos y confianza propia, dispuesta a enfrentarse a los problemas personales, interpersonales y de otras índoles. Debido a su confianza propia es también tolerante donde debe haber tolerancia. Un mundo de personas tolerantes sería también un mundo de paz y cooperación. Por lo tanto, la creatividad es educación en el sentido más completo y es la clave para la solución de los problemas más apremiantes de la humanidad”.

3. Todo o nada. Tu respuesta es buena sólo si completas los diez modos para resolver este problema: ¿En qué modos

puedes lograr que los jóvenes se hagan presentes en la liturgia dominical?

4. El ejercicio de creatividad anterior se asemeja a éste. Crear unidad exige muchas veces correr caminos impensados, poco habitualmente imaginados, al margen de lo que se impone de inmediato como solución. Experimentalo tratando de unir los nueve puntos con cuatro líneas sin interrupción.



5. Busca en tu manera de ser apóstol alguna actividad tuya que requiere se le aplique el siguiente consejo de Perlmán: “Después de hacer algo de un mismo modo durante dos años, examínalo cuidadosamente; después de cinco años, vélo con desconfianza; después de diez años, abandónalo y empieza de nuevo”.
6. Identifica en los Hechos de los Apóstoles cinco realidades que pueden llamarse creativas.
7. Escribe un breve artículo refutando la siguiente afirmación: El Concilio Vaticano II motivó en los cristianos el pensamiento convergente para que todos tuviesen el mismo modo de ser, de actuar y de pensar y poco estimuló el pensamiento divergente”.
8. “Hay intelectos de un solo piso, intelectos de dos pisos e intelectos de tres pisos con claraboyas. Todos los coleccionistas de hechos que no tienen objetivo alguno más allá de estos hechos son hombres de un solo piso. Los

hombres de dos pisos comparan, razonan y generalizan, utilizando la labor de los coleccionistas de hechos, cual si fuera su propia labor. Los hombres de tres pisos idealizan, imaginan y predicán: su mejor iluminación les llega de lo alto, a través de la claraboya” (O.W. Holmes).

Identifica hombres de tres pisos en los Hechos de los Apóstoles e intelectos de uno o dos pisos.

9. Las preguntas son los actos creativos de la inteligencia.

Identifica 10 preguntas importantes que se formulan en los Hechos de los Apóstoles.

10. Las preguntas son los actos creativos en la inteligencia. Formula 10 preguntas personales en torno a la espiritualidad misionera.

Contenido

Presentación	5
1. ENFOQUE MISIONERO DE LA ESPIRITUALIDAD	9
<i>Hay montañas y montañas</i>	9
<i>La montaña de la espiritualidad</i>	10
<i>Espíritu de montaña o espíritu de hueco</i>	12
<i>Dos movimientos y uno más</i>	13
<i>Los hechos, el signo número tres</i>	15
<i>A la misión la pintan calva</i>	17
<i>Todas las abejas son reinas</i>	19
<i>Actividades</i>	22
2. AMOR UNIVERSAL	25
<i>La montaña del amor</i>	25
<i>El espíritu del amor universal</i>	27
1. Un rumor desde el cielo	29
2. Un viento impetuoso	30
3. Fuego	31
4. Lenguas	31
5. Hablar otras lenguas	32
6. Reunidos en un mismo lugar	33
<i>Seis criterios de espiritualidad misionera</i>	34
1. Presencia de Dios o vacío de Dios	35
2. Movimiento apostólico o cansancio burgués	36
3. Amor universal o encerramiento	36
4. ¿Servidor de la palabra o charlatán improvisador?	37
5. Voluntad de hacerse comprender o pobreza de inserción?	38

6. Comunión desde la misión o individualismo	39	<i>Cuatro desafíos de la palabra</i>	78
<i>Actividades</i>	40	1. Interiorización	79
3. CONCIENCIA DE SER ENVIADO	43	2. Fidelidad	80
<i>Horizontes cada vez más amplios</i>	43	3. Corazón	82
<i>Un programa: Cruz de la misión</i>	44	<i>Actividades</i>	85
<i>Cinco elementos del programa misionero</i>	44	5. PARRESIA MISIONERA	89
a. Una promesa	45	<i>Una fuerza adicional</i>	89
b. Un encargo	45	<i>Peligrosidad de la misión</i>	90
c. Un ámbito	46	<i>La parresía en el mundo griego</i>	91
d. Un contenido	47	<i>La parresía en el mundo hebreo</i>	92
e. Una respuesta	47	<i>La parresía cristiana</i>	92
<i>Conciencia de testigo universal</i>	48	1. Franqueza	93
1. La fatiga de Pedro	48	2. Lealtad	94
2. La fatiga de Pablo	49	3. Valentía	94
<i>Cinco características del testigo universal</i>	51	<i>Un capítulo todo parresía</i>	95
1. Vio	52	<i>La parresía de Pablo</i>	97
2. Comprendió	53	1. La parresía de un novicio	97
3. Anunció	54	2. La parresía en la sinagoga	98
4. Consciente de ser enviado por iniciativa divina	55	3. La parresía hasta el final	99
5. Consciente de ser enviado a los otros pueblos, a los gentiles	55	<i>Miedo y parresía</i>	100
<i>Actividades</i>	58	<i>Actividades</i>	104
4. ENCOMENDARSE A LA PALABRA	65	6. ORACION MISIONERA	107
<i>Saber encomendarse</i>	65	<i>Orar es respirar</i>	107
<i>Fe en la potencia de la palabra</i>	66	<i>El síndrome de activación</i>	109
<i>Qué es la palabra</i>	68	<i>Oración comunitaria y perseverante</i>	110
<i>Las cuatro P: Atributos de la palabra</i>	71	<i>Oración y ascensión</i>	112
1. Personalidad	71	<i>Oración y amplitud</i>	115
2. Potencia	73	1. Más allá de los lugares clásicos	115
3. Progreso	73	2. Una criatura en expansión	116
4. Participación	76	3. Los cinco de Antioquía	117
		<i>Oración e inserción</i>	120
		<i>Actividades</i>	126

7. DESAPEGO MISIONERO	131
<i>Apego y desapego: Una pareja que hace crecer</i>	131
<i>Desapego de la cultura</i>	134
<i>Desapego de la comunidad</i>	139
1. La situación de Pedro	140
2. El conflicto entre arameos y griegos	142
<i>Desapego del corazón</i>	145
<i>Desapego del carácter</i>	147
<i>Desapego de las cosas</i>	150
<i>Actividades</i>	153
8. PACIENCIA MISIONERA	157
<i>Démosle tiempo al tiempo</i>	157
<i>La paciencia en los Hechos de los Apóstoles</i>	159
<i>Un modelo de paciencia misionera</i>	161
<i>Un ejemplo de la paciencia hecha método</i>	164
1. Definición	164
2. Selección	164
3. Adaptación	165
4. Aplicación	165
<i>La benignidad: Paciencia moral misericordiosa</i>	166
<i>Longanimidad o paciencia histórica</i>	169
<i>Don impaciente, respuesta sufrida</i>	172
<i>Actividades</i>	174
9. HUMILDAD MISIONERA	179
<i>Una sabia ignorancia</i>	179
<i>La humildad en los Hechos</i>	181
1. “Vosotros sabéis...”	181
2. “Con toda humildad”	181
<i>Humildad social</i>	182
<i>Humildad personal</i>	183
<i>Humildad teologal</i>	185
<i>Humildad misionera</i>	186
<i>Actividades</i>	194

10. CREATIVIDAD MISIONERA	199
<i>Mil maneras de ingeniarse</i>	199
<i>Inteligencias hay muchas</i>	200
<i>Cuánta creatividad exige la misión</i>	201
<i>Los hechos, corriente de creatividad</i>	204
<i>Testimonio del espíritu creador</i>	205
<i>Dos amigos inseparables</i>	210
<i>Actividades</i>	214